

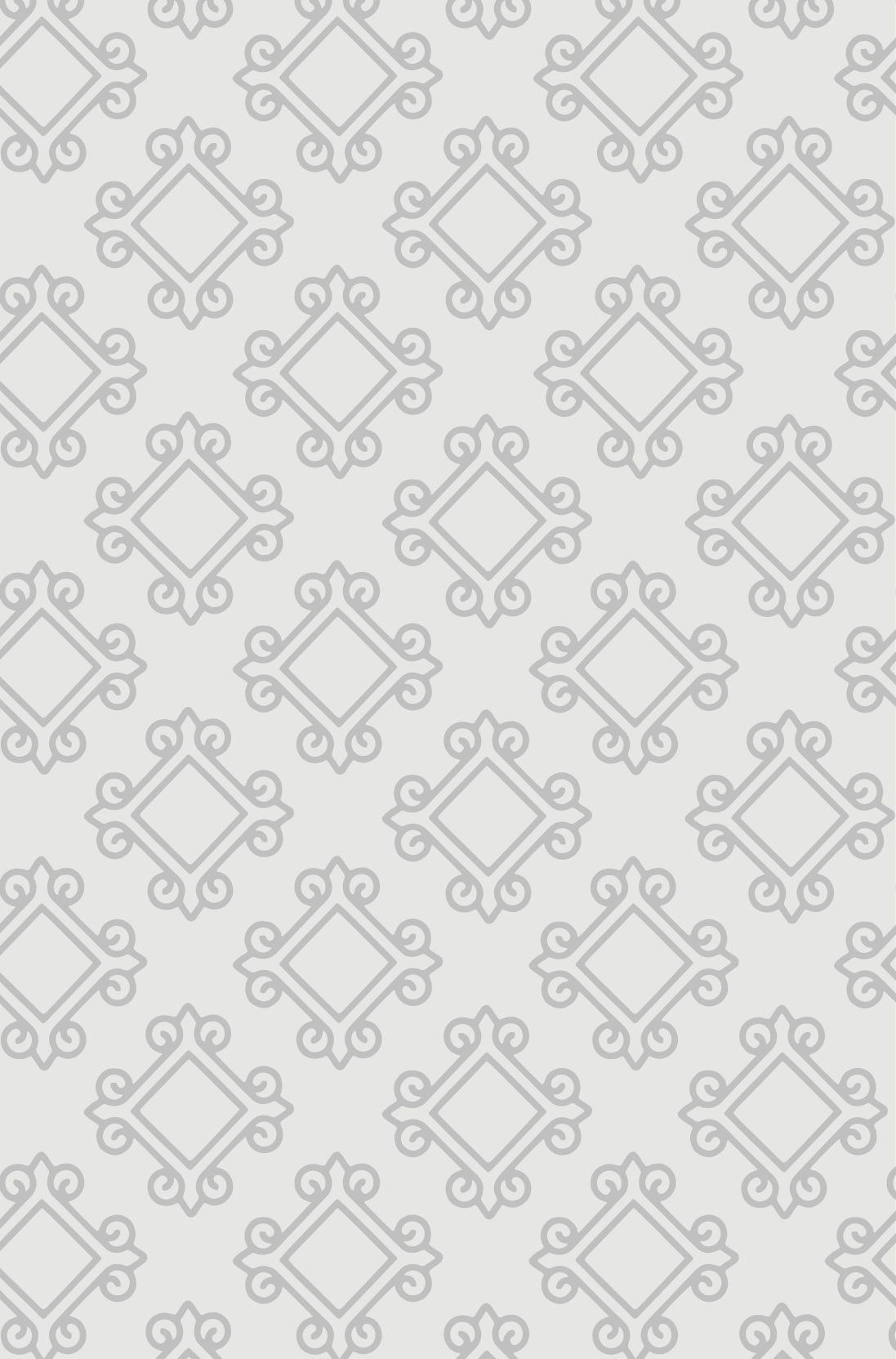


III

CONCURSO de
RELATOS

Ángel Sanz Briz

CEMENTERIO DE TORRERO



III
CONCURSO DE RELATOS
ÁNGEL SANZ BRIZ



CEMENTERIO DE TORRERO
2023



Diciembre, 2023.

© Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza. Cementerio de Torrero.

© Presentación institucional de Víctor Manuel Serrano Entío.

© Prólogo de Eduardo Sáenz de Cabezón Irigaray.

Coordinadora: Olga Larrubia Martínez.

Diseño de portada y maquetación: Fernando Sánchez Arribas.

Depósito legal: Z 1970-2023.

Impresión: Gistel, S.L.

Impreso en España con papel con certificaciones.

FSC y PEFC (papel obtenido de bosques sostenibles).

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

III
CONCURSO DE RELATOS
ÁNGEL SANZ BRIZ

CEMENTERIO DE TORRERO
2023

ÁNGEL SANZ BRIZ, IN MEMORIAM

Coordinadora de esta edición:
Olga Larrubia Martínez

ÍNDICE

| | |
|----------------------------|----|
| Presentación institucional | 09 |
| Prólogo | 13 |
| Acta del jurado | 15 |
| Primer Premio | 19 |
| Finalista Ex Aequo | 29 |
| Accésits | 47 |
| Relatos seleccionados | 69 |

PRESENTACIÓN INSTITUCIONAL



*“Si nada nos salva de la muerte,
al menos que el amor nos salve de la vida.”*

Pablo Neruda

El entorno de los cementerios, ese vínculo entre vida y muerte, ha sido, es y será inspiración literaria a lo largo de la Historia. Nuestro Cementerio de Torrero es, sin duda, fuente de esa creación como lo demuestra este libro conmemorativo del III Concurso de Relatos “Ángel Sanz Briz”. Relatos que nos hablan del honor, de la redención y del amor con voces diversas, desde el humor socarrón hasta el dolor profundo.

El reconocimiento que hacemos con este certamen a la figura de Ángel Sanz Briz es cada día, si cabe, más necesario. En un mundo golpeado por la incomprensión, los enfrentamientos y los rencores, poner de manifiesto los valores humanos que guiaron su generosidad para rescatar a más de 5.000 personas de una muerte segura, nos enorgullece como servidores de esta ciudad.

La Consejería de Urbanismo, Infraestructuras, Energía y Vivienda del Ayuntamiento de Zaragoza continúa con el firme propósito de que el Cementerio de Torrero sea referente dentro del ámbito funerario además como espacio cultural dentro y fuera de nuestra ciudad. Los reconocimientos a nuestro cementerio han sido numerosos, destacando el obtenido en 2019 como Mejor Cementerio de España.

Querría agradecer sinceramente a los más de cien participantes de este III Concurso, quienes han contribuido con sus trabajos al éxito de esta convocatoria, la calidad de sus obras, el esfuerzo en conseguirla y su ejemplo de dedicación. Les invito a participar de nuevo en el próximo, de la misma manera a quien en este momento esté leyendo estas líneas.

Víctor Manuel Serrano Entío

Consejero de Urbanismo, Infraestructuras, Energía y Vivienda

*“La muerte no existe,
la gente sólo muere cuando la olvidan;
si puedes recordarme, siempre estaré contigo”*

Isabel Allende

PRÓLOGO



Últimamente ando con el más conocido de los poemas de Gil de Biedma en la cabeza. Empieza diciendo eso de “que la vida iba en serio, uno lo empieza a comprender más tarde...” y termina con un lapidario “envejecer, morir, es el único argumento de la obra”.

Gil de Biedma era de un pueblo de Segovia, una ciudad pequeña, más pequeña incluso que el Logroño en el que habito yo. Los pueblos y las ciudades pequeñas tienen una propiedad que pocas veces tenemos en cuenta, y es que uno puede colocarse en cualquier lugar y de forma inmediata señalar la dirección del cementerio. La gente de pueblo y de ciudad pequeña tenemos algo de lo que la mayoría de la gente de las capitales carece: paisaje. Nuestras coordenadas no son solo calles y plazas, barrios, monumentos, determinados centros comerciales, teatros y cines con el nombre de la empresa que los patrocina, o estaciones de metro. Son también la sierra o el río, el mar o el lugar por donde se pone el sol. También el cementerio.

El cementerio es una de las coordenadas que demarcan las dimensiones del espacio de la gente que vivimos a una escala humanamente abarcable. Es una coordenada extraña, además, porque tiene una mezcla de lugar natural y artificial que muy pocos tienen. Es una construcción humana, obviamente. Es quizá la más humana de todas, junto a la casa y el puente. Pero es a la vez la más natural de todas, junto a la casa y el puente.

En una ciudad pequeña uno es capaz, en medio de la actividad diaria, de pararse y sin dudar señalar el cementerio, si alguien se lo pidiera. Este hecho me parece que posee un simbolismo muy poderoso, me parece tierno, incluso. Es una forma de tener permanentemente incorporada la muerte a la vida. Sin morbosidad y sin drama. Incorporada de una manera casi cotidiana, espontánea pero no obsesiva. Y si alguien nos lo pidiera, al señalar el cementerio señalaríamos a la vez a quienes tenemos allá, recordándolos un poco, y el gesto del brazo duraría un poco más que si estuviéramos señalando una plaza o la oficina de correos.

Al señalar el cementerio estaríamos señalando las coordenadas ficticias de nuestro pasado. Los recuerdos reales o inventados que compartimos con quienes nos han precedido. Los entierros a los que hemos acudido. La curiosidad de mirar las inscripciones de las lápidas y calcular los años de vida de quienes allí yacen. Todos recordamos alguna visita infantil al cementerio, todos recordamos alguna vez que llovió en el cementerio. Muchos pueblos tienen una calle llamada “Camino del Cementerio”, cómo si no fueran todas las calles caminos del cementerio, cómo si el cementerio no fuera el final de todos los caminos. Aunque no lo tengamos permanentemente presente, forma parte de nuestras coordenadas, de las que nos hacen sentir que la vida iba en serio, más o menos, y que envejecer o morir son el único argumento de la obra.

Van a leer ustedes un puñado de relatos que son caminos del cementerio, argumentos diversos de la obra que todos representamos, diferentes brújulas con las que orientarnos a través de las coordenadas de esta vida que va tan en serio (más o menos). En todos ellos está presente esa suerte de iluminación retrospectiva que tiene la muerte sobre la vida. Visiten con calma estas páginas, déjense iluminar por ellas y presenten sus respetos a quienes en ellas yacen.

Eduardo Sáenz de Cabezón Irigaray
Matemático, profesor y teólogo

ACTA DEL JURADO



Reunido el Jurado compuesto por Dña. Carmen Forga Capapey, en representación del Área de Información al Ciudadano del Ayuntamiento de Zaragoza, D. Rafael Artal Roy y D. Javier Vázquez Ezcurdia, al cumplirse todos los requisitos de la convocatoria, han resuelto otorgar, los PREMIOS DEL III CONCURSO DE RELATOS “ÁNGEL SANZ BRIZ” DEL CEMENTERIO DE TORRERO:

PRIMER PREMIO:

Códigos

Héctor Adrián Vera Calderón

Monza (Lombardía, Italia)

FINALISTAS EXAEQUO

El rito de las grosellas

Álvaro Pérez Fernández

Cabanillas del Campo. (Guadalajara, España)

Diario de un exministro

Hermenegildo Altozano García-Figueras

Madrid (Madrid, España)

Dada la calidad de los relatos recibidos, el Jurado ha decidido otorgar tres accésits a los siguientes participantes:

ACCÉSITS

Mozart vs Zidane

Rubén de Salas Corregidor

Getafe (Madrid, España)

Tres golpes

Óscar Arias Rodríguez

Tarragona (Tarragona, España)

Un fantasma borracho

Carolina Ramos Fernández

San Juan de Aznalfarache (Sevilla, España)

De los restantes relatos presentados, el Jurado ha realizado una selección que se incluirá en la edición del libro.

Para que todo ello conste se firma el acta en Zaragoza a 28 de septiembre de 2023.

Firmado:

Rafael Artal Roy

Javier Vázquez Ezcurdia

Carmen Forga Capapey

Estos relatos son obras de ficción que forma parte del acerbo literario de varios países, así como el legado cultural de cada autor con el que ha querido participar en este concurso.

El jurado, consciente de tanta diversidad, exime al Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza de cualquier terminología o frases que pudieran, en su caso, herir la sensibilidad de lector, recordando una vez más que la literatura es ficción.



PRIMER PREMIO

HÉCTOR ADRIÁN VERA CALDERÓN

Monza (Lombardía, Italia)



CÓDIGOS



El Taita está sentado en un rincón de su celda, sobre un desvencijado banco de madera, fabricado por él mismo hace muchos años en el taller de carpintería de la prisión. Lentamente, y a duras penas, intenta enhebrar una aguja. Se aproxima el invierno, y la humedad se instalará sin piedad en el ambiente, por lo que es imperativo remendar los calcetines y algunas otras prendas. También deberá revisar las filtraciones de las paredes, — como cada año. Las pulmonías son residentes indeseables — y letales — en la cárcel. Algo encorvado, el Taita concentra toda su atención en insertar, a través del ojo de una aguja, la punta del hilo que ha mojado con saliva. No tiene éxito: las hebras se doblan y no ingresan por el orificio. Recompone la horizontalidad del hilo mojado pasándolo entre su pulgar e índice, y procede a repetir la operación.

—Taita, tenemos un problema —le dicen unos presos que han entrado súbitamente a su celda sin tocar la puerta.

El Taita los maldice con la mirada. Estaba a punto de atinarle a la aguja y ahora debe comenzar de nuevo. Deja los implementos de costura sobre el catre y los observa seriamente, esperando

que expliquen aquella irrupción. Al Taita no se le cae sin avisar, primero se pacta una cita. Los visitantes se paran frente a él —sin atreverse a hablar, formando un semicírculo, como alumnos que titubean ante el maestro—, y se rascan maquinalmente la cabeza o se examinan las uñas de las manos, sin decidir quién será el primero en abrir la boca.

—Se cayó lo del contrabando de trago y pichicata —informa el Sajino—. Un soplón soltó el dato y el director del penal va a cambiar la guardia que hace las revisiones.

—También van a cortar las visitas conyugales. La gente se va a achorar, Taita. No todos atracan tirarse a las nenas de acá y quemarse con sus enfermedades —añade Manzanilla, preocupado.

El Taita se incorpora de su asiento y mira al patio de la prisión a través del ventanuco enrejado. Esa abertura de cuarenta centímetros cuadrados provee a la celda de luz y aire, y le regala asimismo un poco de ruido, para recordarle que allá afuera la vida continúa. En el patio se nota movimiento: los reclusos están nerviosos, atentos, reunidos en grupos. La noticia corrió como pólvora. Cuchichean entre ellos, elevando por momentos la vista hacia la ventana de la celda del Taita. El soplón ha sido descubierto, y se espera con ansiedad la orden para proceder. Hay códigos que no deben romperse.

—¿Cómo y por qué pasó?

—Lo habían encerrado en la lata por romperle la cabeza al cocinero. Le dieron tres

meses... y no aguantó. A la semana metido ahí cantó todo. Se fue de lengua. Usted sabe quién es. Mucha gente está con bronca y va a haber buena purga y castigos entre los custodios— explica el Tío Nica.

—¿Y a ese ya lo sacaron de la lata?

—No, Taita. Para hacer la finta lo han dejado adentro diez días más, pero el teniente Galdós nos pasó el talán.

El Taita se pasea en silencio por la pequeñísima habitación con las manos cruzadas por detrás de la espalda. Mira a los visitantes y los despide con un movimiento de cabeza, indicándoles la puerta. Cuando queda a solas, vuelve a sentarse en el banco, intentando pensar. Va a haber jaleo, y del bueno; tiene que solucionarlo. Si un soplón rompe el equilibrio, todo se va a la mierda, el ministro envía gente desconocida desde los cuarteles y hay que comenzar la corrupción de los nuevos funcionarios desde cero. El Taita sabe que debe aplicar el castigo que corresponde al soplón. De eso depende su autoridad en el penal, y su credibilidad con los guardias corruptos. Él responde por los presos, Galdós se encarga de los uniformados.

Corre la cortina del minúsculo baño y se refresca la cara. Ordena su cabello con las manos y se abotona la camisa. Toca la estampita de Sarita Colonia y se santigua, musitando una plegaria breve más por costumbre que por credo. Mete un par de cosas entre el colchón y el catre, y sale de la celda. No es necesario que cierre la puerta. Nadie choca con las cosas del Taita.

Abajo en el patio, el Taita camina solo. Los otros presos lo saludan con reverencia cuando pasa por su lado, y él corresponde con una inclinación de cabeza o levantando distraídamente la mano, pero sin mirarlos, mientras prosigue su marcha. Las paredes altas le recuerdan su encierro y la separación del mundo exterior, y los barrotes de las casi treinta ventanas repartidas en monótono orden por los cinco pisos del pabellón, le restriegan en la cara el despojo de su libertad. La pintura del Cristo en la pared principal del patio lo recibe con los brazos abiertos. Sobre la corona de espinas se lee, en letras góticas, la frase “Este es

Mi hijo amado”. Hace veinticinco años que ve esa pintura casi a diario. Ya está descolorida y agrietada, tendrá que conversar con el maestro Poroco para que le meta un retoque.

El Taita arrastra los pies, no se sabe si a propósito. No es un tipo viejo, a lo mucho llega a los cincuenta y cinco años. Tiene un cuerpo pesado, pero es ágil. No hay que confundirse con él... varios lo pagaron caro. El bisbiseo de sus chanclas contra el cemento marca el ritmo de su andar. Fuma despacio, con convicción, y tira las colillas al suelo. Nadie osa recoger los puchos para darles la última pitada antes de que se apaguen, como hacen los viciosos que siempre andan con la angustia desbocada. Las colillas que bota el Taita no se tocan. A intervalos levanta la cabeza y sus ojos se topan con el teniente Galdós, quien lo observa muy serio, con aire marcial, desde la baranda de uno de los pasillos.

Después de diez días, los ánimos están demasiado tensos en el pabellón. El soplón ya está libre, pero sabe que ahora es un apestado. Nadie se le acerca y le dan la espalda cuando intenta iniciar una conversación. Todos esperan la orden del Taita, pues algunos rumores se han filtrado y muchos opinan que el Taita esta vez se ablandará. Los presidiarios están indignados. Cuando se cae en la lata, se aguanta como hombre. Muchos de ellos pasaron semanas ahí metidos y nunca abrieron la boca. Nunca. Los involucrados en el contrabando desarticulado claman desquite, y miran cada vez con más severidad al Taita. El soplón ha firmado su sentencia, sólo falta saber la fecha y el lugar. Mientras tanto, los presos reprimen su sed de venganza, a la vez que lo ven pasear impunemente entre ellos después de tamaña traición. Se respira motín, huele a conspiración, y el silencio indiferente y cómplice del teniente Galdós contribuye a las sospechas de que algo grande se viene si el Taita no actúa a tiempo.

El Taita sabe muy bien lo que se comenta afuera en el patio, en los pasillos, o en las otras celdas. Sentado en el roñoso banco de madera, recibe a una nueva embajada de reclusos y los autoriza a hablar.

—La gente se pregunta si cambiará de idea, Taita —desembucha Manzanilla a quemarropa.

—El castigo es uno solo y lo saben. No voy a cambiarlo. La ley es la ley.

—Piénselo bien —interviene el Sajino.

—No me interesa discutir más. Si la cagó, la paga. Los detalles los daré en la noche.

Tema cerrado.

Los que aplicarán el escarmiento al soplón son Manzanilla, el Tío Nica y el Sajino, los tres más allegados al Taita. Lo ha dispuesto así para que no le quede duda a nadie de que los códigos se respetan. Galdós ha hecho su parte: los guardias pondrán al soplón a trabajar limpiando el baño del patio, el que usan los familiares y amigos en la visita dominical. El soplón deberá trapear y limpiar lo que los visitantes ensucien y estará solo cuando los reclusos regresen a sus celdas. El baño se encuentra en un extremo del patio, bastante apartado de los ingresos de los pabellones. El soplón será ajusticiado este domingo, antes que caiga el sol y cuando todos se hayan ido, pero únicamente los implicados conocen esa información. El Taita ha pedido reserva y silencio al máximo. Galdós dispondrá todo para que su personal de vigilancia no esté cerca en ese momento.

El día domingo al mediodía, Manzanilla almuerza con el Taita. Dubitativo, se atreve a hacerle una solicitud.

—Última vez que se lo pido, Taita. Por favor reconsidere.

—Traga calladito o te largas de acá. Cumple lo que te encargué y no abras más el hocico.

Tema cerrado, dije.

—Disculpe, Taita. Ahí queda.

La hora de visita ha terminado. El Sajino, fumando con avidez, aguarda al soplón en la entrada del baño. Manzanilla y el Tío Nica esperan adentro, al acecho. La emboscada ya está en marcha. Los guardias desaparecieron y solo el teniente Galdós observa todo desde la baranda de uno de los pasillos del quinto piso. Los presos ya han retornado a sus celdas. El soplón se acerca al baño portando el balde y el estropajo que le dieron en el almacén, y descubre al Sajino recostado en el marco de la puerta.

—Habla, Sajino —lo saluda—. ¿Te dejaron suelto hoy o andas con la panza floja?

—No, hermano, termino mi pucho y me borro de acá. A los jefes no les gusta que se fume en los cuartos. Ya sabes cómo son.

Al soplón le parece extraño que el Sajino le responda, pues este lo ha estado evitando los últimos días. Quizás el Sajino sólo estaba guardando las apariencias ante los demás. Sí, eso podría ser. Como siempre fueron muy unidos, poco a poco las cosas volverán a la normalidad entre los dos. Confiado, el soplón le da una palmada en el hombro e ingresa al baño.

Cuatro brazos fuertes lo sujetan inmediatamente. El pánico no lo deja gritar, y aunque lo hiciera, sabe muy bien que nadie vendrá en su auxilio. Ha llegado la hora de estar a mano con los códigos. Forcejea un poco, pero es inútil. Si escapa de esta, mañana podría pasar lo mismo... o cualquier otro día; cuestión de tiempo. Aterrado, pero con cierta resignación, el soplón se da cuenta que su vida acaba hoy.

El Sajino mira ahora a los ojos de quien fue su mejor amigo hasta hace poco. Antes de que el soplón diga algo, le hunde el cuchillo oxidado tres veces en la zona del hígado, y termina con un tajo largo y profundo, que recorre las vísceras desde el estómago hacia arriba, en dirección al pulmón. Bañado en sangre e intentando contener sus tripas con la mano, la víctima cae sobre las losetas, emitiendo cortos quejidos ahogados. Un intenso río rojo comienza a teñir el suelo, mezclándose con el agua y los orines que el soplón debía limpiar. Los tres asesinos abandonan la escena, dirigiéndose resueltamente al pabellón. El patio está desierto y no hay un solo curioso sapeando por las ventanas. Desde su atalaya, el teniente Galdós mueve la cabeza en señal de aprobación y se retira de ahí.

Solitario en su celda, el Taita intenta de nuevo enhebrar la aguja. Se viene el invierno y todavía le falta zurcir calcetines, amén de unos calzoncillos y la frazada gris. Atisba por los barrotes de la ventana y vuelve a ver el Cristo de la pared del patio, y su mirada queda fija en la frase de letras góticas sobre la corona de espinas. Quiere patear el banco de madera que interrumpe su paso, pero se contiene. Lo coge y se sienta otra vez sobre él. Con la puerta cerrada y oculto de los demás, sabe que por el momento no podrá hacer pasar el hilo por el hueco de la aguja, pues sus ojos llenos de lágrimas por el soplón, su hijo amado, ahora muerto, no lo dejan ver bien.



FINALISTA EX AEQUO

ÁLVARO PÉREZ FERNÁNDEZ

Cabanillas del Campo
Guadalajara (España)



EL RITO DE LAS GROSELLAS



Parado en mitad de la calzada hay un hombre anciano. Lleva su largo y canoso cabello recogido en una larga trenza que le cae por la espalda y carga una pequeña bolsa de piel en sus manos, agarrándola con tal delicadeza que parece temer que se pueda convertir en polvo si aplica demasiada fuerza. Su mirada cansada estudia con preocupación sus alrededores. Teme no ser capaz de encontrar lo que está buscando, pues de ser así no podría cumplir su última voluntad. Sus ojos pasan y repasan por cada recoveco, por cada detalle, mientras las personas a su alrededor lo miran entre extrañadas y cautelosas.

En algunas todavía se percibe el odio nacido en épocas pasadas, pero eso al anciano le da igual, porque cuando sus ojos hallan lo que buscan resplandecen de alegría, quizá una última vez, ante el torrente de recuerdos que conforman toda su vida. Lobo Marchito nació como Lobo Aullador, miembro de la tribu semiwatoni, conocida por practicar el rito de las grosellas. Antes de morir, los semiwatoni acudían al lugar de nacimiento para plantar unas semillas de grosella. Las grosellas servían de alimento para animales como liebres y

conejos, de los cuales los semiwatoni se alimentaban, por lo que plantando las semillas conseguían dos cosas: agradecer a la naturaleza por haberlos recibido en el mundo y ofrecerles un regalo a las generaciones futuras. De ahí que al consumir el rito se pronunciasen las palabras: «Aquí planto los frutos de los que se alimentará vuestro alimento».

Como semiwatoni, había crecido rodeado y respaldado por sus hermanos de tribu. Había aprendido a interpretar y a seguir rastros con el perspicaz Toro Arrollador. Había dominado el arco bajo la tutela del certero Ciervo Tumbado. Había domado los salvajes caballos de las llanuras junto al intrépido Montaña Calva. Y, llegado el momento, había descubierto los secretos del mundo gracias a las revelaciones del anciano Búho Colmado. Había llegado a ser el más destacado de sus hermanos, asumió el rol de jefe llegado el momento, y como jefe, había querido a todos y cada uno de los hermanos de su tribu, y los había liderado en la guerra cuando la hora de combatir llegó.

También había amado a Luz de Luna, había descubierto junto a ella el magnetismo de la atracción, la belleza de la intimidad, la alegría de ser dos, y no uno. Había yacido con ella en las claras noches de luna llena y en las frías noches de tormenta y juntos habían criado dos niños: Búfalo Suave y Águila Lejana. Pero lo que no había hecho ni con sus hermanos de tribu ni con su familia era morir; los había sobrevivido a todos. La primera vez que escuchó el estallido de la pólvora, Lobo Aullador se asustó. El miedo lo paralizó. Luego, cuando vio a sus hermanos muertos, con el cuerpo agujereado, fue el horror el que lo embargó.

Jamás hubiera imaginado que se acostumbraría al estallido de la pólvora, pero se acostumbró, al igual que se acostumbró a ver morir a sus hermanos, a mutilar a sus enemigos

y a evitar el contacto con Luz de Luna. La guerra le enseñó las facetas más oscuras de la vida, le encaminó por los horrores más profundos que puede experimentar el ser humano, y también le enseñó que hay heridas mucho más dolorosas y difíciles de curar que las físicas. Su espíritu se había ensuciado, y él se concebía demasiado impuro para tocar a su esposa. Y luego, años después, cuando la vio morir, lenta e inexorablemente, en la celda contigua a la suya, lo único que Lobo Aullador pudo pensar es: «No la he abrazado lo suficiente». Porque ese fue el destino que encontraron él y los contados supervivientes de su tribu: vivir hacinados, unos junto a otros, en celdas enanas, bañados por sus propias deposiciones, desprovistos del más mínimo vestigio de dignidad. Eran meros trofeos de guerra; la prueba de que lo nuevo había triunfado sobre lo viejo y, por tanto, era mejor.

Su vida se volvió tan miserable que incluso se alegraba de que Búfalo Suave y Águila Lejana hubiesen encontrado la muerte con una bala en la nuca, en vez de compartir el destino de sus padres. Y cuando el último hermano de su tribu murió, Lobo Aullador pasó a llamarse Lobo Marchito: padre de nadie, hermano de nadie, esposo de nadie. Su recuerdo se diluyó entre las preocupaciones que trajeron los nuevos años. Para los demás dejó de ser un enemigo al que temer y se convirtió una vieja molestia que sólo merecía desprecio. Esa es la razón por la que sospecha que fue liberado: para que más gente pudiera despreciarlo.

Le prohibieron regresar a su tierra, por supuesto. Le condenaron al ostracismo: a vagar en soledad y sin destino fijo por aquel país desconocido, a vivir en un continuo desfile de la vergüenza. Descubrió que lejos de los núcleos urbanos el desprecio languidecía. Se convertía en una ligera molestia, en algunos casos incluso en indiferencia, como si el resto de la gente hubiese asumido que le correspondía la vida de un sal-

vaje huracán, y al encontrarse con él interpretasen que eran ellos los que estaban fuera de lugar, y no Lobo Marchito. Evitó pisar de nuevo una de aquellas ciudades, y pasó decenas de años vagando, sin hogar fijo, recorriendo bosques y desiertos; cruzando arroyos, valles y montañas. Intentó establecerse de nuevo innumerables veces, pero cada vez que conseguía levantar los atisbos de un nuevo hogar, las sombras del pasado resurgían en forma de congregaciones encolerizadas, incapaces de aceptar el más mínimo indicio de su presencia, y se apresuraban a destruir los refugios que él creaba para convivir con su soledad y a devolverle a la deriva insustancial de la que acababa de salir.

Así vivió hasta que el peso de la vida comenzó a volverse una carga más pesada de lo que podía soportar, y sus huesos doloridos empezaron a encorvar su cuerpo hacia el suelo: la tierra lo llamaba. Entonces nubes más negras que la noche conquistaron el cielo, y sumieron todo en un abismo insondable que acalló a todos los seres sobre la tierra. La oscuridad únicamente se rompía con los retorcidos fregonazos que arrancaban los relámpagos al cruzar el abismo, y el silencio sólo cedía ante los truenos que encolerizaban al aire. El viento se levantó en guerra contra los truenos, y sopló con la fuerza de cien huracanes. El suelo retumbó como si gigantes más grandes que la montaña más alta castigasen al mundo con sus pisadas. El propio pecho de Lobo Marchito retumbó con sus envites, y con él su corazón. Para el resto de las personas que vivieron aquella tormenta, no fue más que un fenómeno meteorológico notablemente violento, pero para Lobo Marchito fue algo totalmente distinto.

Él pudo percibir a los espíritus comunicándose con él, pudo sentir el contacto de sus hermanos semiwatoni desde el más allá, otorgándole las fuerzas necesarias para cumplir el último cometido que le otorgaban. Y distinguió entre ellos

a su amada Luz de Luna, que le insuflaba en el corazón unos instantes más de vida. Todo con un único fin: el rito de las grosellas debía ser cumplido.

Por eso Lobo Marchito ha pisado de nuevo una ciudad, exponiéndose una vez más a aquellos que lo torturaron y martirizaron. Por eso ha soportado las miradas hostiles que se ha encontrado por la calle, los esputos de tabaco que han caído a su paso y los innumerables revólveres que se han exhibido ante sus ojos, en un afán de sus dueños por recordarle a Lobo Marchito que su vida es sólo un préstamo que ellos se dignan a concederle. Los recuerdos de su juventud le han guiado por un paisaje que apenas ha reconocido. Donde antes hubo explanadas ahora había bancos, tiendas y comercios de todo tipo. La vegetación había desaparecido en favor de las personas, que se han multiplicado. Apenas había sido capaz de encontrar alguno de los árboles entre los que creció, y eso es precisamente lo que buscaba: el ciprés bajo cuya sombra su madre dio a luz. Su memoria lo ha traído frente a un salón y ahí, detenido, mira con preocupación, temiendo no ser capaz de encontrar el lugar en el que el mundo lo recibió. Un grupo de borrachos sale dando tumbos del edificio, se gritan entre ellos y se separan, cada uno en una dirección, arrastrando los pies torpemente hasta alguna esquina en la que mear.

Cuando terminan de vaciar la vejiga, vuelven a reunirse frente a la puerta de salón y entran, con la entrepierna empapada de orín, a por una ronda más. «Allá van los verdugos de mi dignidad», piensa Lobo Marchito. Cuando el salón se ha tragado al último de los borrachos, sus ojos vuelven a escudriñar el lugar, y entonces un flechazo de esperanza despeja sus preocupaciones. En un terreno confinado por una valla de madera se encuentra el ciprés, o lo que queda de él. El árbol ha sido talado, pero sus recias raíces todavía no han perdido el combate contra la civilización y su tocón aún persiste

aferrándose al suelo, como si se tratase de un monumento a la leñosa planta caída. Lobo Marchito avanza renqueante hasta el terreno, salva el obstáculo de la valla como buenamente puede y se precipita a los pies del tocón. Los viandantes lo miran extrañados al pasar al lado del terreno. Algunos incluso lo increpan por atreverse a entrar en una propiedad privada. Las piernas ya no lo responden, pero da igual, porque ya no las necesita. Escarba con sus huesudas manos un hoyo y vierte en él las semillas de grosella. A estas alturas, tres hombres y una mujer se

han detenido a curiosear lo que hace Lobo Marchito, y son testigos de cómo el anciano jefe semiwatoni se arrodilla para pronunciar las palabras con las que se consuma el rito. En ellas emplea su último aliento. Se desploma pausadamente, cayendo en una muerte suave. Uno de los hombres traspasa la valla para comprobar que, efectivamente, aquel anciano amerindio acaba de morir. Es incapaz de comprender qué pretendía al plantar aquellas semillas en un terreno en el que están a punto de construir una casa.

Se pregunta qué motivo puede tener alguien para emplear sus últimos instantes de vida en sembrar algo que jamás germinará; qué puede llevar a una persona a morir realizando una acción insignificante. Desconoce que el hombre que yace muerto a sus pies acaba de conseguir una gran victoria con ese pequeño gesto. Al cumplir el rito, ha recuperado su identidad. Ha vuelto a ser Lobo Aullador, y ha muerto como tal. Ha vuelto a ser el orgulloso jefe de la tribu semiwatoni y, a través de su acto, él y todos los suyos han mandado un mensaje a ese mundo hostil que dice: «No nos habéis derrotado».



FINALISTA EX AEQUO

HERMENEGILDO ALTOZANO GARCÍA-FIGUERAS

Madrid (Madrid, España)



DIARIO DE UN EXMINISTRO



10 de febrero

Primer día como exministro. Me había prometido no hablar mal de nadie, pero no puedo reprimir un «qué hijo de puta» cuando leo el BOE esta mañana: «*Vengo en disponer el cese de don Manuel Iriarte Sicilia como ministro de Universidades, agradeciéndole los servicios prestados. Felipe R.*»

Me he levantado temprano y he pasado media hora buscando el bote con el café y el tostador. Al final he preferido no despertar a Julia y he bajado a la calle para desayunar en un bar. Se me hace raro andar como el resto de la gente, yo que me había acostumbrado al coche oficial; cruzarme con una señora que pasea un perro, caminar junto a unos albañiles que transportan herramientas para una obra y dejar pasar a unos niños que van al colegio. No se han dado cuenta de quién soy.

En mi calle abundan los bares. Al final me decido por el «Bar Manolo» por ver quién resulta ser mi tocayo. Pido un café con leche y una tostada con aceite y tomate. Solamente me ha reconocido Manolo, el dueño del bar. Buenos días, ministro. Exministro, le respondo. Pienso que a lo mejor con esto de los

cargos pasa lo mismo que con los barcos, que tienen dos grandes momentos de alegría: el día que te nombran y, sobre todo, el día que te cesan. El día de mi nombramiento se acordaron de mí incluso aquellos a quienes yo tenía olvidados. Ayer me llamaron

unos pocos: oye, Manolo, que me he enterado. Vaya faena. Si lo estabas haciendo estupendamente. Yo sé que en el fondo se alegran. Que, aunque presumieran de su amistad conmigo, no podían soportar que yo fuera el centro de atención...

11 de febrero

Sigo sin encontrar el bote de café y el tostador. Vuelvo a bajar a la calle para desayunar en el «Bar Manolo». «Buenos días, exministro». Yo hubiera preferido que me dijera buenos días, don Manuel, como me decían los bedeles en la Facultad. Tengo dos años de cesantía por delante, que es como estar apuntado a las listas del INEM, pero sin tener que hacer cola en la calle. Durante estos dos años me pagan el ochenta por ciento del sueldo de ministro y no puedo hacer otra cosa que dar clase y escribir. Lo que ocurre es que el curso ya está empezado y ya me ha avisado el rector de que no es plan cambiarles el paso a los alumnos y descuajeringar los horarios que tanto cuesta cuadrar. Hace tres días el rector hubiera hecho cualquier cosa que le hubiera insinuado, pero ya se ve que el BOE opera la magia de resucitar todos los resentimientos acumulados.

He pensado escribir mis memorias, pero Julia me dice que no interesan a nadie. Lo primero, porque lo interesante no lo puedo contar: las deliberaciones del Consejo de Ministros son secretas, aunque la verdad es que no sé por qué tanta cautela cuando lo primero que hacen otros ministros es llamar por teléfono a sus amigos periodistas para contarles lo que ha pasado. Lo segundo, porque cuesta mucho pensar qué puede haber de interés en la vida de un ministro de Universidades.

Sólo me han llamado tres personas por la tarde: Carmen, mi secretaria en el Ministerio, para preguntar dónde envía las cajas con mis cosas; el de Orange, para ofrecerme el paquete de fútbol y Julia, para pedirme que me acerque al Mercadona, que se ha terminado el café.

12 de febrero

Al regresar de mi desayuno en el «Bar Manolo» decido hacer una lista de cosas pendientes. Hasta ahora se encargaban las secretarías y los asesores, que competían por ser el más pe-lota. «Ministro, esto. Ministro, lo otro». La verdad es que después de escribirla no sé muy bien si se trata de cosas pendientes o de los propósitos de año nuevo:

1. Aprender inglés.
2. Apuntarme a un gimnasio.
3. Hacer una lista de exministros y contactar con ellos.
4. Devolver la cartera del Ministerio.
5. Actualizar el currículum en LinkedIn
6. Llevar el coche al taller.
7. Renovar el pasaporte.
8. Ordenar la biblioteca.
9. Leer las memorias de Churchill.

Lo malo de todo esto es que no sé si voy a tener tiempo para tantas cosas.

13 de febrero

Primer fin de semana como exministro. Ya he encontrado el bote de café y el tostador y no he tenido necesidad de preguntar a Julia, pero he preferido bajar a desayunar al «Bar Manolo».

Julia me pide que no pase tanto tiempo en casa. Que la chica le ha dicho que le incomoda tener que pasar el aspirador por si molesta al señor. Yo le digo que al señor no le molesta que pasen el aspirador. Que lo único que le molesta es que toquen sus papeles y que, si los tiene desplegados sobre la mesa, es porque quiere ordenarlos por si al final se le ocurre escribir sus memorias. Caigo en la cuenta de que la chica me llamaba «señor ministro» hace unos días.

14 de febrero

Carmen, mi secretaria en el Ministerio, me llama para recordarme que hoy es San Valentín y para darme la dirección de la floristería donde encargaba las flores para Julia, por si quiero mandarle un ramo. He ido a comprar las flores. Cuando he dado la dirección de la casa, la encargada de la tienda me ha confundido con el nuevo conductor del ministro.

Julia me pregunta si he cambiado mi gusto por las flores porque todos estos años le mandaba rosas y hoy ha recibido un ramo de girasoles. Le digo que me habían parecido unas flores bonitas y Julia me dice que es como si le hubiera regalado un paquete de pipas en su envase original. No me hace gracia su broma y me siento en el salón a hacer el crucigrama de “El País” mientras la chica pasa la aspiradora.

15 de febrero

Uno tarda poco en dejar de ser ministro, pero no hay manera de dejar de ser exministro. Me han vuelto a parar por la calle para decirme que los políticos tenemos la culpa de todo. Señora, yo no soy político, le he dicho a la señora que se ha acercado a mí cuando estaba parado en el semáforo, esperando a cruzar La Castellana. Y ella me ha dicho, son todos ustedes iguales. Si usted lo dice, señora.

A lo lejos veo el edificio del Ministerio envuelto en brumas, como si se tratara del torreón de un castillo encantado. Todavía estoy esperando que mi sustituto me llame, como me anunció el día que le entregué la cartera. «Manolo, quiero contar contigo. Tu experiencia de estos años es valiosísima. Hasta hoy».

16 de febrero

Entro en una librería y pregunto por la sección de memorias y biografías. El librero me reconoce y me pregunta si estoy buscando la biografía de alguien en particular. Me recomienda una biografía de Churchill. Le digo que he incluido en mi lista de propósitos leer las memorias de

Churchill. El librero me dice que las memorias no interesan a casi nadie, pero que las biografías, si están escritas con rigor y algo de mala leche, pueden desvelar el verdadero personaje y los entresijos de la época.

Me acerco donde están los libros de no-ficción. Hay un batiburrillo de libros de autoayuda, ensayos y pseudo ensayos: «La democracia en los tiempos del COVID»; «Tu mascota y la sensibilidad LGTBI+». De ahí paso a los libros de ficción. Compró varios libros de bolsillo de la colección Austral y cuando salgo de la librería llueve. He olvidado el paraguas en librería y cuando regreso hasta allí encuentro la puerta cerrada. Ya volveré mañana.

17 de febrero

Me llama otra vez el de Orange para ofrecerme el paquete de fútbol. Julia ha vuelto a cambiar el lugar donde guarda el café y el tostador. Bajo a desayunar al «Bar Manolo». Coincido en el ascensor con la señora del séptimo. Me afea el cese porque desde que he dejado de ser ministro, dice, ya no están los escoltas y se siente menos segura. Le digo que ya me gustaría que no me hubieran cesado pero que así es la vida. Que los altos cargos son

temporeros y que hay más exministros que ministros. No parece quedarse muy convencida con la explicación. Cuando se despide me dice que la escolta le daba caché a la casa.

Voy a la librería y recupero el paraguas. Hace un sol espléndido. Aprovecho que Julia tiene una visita al Museo Sorolla para dar un paseo por la Universitaria. Cerca del Paraninfo descubro varias pintadas: «*Iriarte, fascista*»; «*Iriarte, dimisión*»; «*Iriarte, hijo de puta*». Me pongo las gafas de sol, por si acaso alguien me reconoce, y sigo caminando como el cesante que soy. Llamo a Carmen, mi secretaria del Ministerio. La llamada salta a la centralita. Pregunto por Concha, la secretaria del jefe de gabinete del ministro. Me dice que Carmen está ocupada despachando con el ministro. Que si me puede ayudar en algo. Le cuento lo de las pintadas y me dice que se lo dirá a Carmen. Lo que más me jode es lo de fascista. Yo, que corrí delante de los grises y pasé una noche en los calabozos de la DGS en la Puerta del Sol por gritar consignas en contra de Franco.

18 de febrero

Hoy ha aparecido una pintada en el portal de mi casa: «*Iriarte, perro*». No sé si se trata de algún despistado que no se ha enterado de mi cese o de algún hijo de puta con efecto retardado. El portero me dice que los vecinos han protestado y yo le respondo diciendo que ninguno protestaba cuando se beneficiaban de la protección de mis escoltas.

Cuando subo a casa, Julia me dice que ha visto la pintada y que el portero le ha dicho que los vecinos han protestado. Julia me pregunta qué hice de ministro para que hayan escrito eso en la puerta de su casa. Que, si hubiera sido ministro del Interior, lo entendería.

Por la tarde he salido a la calle a dar un paseo para comprobar si es verdad eso de que nadie se acuerda de ti. El único que me ha dicho algo, Manolo, el dueño de bar, que cerraba cuando pasaba por allí: «Adiós, exministro».

Al regresar a casa me ha dado por pensar si lo de las pintadas no será un aviso para que no escriba mis memorias.

19 de febrero

Vuelvo a encontrar el bote de café y el tostador en el sitio de siempre. Preparo café y he tuesto unas rebanadas del pan de ayer. No encuentro el azúcar. Me asomo a la ventana para ver de dónde viene el ruido. El camión de la basura se ha detenido delante del edificio.

Empiezo a escribir mis memorias.



ACCÉSIT

RUBÉN DE SALAS CORREGIDOR

Getafe. Madrid (España)



MOZART VS ZIDANE



Entro a la Maison de la Radio de Paris corriendo, ha faltado poco para no llegar a tiempo. Pierre me recibe con los brazos abiertos y la batuta ya en la mano.

—Boa tarde e obrigado — saluda con media sonrisa en la boca.

—¿A quién se le ocurre poner un concierto a la misma hora y en la misma ciudad que la final del mundial? —le interrogo mientras nos damos tres besos y recupero el aliento.

—Perdóname, ¿quién iba a pensar que la selección francesa llegaría a la final?

—Pues todos los franceses menos uno que tiene que seguir practicando el acento portugués.

Sonríe aceptando la culpa. Sigue siendo encantador. Lleva el pelo más largo de lo normal. Le fascina que se le mueva mientras dirige con esa vehemencia y expresividad tan típica de él. Se siente una estrella de rock.

—¿Necesitas algo antes de entrar al auditorio?

—Ir al baño. Dame cinco minutos para sacarme el Allez, allez, allez de Ricky Martin de mi cabeza y estaré lista.

Me mira sonriente, pero en su gesto descubro que no sabe de qué canción le hablo. Llama con unos exquisitos modales a una joven risueña y educada que me acompaña hasta el servicio de señoras y me ofrece un retoque rápido de maquillaje. Seis minutos después, me dirige con premura hasta la puerta de la sala Olivier-Messiaen, donde Pierre me espera.

—Bellísima. —Me besa las manos—. Si Mozart las hubiera escuchado, habría escrito cien conciertos para ellas. ¿Preparada?

—Supongo que sí —respondo pudorosa.

Entro y los focos no me dejan ver al público, aunque oigo sus aplausos. Me asombra y me alaga que esté lleno coincidiendo con el partido de fútbol “más importante para Francia en toda su historia futbolística”, como decían en la radio del taxi que me ha traído del aeropuerto. Me siento al piano, mido la distancia a los pedales y acerco un poco la banqueta. Me giro hacia el primer violín, que me marca un Do largo y hago una octava rápida con cada mano para sentir las teclas. Oigo los aplausos a Pierre. Pasa por mi lado, se sube al atril y golpea la batuta un par de veces contra la partitura. Se hace el silencio y la luz del escenario se atenúa. Me encantan estos segundos, es como un acuerdo tácito entre todas las personas que están en el auditorio, una muestra de respeto mutuo entre público y músicos que da paso al primer gesto de Pierre. Y entonces, con los primeros compases, descubro horrorizada que es el concierto para piano número 20 en Re menor. Y que llevo semanas preparando la pieza equivocada. Sonríe ante mi error, me siento como un niño que estudia la lección de Matemáticas cuando el examen es de Historia. Miro al público, no veo caras de extrañeza, lo que me confirma que han venido a escuchar este concierto, no otro, no el que yo he preparado, y la arena y el polvo empiezan a caer sobre mis

dedos. Busco la mirada de Pierre, pero está concentrado en lo suyo acentuando desde el principio los movimientos de melena. Apoyo un codo en el borde del piano. Me vuelvo hacia el primer violín que me mira extrañado y por fin Pierre parece que se da cuenta de que algo pasa y gira la cabeza hacia mí sin parar de dirigir.

—Tenía apuntado otro concierto en la agenda —susurro—. El 26 en Re mayor. —Me tapo la boca con una mano.

Él no para. Sigue marcando el ritmo y las entradas. Quedan menos de tres minutos hasta la del piano. El concierto avanza y yo estoy perdida en un desierto lleno de dunas del que no encuentro una salida y donde se me hunden las manos en la arena.

—Puedes hacerlo —me anima Pierre—. Lo has tocado muchos años.

Lo he tocado, lo he vivido y también lo he sufrido. He llorado por él y me ha dado las alegrías más grandes de mi carrera. Siempre ha viajado en mi repertorio hasta que lo saqué de ahí, de mi vida y de mi cabeza hace más de un año. Maldito fútbol que me obligó a cambiar el vuelo y a llegar directa al teatro sin ensayar ni fijarme en los carteles o en los trípticos con el programa. Con un par de días me habría sido suficiente para haberlo traído del pasado, haberlo llevado de nuevo a la luz, haberlo interpretado con la solidez que necesita. Pero es que estoy segura que acordamos el concierto número 26 en Re mayor.

—Puedes hacerlo —me repite—. No pienses, escucha la música.

Respiro profundo. Re menor en 4/4. Apoyo la mano entre el teclado y el atril vacío y espero a que el propio piano me guíe por este desierto. Cierro los ojos. Escucho. Ya van por el tema

secundario del preludio. Me queda un minuto para entrar. Y luego treinta cinco minutos de concierto que tengo que hacer de memoria. Allez, allez, allez me grita Ricky Martin. Sigo escuchando, ya están sonando los oboes, fagots y flautas con el motivo en Fa mayor. Ahora es turno de los segundos violines que entran melancólicos justo antes del ritornello de los metales. Treinta segundos y entras. Recuerda que el tema es distinto al violín, pero acabas volviendo a él. Abro los ojos. Apoyo el pie en el pedal. Descanso la mano izquierda en el muslo. Mi mano derecha ya se ha colocado sobre las teclas. La orquesta llega a la coda. Me entrega la nota que me abre la puerta del concierto. Silencio. Estoy en casa, sentada en mi piano. Miro por el ventanal la desembocadura del Tajo. El agua se mueve acompasada. Fluye sin prisa. Susurra a los barcos y saluda a los pescadores. Se divierte con las gaviotas. Antes de dormirle en su cuna, mece al sol y le canta una nana. Y acaba entregada

al océano, donde la última nota desaparece cuando levanto el dedo de la tecla. De nuevo el silencio. Pierre me tiende su mano y me ayuda a levantarme. Entonces escucho la ovación.

Francia es campeona. Yo regreso a mi Lisboa, de nuevo con el número 20 en Re menor en la maleta.



ACCÉSIT

ÓSCAR ARIAS RODRÍGUEZ

Tàrragona (Tàrragona, Espanya)



TRES GOLPES



El estridente sonido del timbre anunciando el comienzo de la última clase del día copó el colegio, y los estudiantes, conscientes en plenitud del momento, replicaron con un griterío ensordecedor. El profesor entró en el aula y la algarabía de los alumnos no mermó ni un ápice. Se lanzaban bolas de papel, corrían de un lado para otro y reían exaltados, con la voluntad batida en retirada. Todos menos Jesús, que era apocado, y como además llevaba poco tiempo en el municipio le costaba hacer amigos, y Silvia, que desde hacía un tiempo estaba sin estar debido a la muerte prematura de su madre por un cáncer inoportuno.

Don Cesáreo se dirigió a su mesa sin articular palabra, engalanado con su vieja chaqueta de pana gastada y coderas crema, que bien había valido cada peseta que había pagado por ella, y la cual —entre otras muchas extravagancias— era objeto de mofa y burlas hasta por los propios docentes del centro, nutriendo rumores que, a bien o a mal, habían llegado a sus oídos y a los que deslustraba de trascendencia. No obstante, en su campo, la filosofía, era todo un portento, y era asiduo a congresos y simposios de carácter internacional a los que era convidado.

Nadie entendía qué hacía impartiendo clases de lengua a unos niños de pueblo cuando podía estar en cualquier universidad insigne enseñando filosofía. Pero, si era preguntado, él siempre sorteaba una respuesta directa y contestaba que era feliz allí, a donde siempre había pertenecido, y que no tenía necesidad de ir a ningún otro sitio para trabajar. Y, sobre todo, porque siempre se había considerado más maestro que profesor.

Desde detrás de su mesa, donde reposaba el maletín de cuero rancio del que de vez en cuando surgía algún cachivache estrafalario como si se tratara de una chistera, dio dos palmadas e instó a los niños al silencio. Poco a poco el alboroto se apagó en un murmullo borreguil, y los pequeños empezaron a prestar atención.

—Ya sé que es la última clase y que queréis ir a casa —dijo—, y por eso hoy haremos una clase diferente.

Los alumnos gritaron alborozados, sabedores de lo que aquello implicaba, e intrigados comenzaron a buscar con la vista alguna pista que lo anticipara, sin encontrar un triste rescoldo que satisficiera su curiosidad recién desvelada. Don Cesáreo, en ocasiones, se salía del Programa de Estudios del Centro e impartía clases extraordinarias que resultaran novedosas e interesantes para los chavales, aunque esto no fuera muy bien recibido por parte del profesorado, pero a los críos de veras les entusiasmaban.

—Quiero que escuchéis esto —dijo el maestro, y el silencio fue absoluto—, y luego me decís qué creéis que es.

Ante la mirada estupefacta de los pequeños, reprodujo con su móvil un audio con pitidos extraños durante un rato, y después les preguntó:

—Y bien, ¿qué creéis que es esto que acaba de sonar?

—Una máquina estropeada —dijo uno con una risita.

—Un ordenador —respondió una chica al fondo.

—Música antigua —dijo Lucas, y todos rieron al unísono.

Don Cesáreo esperó unas cuantas respuestas más al azar y luego aclaró:

—Es un mensaje, como los que se envían con los teléfonos de ahora, pero con un sistema arcaico que era utilizado en el pasado.

Sacó de su maletín una caja de madera, y de ella extrajo un aparato al que miraron maravillados. Y luego, para rescatar a Silvia de su ensimismamiento, le preguntó directamente:

—Silvia, ¿a ti qué te parece que es esto?

La niña levantó la mirada pesarosa, y tras una breve pausa contestó:

—Se parece a la máquina de coser que tenía mi abuela.

A don Cesáreo le agradó la respuesta, más que meritoria, pues en realidad no distaba tanto del parecido; pero al resto de los chicos les resultó hilarante y rompieron a carcajadas, porque nunca en su vida habían visto una máquina de aquellas.

—Esto es un telégrafo —esclareció el maestro—, y con él se enviaban mensajes en el siglo pasado mediante el código morse, lo que habéis escuchado antes, que sustituía las letras por grupos de pulsos cortos o largos: puntos y líneas.

—¿Y por qué no se llamaban o se escribían cartas? —preguntó Atenea, quien siempre estaba en primera línea acechando para formular alguna pregunta ingeniosa.

—Pues porque el teléfono necesitaba de cable y las cartas tardarían demasiado, y además con este aparato podían

mandar mensajes concisos muy rápido a grandes distancias, incluso desde barcos. De hecho, el mensaje que os he puesto antes era el de un buque, y era un mensaje de socorro: S.O.S., según se estableció en una conferencia en Berlín, allá por el año 1906. Se escogió por su sencillez, sin un significado concreto para esas letras. Y gracias a ello —concluyó— pudieron rescatarlos.

Los niños observaban fascinados el artefacto, que pasaba de mano en mano, de pupitre en pupitre, y lo toqueteaban con cautela, temerosos de que poseyera la fragilidad del cristal. Mientras tanto, Don Cesáreo escribía en la pizarra el abecedario, y al lado de cada letra puntos o líneas según correspondiera. Cuando el telégrafo retornó a su mesa, habiendo sido manoseado por cada una de las personitas allí presentes, ya tenía transcrito todo el código morse de las letras en el encerado.

—Lo que escuchabais al principio del audio era S.O.S., que como veis está representado por estos puntos y rayas de aquí. Os lo voy a poner otra vez y podréis comprobar cómo se repite el mensaje.

Ya estaban encandilados por la clase exclusiva y escuchaban concentrados. Algunos cambiaban el semblante según adivinaban esas letras. Otros parecían confusos, incapaces de descifrar su significado. Al cabo de un rato, el profesor detuvo la grabación y les explicó:

—Mirad: S.O.S. serían tres letras, pero la primera y la última son la misma. Además, son sencillas porque una son tres puntos y la otra tres rayas.

Y golpeando sobre la mesa con los nudillos, les mostró la transcripción de lo que explicaba.

—El ejercicio de hoy es decir vuestro nombre en código morse, por eso os he puesto la equivalencia de las letras en la pizarra. Hacedlo con los nudillos sobre el pupitre. Yo iré pasando por vuestras mesas para ayudaros.

—Jo, profe. Pero mi nombre es muy largo, no vale.

—Bueno, Abderrahim. En tu caso, y en el de otros compañeros que tengan el nombre muy largo, podéis poner el diminutivo o apodo con el que os llamen. Así que puedes hacer solamente los sonidos correspondientes a Abde.

—Vale, guay.

—No golpeéis muy fuerte las mesas para no molestar a las otras aulas, haced el favor.

Y comenzó un repiqueteo caótico y atronador sobre los pupitres. Algunos, más diestros o con un mejor sentido del ritmo, enseguida consiguieron en mayor o menor medida aproximarse al sonido de su nombre; otros, menos avezados, a duras penas aporrearón arrítmicamente sobre la madera. Don Cesáreo pasó por cada una de las mesas corrigiendo o explicando el proceder con paciencia, pues como bien sabía: arcilla blanda mejor se moldea. Al llegar a la mesa de Silvia, esta miraba absorta hacia el suelo, sin tan siquiera intentar el ejercicio.

—Tienes que intentarlo, Silvia. Ya verás cómo no es tan difícil. La primera letra de tu nombre es como en el mensaje de auxilio del barco: tres puntos.

La niña golpeó sobre la tabla tres veces cortas y luego escurtó la pizarra en busca de las otras letras. Don Cesáreo sonrió complacido y fue hasta la mesa de Jesús, que con poco tino pretendía reproducir su nombre en una desfragmentada musicalidad de mamporros.

Con las correcciones del profesor fue algo más riguroso, y se podía, armándose de una imaginación inexistente, adivinar las letras de su nombre.

Al cabo de un tiempo la mayoría de los niños esbozaba con golpecitos su nombre o diminutivo, y entusiasmados con la clase peculiar, se acercaban a la representación correcta de su apelativo sin acordarse de la hora. Pero cuando el timbre sonó una última vez anunciando el fin de la jornada, desmembrados de razón, gritaron excitados y se levantaron a la carrera, ávidos de libertad, para recoger mochilas y bártulos e ir afuera, donde sus padres les aguardaban para ir a casa en esa singular comparsa social que es la salida del cole. Don Cesáreo recogió despacito las cosas mientras abandonaban la sala, y cuando volvió a levantar la vista solo Silvia permanecía en el aula, golpeando abstraída en su pupitre. Se dirigió extrañado hacia ella, y al llegar a su altura comprobó que la niña marcaba con los nudillos las letras S.O.S de un modo impecable.

—No, Silvia. Ese no es tu nombre, ese es el mensaje de socorro del buque que os puse al principio de la clase. Puedes probarlo después en casa sin hacer mucho ruido. Pero ahora tienes que recoger las cosas, que tu papá estará afuera esperándote.

Pero la niña seguía reproduciendo las tres letras sobre la tabla, una y otra vez, mientras una lágrima sublevada se desmoronaba sobre un rostro desgajado desde hacía ya tiempo de su inocencia pueril.

—Silvia, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —preguntó don Cesáreo visiblemente preocupado.

La niña rompió a llorar, y sin levantar la mirada del pupitre respondió entre sollozos:

—Que mi papá me hace cosas malas... y no me gusta y me hace daño.

Tres golpes cortos, tres largos, tres cortos: S.O.S.



ACCÉSIT

CAROLINA RAMOS FERNÁNDEZ

*San Juan de Aznalfarache.
Sevilla (España)*



UN FANTASMA BORRACHO



Me llega la noticia de que en una taberna del pueblo ha aparecido un fantasma borracho.

Un ser que, al descubrirse muerto una mañana, decidió ahogar sus penas en vino. Dirigió sus pasos a la bodega más próxima, y allí que comenzó a dar cuenta de los caldos que se almacenaban en la despensa del establecimiento.

Al principio, los propietarios, nada creyentes en este tipo de “vida” tras la vida, pensaron que se trataba de alguno de sus parroquianos. Alguien temeroso por no poder hacer frente a sus deudas, que había decidido tomar como rehenes a los cuatro barriles de roble francés en los que almacenaban un delicioso coñac. Una estrategia con la que -pensaban ellos- solicitaría la condonación de la deuda.

Llamaron a la policía.

Los agentes, al recibir el encargo, pensaron que era cosa de broma, pues estaba próximo el día de los Santos Inocentes y en el pueblo eran muy aficionados a esta celebración. Pero, ante la insistencia del tabernero, y la amenaza en firme de su señora

esposa –quien mantenía un affaire con el Sargento– de no volver a compartir cariños a escondidas, decidieron enviar al único policía conocedor de estos temas. Un jovencito de ciudad que decía haber utilizado la güija para contactar con una tía abuela suya. Lo que le había permitido rescatar una valiosa receta familiar de pollo en salsa.

Hasta la taberna llega el agente policial, con su uniforme y su instrumental paranormal, dispuesto a resolver el caso. Su bajada a la bodega se planifica bajo la atenta mirada de unos cuantos beodos, integrantes de la plantilla fija de la taberna. Quienes habiéndose enterado de la visita de la autoridad, no habían mostrado resistencia alguna a la posibilidad de ser testigos de cuanto aconteciera en el lugar.

El agente entra en la bodega y se reúne con el fantasma. Con tan mala suerte, que al ir a darle la mano, tropieza con un pellejo de oveja lleno de mosto que hay en el suelo. Cae y se da un golpe mortal en la cabeza. La nueva alma, al descubrirse muerta siente una tristeza tan grande que no le queda más remedio que ahogar sus penas en alcohol.

Ahora son dos los fantasmas borrachos que se han refugiado en la bodega de la taberna del pueblo.

Uno de los presentes, aficionado a la lectura de revistas de falsa base científica, afirma que esto es obra del demonio. Y allá que llaman al sacerdote, que acude presto ante la posibilidad de conocer personalmente a su gran enemigo.

Armado con una cruz de madera que previamente ha rociado con agua de la pila bautismal, el sacerdote cruza la taberna con gesto serio y se dirige a la bodega. Abre la puerta. Hasta la entrada del local llega un profundo olor a vino macerado y se escuchan los llantos lastimeros de los dos fantasmas. Exaltan su reciente amistad.

Antes de bajar, el cura se santigua y comienza a rezar. Una cantinela que, de manera inmediata, activa el resorte creyente de los asistentes, que le acompañan a coro en su recitado del Padrenuestro. Mientras desciende: una mano en la cruz y otra en la sotana, un paso firme para cada escalón y los ojos bien abiertos. Y un estornudo, que le recuerda que tiene alergia a los taninos de la uva. Y la voz de alguien, que desde arriba dice Jesús en lugar de Amén justo cuando la oración llega a su fin. El padre que se santigua, que se vuelve para corregir al que considera un impío infiltrado. El pie que pisa un pequeño descosido de la sotana y... la caída es inevitable.

El religioso rueda por las escaleras durante unos segundos y viene a estrellarse con una estantería llena de botellas. Tiemblan. De su exterior se desprende buena parte del polvo que les cubre. Sustancia que cae sobre el sacerdote, quien al despertarse y contemplarse en el suelo muerto, cree encontrarse en el cielo. Algo que le satisface sobremanera, pues considera haber cumplido su misión en la tierra: la de conducir al cielo a dos almas pecadoras. Por eso, al ver su sangre a su alrededor, no se lo piensa dos veces: abre una botella del año 50 y la empuja como si no hubiera mañana. Pronto llegan los cánticos, los himnos, las antífonas. Un repertorio religioso con el que quiere agradecer al Creador la gracia recibida mientras los otros dos observan y aplauden al final de cada gorgorito.

Ahora los fantasmas son tres y se encuentran en fase de exhibición de habilidades. Por suerte han comenzado por entonar canciones y no parecen hacerlo mal.

Las canciones se suceden. A los temas religiosos les siguen los compuestos por cantautores, luego los temas populares y, finalmente, la lista de grandes éxitos que interpretaría cual-

quier orquesta itinerante en una noche de verbena. Melodías que el público reconoce, canta y baila como si parte de un rito dionisiaco se tratara.

El espectáculo fantasmagórico-musical se sucede durante días e incluso durante semanas. El trío, de repertorio interminable, ofrece conciertos nocturnos todos los días desde Maitines hasta Laudes. Pues como buenos entes no corpóreos descansan durante el día. Esto al principio supone un importante contratiempo para el tabernero y señora, que apenas escuchan las peticiones de sus clientes. Pero, con el tiempo, se convierte en un reclamo de tal envergadura que la taberna se transforma en el único espacio intelecto-cultural de la población.

La fama del trío musical corre como la pólvora. Incluso llega a la capital, donde los políticos de turno se preguntan cómo sacar rédito de este fenómeno que, lejos de asustar, comienzan a catalogar de “milagroso”.

Curiosos de todo el país llegan hasta la taberna, que ha visto incrementados notablemente sus ingresos. Han cambiado las mesas, el suelo y hasta han colocado unas cortinas en las amplias ventanas que hasta hace unos días parecían ahumadas de la grasa que retenían. Todo parece ser poco para que los todopoderosos turistas se acerquen a la localidad, que hasta ahora permanecía arrinconado en una esquina de la sierra malagueña.

Un día, tras una copiosa cena de porra antequerana, sopa mondeña y bienmesabe; pasados siete minutos del nuevo día, el trío comienza a cantar. El público, que se amontona en el local, se entrega al espectáculo con pasión. Tanta, que el hijo de uno de estos curiosos en sandalias, que bien debiera estar dormido a estas horas, se abre paso entre la multitud atraído por la música de la bodega. Quiere saber quiénes son los que cantan y por qué están escondidos.

El pequeño, que apenas llega al pomo de la puerta, comienza a bajar los escalones uno a uno, siguiendo las instrucciones que su madre le leyera una noche. Al llegar a la mitad de la escalinata, el pequeño observa con atención el cuadro y, movido por el asombro, decide seguir bajando. En una de sus manos un biberón con agua, en la otra la decisión de conocer a los cantantes. Llegado al descansillo, mira y remira a los intérpretes. Acaban de terminar un tema y reparan en la mirada atenta del pequeño. Durante unos minutos silencio abajo y griterío arriba. Alguien se ha dado cuenta de que el pequeño no se encuentra en la taberna y comunica su ausencia al resto. El gentío se organiza. Alguien dice haberlo visto merodeando en la entrada de la bodega. Otro afirma que hay una huella del pequeño junto a la puerta de la bodega. Alguien se asoma y pide una luz para bajar. Varios hombres valientes se ofrecen voluntarios para acompañarle. “Seguro que lo tienen preso los fantasmas”, afirma una vieja que pasaba por la calleja en ese mismo instante.

Los fantasmas se asustan y comienzan a temblar. No saben qué hacer. El niño sigue tranquilo mirando a los tres hombres adultos que tartamudean frases que no puede entender.

-Sube hijo, sube a la taberna antes de que los mayores bajen; o será nuestro final. -dice el sacerdote haciendo gala de su verborrea labrada en cursos de comunión.

-¿Su final? -dice con los ojos abiertos-. Señor, ustedes ya están muertos.



**RELATOS
SELECCIONADOS**



EL FIEL ESCUDERO

DIEGO PEÑA LABRADOR

Zaragoza (Zaragoza, España)

“ Se precisa fiel escudero para seguir a caballero andante a tiempo parcial”

Así se enunciaba una de las escasas ofertas de empleo existentes en el Heraldo de Aragón dominical. Un pequeño destacado de apenas unas líneas que tras su desconcertante reclamo inicial, continuaba diciendo: *“se valorarán la falta de anhelos en cuanto a fortuna y riquezas, la sed de aventuras y el indomable espíritu resistente de aquellos que se sobreponen a la adversidad de la derrota. Los interesados en ser *participes* y testigos de innumerables andanzas y de incontables lances y hazañas, pueden solicitar entrevista a través de las siguientes señas: donquijotebuscasanchoatiempoparcial@desesperadamente.com”*.

Ciertamente, el anuncio tenía en sí más pinta de ardid publicitario que de oferta real, pero era de reconocer, que una demanda con semejante presentación y en la que se ofertaban aventuras y adversidades a tiempo parcial a cambio de una remuneración poco halagüeña, solo podía despertar la curiosidad de tipos como yo, hombres hastiados de la monotonía de un mundo vacío y pue-

ril que sobrevivía día a día alimentándose de los devaneos y las apariencias de la legión de seres recauchutados que habitaban en redes sociales y canales de televisión.

Fue sin duda llevado más por mí curiosidad que por la necesidad, por la que me decidí a dar respuesta a tan rocambolesca ofertan, solicitándo una entrevista a través del ingenioso correo electrónico que se citaba en el anuncio:

“Estimado Caballero:

Interesado por el puesto de trabajo que se oferta, le adjunto a continuación una breve sinopsis de mis escasos méritos, pues he de confesarle, que de entre los muchos desempeños profesionales que he tenido a lo largo de mi vida, jamás ejercí el de escudero de caballero andante alguno ni participé en aventuras y hazañas especialmente reseñables.

Desconocido como soy de la verdadera naturaleza de su reclamo, reconozco haberme sentido atrapado por sus alusiones quijotescas en cuanto a “aquellos que se sobreponen a la adversidad de la derrota” pues tras seguir durante años y con auténtica devoción las andanzas caballerescas que le presumen su nombre, me siento en la justa necesidad de manifestar mi más profunda admiración hacia la causa de tan noble hidalgo.

Desde muy niño y a través de los libros, ya he combatido a su lado en innumerables batallas contra cada una de aquellas injusticias con las que se ha ido topando a lo largo del camino.

A pesar de las adversidades de la vida, de las trabas de los poderosos y del escarnio de los miserables, siempre supo anteponer la justicia, el deber y el honor sobre cualquier otro razonamiento, a riesgo incluso, de la integridad de su persona y de su juicio.

Mi presente al igual que su pasado, lejos de traer la dignidad que se le intuye al destino, ha envilecido aún más si cabe la condición del ser humano hacia el prójimo y hacia el planeta común en el que moramos.

Hoy, los gigantes a los que nos enfrentamos son más fuertes que nunca, ya que transitan por el mundo con la complacencia de aquellos que deberían velar por la justicia y es por esa razón, por la que precisamos del empeño de caballeros de su ánimo.

Al igual que ayer, batirse contra la impunidad del poderoso y la cobardía del pusilánime se ha convertido en una misión quimérica; y esa lucha, a mi entender, tan solo la pueden acometer personas de su condición y valía.

Como humilde aportación a esta tan magna causa, por la presente, me ofrezco a ser su fiel escudero Sancho a tiempo completo, aunque si la dificultad de mi concurso en estos tiempos de crisis así lo exigiera, me conformaría con serlo tan solo a tiempo parcial.

Consciente de que mi experiencia como escudero de caballeros andantes es más que precaria, me comprometo a compensarlo si su gracia me acepta con la ilusión de aquel que vive en la esperanza de conquistar un mundo mejor, un mundo más digno, más justo y más humano, donde las personas se preocupen más en ayudar al prójimo, que en intentar ocultar sus miserias tras la conveniente cortina de la indiferencia.

Le imploro que no deje en el olvido esta petición desesperada; pues, aunque el mundo ha vagado siempre por un precario escenario de luces y sombras, es probablemente ahora, cuando el equilibrio de nuestro mundo comienza a decantar la balanza hacia el pantanoso lado del conformismo y la desesperanza.

A la espera de sus noticias, iré preparando mi espíritu para asistirle en el combate y, aun sabiendo que en algunas ocasiones los

enemigos serán en realidad molinos y no gigantes, estaré a su lado asumiendo que si bien la causa tal vez sea perdida, al menos será siempre justa en mi conciencia.

Atentamente,

Su por siempre leal escudero Sancho”

Como era de esperar, fueron pasando los días, las semanas e incluso los meses sin recibir respuesta alguna, algo que no hacía más que corroborar que tal reclamo sólo podía responder a algún tipo de ardid publicitario o a la ensoñación de un loco que no supo dar contestación a mi propuesta.

Fue durante una lluviosa mañana de noviembre, habiendo pasado más de un año desde que diera respuesta a aquella extraña oferta, cuando de manera más que insistente sonó el timbre de mi puerta. Sin esperar visita alguna y resignado a encontrar tras la puerta a algún rescatador celestial de almas del séptimo cielo o similar, abrí la puerta con cierta desazón.

Para mi sorpresa, tras la puerta, en medio de mi angosto zaguán, encontré a un tipo de complexión fuerte aunque de baja estatura, su aspecto resultaba algo desaliñado y su estética era algo más que anticuada para los no más de cuarenta años que podría tener.

Sorprendido tras no encontrar la eterna sonrisa celestial de aquellos que vienen a salvar tu alma a domicilio, le pregunté en qué podía ayudarle, a lo que él sin mediar palabra alguna sacó de una desvencijada carpeta repleta de papeles un folio arrugado que extendió hacia mí.

- ¿Ha escrito usted esto? - preguntó-

Para mi estupefacción, frente a mí apareció la respuesta al anuncio que meses atrás envié ofreciendo mis servicios como fiel escudero. Anonadado ante la situación y sorprendido por el aspecto de mi interlocutor, le ofrecí entrar en mi casa para que por fin y de una vez por todas desvelara el misterio que llevaba meses acechando mi pensamiento.

Tras todo tipo de ofrecimiento de cafés e infusiones le invité a sentarse y le pregunté si él era el “Quijote” que se encontraba tras aquel extraño anuncio, a lo que lacónicamente, me contestó con un contundente “no”.

Me explicó que el autor de la misma era uno de los tantos sucesores de Don Quijote que generación tras generación habían ido retomando el testigo de las andanzas del primero de los caballeros andantes, Don Alonso Quijano, conocido también como el Caballero de la Triste Figura o el Caballero de los Leones, tal como se hizo llamar el primero de los Quijotes.

Lamentablemente, el paso de los años había hecho mella en la búsqueda de nuevos sustitutos y el último de los Quijotes falleció fortuitamente pocos días atrás batallando contra la injusticia en algún remoto país de África.

Me dijo que él, al igual que yo, se había presentado como fiel escudero y que tras varias semanas de aventuras junto al último de los Quijotes, este le encomendó en su lecho de muerte un último mandato, el de iniciar mi búsqueda para ofrecerme el tremendo honor de que fuera yo su nuevo sucesor ya que en mis palabras, había encontrado el espíritu de aquel que debía seguir combatiendo la injusticia junto al portador de aquel mensaje que desde ese preciso instante se ponía a mi servicio como mi fiel escudero.

El reto sin duda era abrumador, pero alentado sin duda por la fantástica historia que me relató aquel extraño hombre de nombre llamado, Sancho, nos conjuramos en continuar con aquella

apasionante aventura iniciada siglos atrás, loada por unos pocos como hazañosa aventura y censurada por casi todos como desdeñosa locura.

TRAVESÍA

ALBERTO GARCÍA MONTERO

Madrid (Madrid, España)

A decorative flourish consisting of a horizontal line with ornate, symmetrical scrollwork at both ends, positioned below the author's name.

Nada más salir de puerto, Marcos sujeta con firmeza la caña del timón y pone rumbo norte. Usa su mano a modo de toldo, como si ese simple gesto le permitiera ver la realidad de forma distinta. Su madre navega con él. O él la acompaña a ella, nunca tuvieron claro quién dependía de quién; más aún desde que el padre de Marcos murió, convirtiéndolo en un adolescente esquivo y a su madre en una viuda sin más lastre con el que cargar.

A lo lejos crecen nubes color cemento que chorrean ruido y humedad eléctrica. Lo llena todo el vaivén salado y luminoso del mar, salpicado de montes de espuma, como un campo de minas líquido e infinito que cambiara a cada instante con el reflejo del sol. No termina de encontrarse a gusto navegando con su madre, él cree que ya tiene edad para navegar solo. Ella no. Y ese «no» se instala entre ambos a la manera de un cordón umbilical marchito, manteniéndolos unidos en apariencia pero sin aportar nutrientes.

—Ten cuidado con la urna, no se vayan a caer las cenizas.

—Ya me lo has dicho dos veces, mamá.

—Oye, tranquilo, ¿eh?, que a mí tampoco me hace gracia estar aquí.

—¿Quién ha dicho que no quiero estar aquí? Eres tú la que odia todo esto de la última voluntad de papá. Para mí es distinto, yo quiero hacer esto y me gustaría disfrutarlo, ¿sabes?, porque él se lo merece y pareces empeñada en echarlo a perder.

—Solo quiero terminar de una vez con esto.

—Claro, tú siempre quieres acabar con todo —sentencia Marcos, y se sumerge de nuevo en la lectura de *El viejo y el mar*, que su padre le regaló.

De tanto en tanto lanza una mirada a las velas. No quiere darle a su madre motivos para que piense que no es capaz de gobernar el barco en solitario. Sigue con la lectura del libro. Con cada página siente que se alejan sus recuerdos y se acerca el momento de empezar a vivir la vida por su cuenta. Aún le faltan unos años para convertirse en un adulto pleno e independiente. Eso es algo que le fascina por lo que tiene de reto, de aventura, de demostrar su valía a los demás. Pero también le da miedo. Porque le gustaría que su madre le apoyara más, le retuviera menos. Los dos cargan con sus lastres, buscados o no, queridos o no, nuevos o antiguos, como sacos de arena llenos de miedo y amor a la vez, impidiendo que sus vidas remonten el vuelo, globos llenos de aire pero que no flotan, que no se mueven.

—Déjate el dichoso libro y tensa bien el foque —dice su madre.

—Lo sé, me había dado cuenta, no eres la única que sabe navegar. —Marcos baja la voz y añade:— Mira que eres pesada.

—¿Qué has dicho?

El foque deja de flamear una vez que Marcos tensa el cabo. La vela convertida por fin en una inmensa barriga preñada de viento y recuerdos de infancia, de cuando su padre y él salían a navegar juntos frente a la costa de Montesilvano, todo el Adriático para ellos. Ahora hace lo mismo con su madre, aunque por distintos motivos y en otras circunstancias. Navegar con ella nunca fue igual, nunca será igual. Porque hay algo que flota en la mente de Marcos. Un rumor que no se va y que le obsesiona. Sus padres no terminaron de llevarse bien, a diferencia de los padres de sus amigos. Habría deseado cambiar eso, pero ese pensamiento nunca podrá pasarse a limpio, quedará para siempre como un simple borrador.

—Yo creo que lo podríais haber solucionado —dice Marcos, mientras vuelve a abrir el libro.

Su madre le mira pero no dice nada y sólo responde con un bufido y un leve meneo de cabeza.

—Sí, mamá. Podríais haber hablado, haber arreglado las cosas entre vosotros; pero no, tú siempre controlando e interrogándole todo el tiempo, en vez de dejarle vivir su vida.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme así?

—¡Deja de quejarte y de culpar a papá!

—Yo no me quejo.

—¡Claro que sí! Todo el puto día...

—Esa boca, Marcos.

—¡Déjame hablar! Todo el puto día quejándote de que si papá no estaba, que si dónde andaba, que qué hacía... ¡Por favor! ¿Es que no puedes dejarle tranquilo ni después de muerto? —

dice antes de bajar la cabeza y fingir que vuelve a leer. Mira de reojo las velas, cómo se hinchan y tensan los cabos y tiran del barco hacia las nubes color cemento.

—¿Sabes por qué me preocupaba tanto lo que hacía tu padre? Porque en el fondo siempre supe dónde estaba y a dónde iba.

—¿Ah, sí? —pregunta Marcos, desafiante— ¿Y dónde estaba, eh?

—Con Virginia.

—¿Qué Virginia? ¿La tía? ¿La tía Virginia? ¿Y qué?

—¿Cómo que qué? Pues eso, que hacía muchos años que se veían.

—Pero ¿cómo que se veían? —Marcos cierra el libro de golpe. El mar escupe bocanadas de agua, las velas se quejan bajo la tensión del viento—. ¿Qué me estás contando, mamá?

—Pues lo que te acabo de decir. Que sé que lo entiendes, Marcos, que ya no eres un crío. Así que no me vengas con que podíamos haberlo hablado y solucionarlo. No había nada que solucionar, porque hacía mucho tiempo que estaba roto, y tu padre se encargó de que no se pudiera arreglar.

—Eso no es verdad.

—Piensa lo que quieras, hijo.

Marcos abre el libro e intenta seguir leyendo. Le cuesta ver las palabras, sólo lo ojea, pasa las páginas sin poder fijar la mirada. Se pregunta si será cierto lo que acaba de decir su madre. ¿Acaso su padre no era el héroe de su infancia? No, no puede ser. Él no. Su padre siempre estaba ahí y le gustaba explorar y salir a navegar con él. No es posible. ¿Cómo se atreve su madre a

decir eso de su padre? No es posible. Él siempre estuvo cuando le necesitó. Excepto algún fin de semana, sí. Salvo alguna noche en la que lo esperó y no apareció y su madre tuvo que leerle las historias de Stevenson y Verne; no sonaban igual. Y esas noches, aquellos fines de semana, ¿dónde estaba él? ¿Dónde estaba su padre? Debía llegar pronto y leer una historia con él, se lo había prometido. Pero ¿dónde estaba su padre? ¿Y con quién? No, no es posible. Su padre no. Le enseñó a navegar y también a encender el horno y a cocinar el pescado que atrapaban frente a la costa de Montesilvano. Solo que a veces desaparecía un par de días. Era por trabajo, solía decir su madre. ¿Y los fines de semana? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía su padre cuando se iba y no volvía durante horas? Solo que no eran horas, ahora Marcos lo recuerda. Sí, lo recuerda tan claro y la claridad le duele porque suena como las cosas ciertas, despide el hedor de la mentira y de las medias verdades. No estaba. Papá no estaba. A veces salían a navegar. Y otras lo hacía con su madre porque él no estaba. Es cierto, no estaba. Solo conserva el ejemplar de *El viejo y el mar* que le regaló. ¿Acaso fue lo único que le regaló? ¿Por qué no vino a los cumpleaños? ¿Dónde estaba cuando quería navegar con él por el Adriático, en Montesilvano, pero no estaba? No estaba con él, estaba en otros lugares, con otras personas. Marcos levanta la vista. El viento se ha escondido y ha dejado de jugar con las velas, que cuelgan como viejos abrigos olvidados en el desván. Aún tiene el libro en sus manos. Lo cierra despacio y lo deja caer al suelo.

—¿Con la tía Virginia?

—Sí, Marcos. Pero venga, que hay que tirar las cenizas y la tormenta se acerca. Vamos a terminar con todo esto. Porque en el fondo tienes razón, tu padre se merece este homenaje.

—No estoy seguro de eso, mamá.

—¿De qué?

—De que papá se merezca este homenaje.

—Mira, no voy a entrar a valorar esas cosas, hijo. Ahora tengo que tirar de ti y de mí, es lo único que me preocupa. Tampoco creo que vayamos a cambiar mucho las cosas ahora. La verdad es que estoy cansada y me apetece volver a casa.

Marcos mira al suelo, al libro, a las velas que se agitan como un animal atropellado en sus últimos segundos, vivo aún pero sin vida al fin y al cabo. Trata de procesar lo que ha escuchado. No es fácil. Su madre acaba de poner patas arriba toda su vida. Sus recuerdos, las vivencias con su padre ya no significan lo mismo. No pueden ser lo mismo, ahora lo sabe. Lo intuye, más que lo sabe, porque duele mirar dentro de uno y no encontrar los mismos ingredientes que puso en el plato, los mismos muebles que colocó cuando trató de convertir su infancia en una estancia agradable, acogedora. La apisonadora de las palabras de su madre se ha llevado todo por delante. Y en el solar que queda solo hay un libro abandonado, tirado a los pies de Marcos. Con las páginas arrancadas, las palabras cambiadas de orden y los capítulos alterados. Así la historia ya no suena igual. Y eso duele. Pero también da fuerzas para ver la realidad. Para saber que no está solo sino que está su madre. Que siempre estuvo sin estar y navegó con él, ahora lo ve, más que su padre. Solo que en silencio, llevando el timón y haciendo que el barco llegara siempre a puerto.

—Papá era un cabrón —dice al fin.

—Marcos, habla bien, que era tu padre.

—¡Y una mierda, se follaba a la tía Virginia! ¿Y luego venía a casa y me abrazaba como si nada? Y yo encima defendiéndole.

Su madre le mira y abre la boca como para gritar, pero se detiene; hace malabarismos con sus pensamientos y la rabia y los silencios.

—Entonces, ¿todo era mentira? ¿No nos quería? —pregunta Marcos.

—Claro que nos quería, pero a su manera.

—A su manera. —Marcos mueve la cabeza arriba y abajo, despacio— A su manera, dices —repite, con la mirada perdida en las nubes, ruidosas y eléctricas—. ¿Y qué hago yo ahora con mis recuerdos, mamá?

—Nada. Están bien como están.

—Pero ¿y la tía?

—La tía bastante tiene con lo suyo.

—Es que no puedo mirarla otra vez a la cara, mamá, ¿cómo la miro otra vez a la cara?

—Pues mirándola, hijo, como hacemos todos.

Marcos vuelve la vista hacia las nubes color cemento, que se desintegran mientras descargan la lluvia y se funden con el mar. Sus recuerdos, su infancia, los días navegando con su padre.

Su madre coge la urna, la abraza un segundo que dura años. La besa antes de abrirla y dejar que salgan las mentiras y los reproches y el fingir que no pasa nada, y el espera que te caliente la cena, mi amor, que vendrás cansado. Las cenizas vuelan, se alejan del barco y desaparecen, disueltas entre espuma, agua y sal, en mitad del Adriático, frente a la costa de Montesilvano.

AQUÍ YACE UN POETA

PAULA EMMERICH

Londres (Inglaterra, Reino Unido)



“Llevo muerto tres días y nadie se ha percatado de mi ausencia. Soy un hombre superfluo, invisible, cuya existencia a nadie importa. Soy poeta por afición y escribo versos para los románticos poco inspirados y a veces epitafios para honrar a parroquianos célebres.

Mi esperanza yace en un joven a quien le debo un encargo. Espero que no concluya su romance antes de tiempo y reclame pronto su pedido. ¿Quién sino me encontrará en este enjambre de cemento e indiferencia en que se ha convertido la sociedad?

Mis vecinas no vienen aquí. Apenas me dirigen la palabra; les parece extraño que un viudo de ochenta y tantos viva solo sin el retrato de su venerada esposa. Exigen lealtad y sospechan de mi interacción con aquellos jóvenes que me piden versos. A veces, entusiasmado con mi creación, declamo mis sonetos para transmitir la fuerza del sentimiento más que la palabra. Esto no es un negocio, es una vocación. ¿Quién cobra cinco euros por adelantado y deja que el saldo sea definido por el cliente de acuerdo con su gratitud? Supongo que mis vecinas –anticuadas y desfasadas– han escuchado mis ardorosas representaciones y han confundido mi vehemencia con inclinaciones de otro tipo.

La verdad es que guardé el retrato de mi mujer en un cajón porque aún no le perdono que me haya abandonado. No debió dejarme tan pronto entre ciudadanos tan poco atentos, que ya no dicen los buenos días ni se preocupan por el prójimo.

Tampoco me quedan parientes; todos han abandonado este mundo antes que yo. Estoy solo entre composiciones mediocres para aquellas pobres almas que en la juventud no encuentran ni sosiego ni inspiración. Porque no me conformo con producir y cobrar; intento impartir el arte para que germine la motivación interior: el amor por el amor mismo, el deseo por experimentar, la alegría de vivir... Son pocos los que se comprometen con un arte tan olvidado. Son los *tweets* y los titulares de escasos caracteres, con sus marejadas de odio o morbo, lo que hoy remece corazones.”

“No obstante mi frustración ante una sociedad ensimismada e insensible al dolor ajeno, quiero despedirme como Dios manda. ¡Requiero honrada sepultura! Quiero vestir mi mejor traje, el de mi boda: azul brillante de solapas de raso, con un clavel blanco en el ojal y un sombrero negro de felpa. Que me arreglen el semblante que se corrompe, cetrino, con el paso de las horas y que me cierren los párpados, ¡misericordia!, porque ya no tolero su peso.

Quiero que haya flores y que se invite al pueblo entero, aunque no se merezcan el convite.

¿A cuántos he ayudado con sus desamores y congojas, ideando llaves secretas para abrir corazones? En cuanto obtienen lo que quieren, se olvidan del maestro e incluso del amor mismo cuando ya no les ofrece ni gozo ni distracción. Algunos insisten con algún otro sujeto: del rubio se pasa al negro y de los celestes a los pardos con el humor de una veleta. ¡Que los inviten

igual! A veces la muerte enseña a ser más agradecidos, si no es con quien extiende la mano, con la providencia que ha decidido alargarnos la vida.

¡Quiero sepultura y no me quedo quieto! Quiero tumba y tierra y una lápida de granito gris, fina al tacto con letras doradas: «Aquí yace un poeta que ha enlazado corazones». Porque no los he obtenido para mí. Todo lo que he creado fue para el resto de mis congéneres, solos, desdichados, necesitados de afecto. Y hoy el necesitado soy yo.

Deseo unos cantos piadosos para marcar mi partida, unas palabras amables de algún agradecido, una oración final que bendiga mi alma, tan perdida en el último tiempo como cualquier otro infeliz. Porque yo también necesitaba amor, algo de compañía, pero en nuestra sociedad neurótica cada uno vive para sí mismo: consumir, alcanzar, acumular; no paramos hasta que estamos muertos.

Suspiro rendido: ¿qué puede hacer un cadáver sin la fuerza de sus músculos? ¿Cómo llamar a la funeraria para que rescate mis despojos? ¿Cómo gritar desesperado: «¡Ayúdenme, me he muerto!»? ¿Podrá mi espíritu atravesar las paredes y evocar en aquel joven el recuerdo del anciano trovador? ¿Cómo hacerle llegar un mensaje de ultratumba sin alarmarlo? ¿Se aterrará si hago ruido inexplicable o muevo las cosas misteriosamente?”

“¿Podré mover las cosas misteriosamente?! ¿Eleva una copa en el aire o cambiar de lugar algún objeto?”

Probaré con la fuerza de mi alma, que quiere digna sepultura y evitar a toda costa que las larvas se ensañen con mi carne. Con un pasado libre de grandes crímenes, pero abundante en menores pecados, con el mejor recuerdo de mi mujer con la que quiero reunirme, con el deseo ardiente de un ataúd cómodo de

cedro o caoba, pulido y aromatizado con menta o con lavanda, cálido y acogedor, cuyos perfumes ahuyentarán a las criaturas más bárbaras, levito de mi cama.

Se desprende de mí una especie de cuerpo transparente, una figura de éter teñida de azul que oscila como la llama de una cocina de gas. Me acerco al espejo y no logro ver mi reflejo, soy invisible al ser vivo. Intento mover objetos, pero aún no domino mi fuerza y apenas tiemblan una pelusa y un pelo sobre el tocador.

Fatigado por el afán, vuelvo al centro de mi cuerpo. No sé bien si entré por el cerebro, el corazón o el vientre, pero me amodorro; hasta un muerto necesita descanso.

Vuelvo al ataque un poco más tarde porque me invade el terror a los gusanos. Pruebo con las hojas marchitas de un floreo: caen con mi soplo espectral. Entusiasmado, muevo la araña, que danza de un lado a otro, prometiéndome un lugar definitivo para reposar.

La alegría y el juego me fortalecen, pero el temor me debilita. Cuando pienso en que pasarán los días sin que nadie se acuerde de mí, salvo las moscas que se darán un banquete, entro en pánico y mi llama se contrae y caigo al suelo. Me arrastro hasta el cadáver porque temo que mi espíritu también muera por falta de esperanza, separado de su matriz.

Sé que el tiempo apremia y que el olor nauseabundo ha empezado a penetrar mi humilde morada. No quiero que sea el hedor y la repugnancia lo que alerte a la multitud, sino el recuerdo amable para con otro ser humano. ¡Despierten vecinos! ¡Yace aquí un poeta muerto!

Intento manejar mi aversión a la carne putrefacta evocando momentos excitantes de mi vida. Vuelvo a cargar mi espíritu

a fuerza de alegres versos. Atravieso con ímpetu la primera, segunda y tercera pared pensando en los tiempos dichosos en que, joven y apuesto, enamoraba a mi mujer.”

“O en aquel día feliz en que un periódico me ofrecía un puesto. Dedicué mis años a narrar los sucesos de un pueblo, de un barrio, ¡de una ciudad! ¡Qué noticias! ¡Qué dedicación! Obtuve promociones merecidas –aunque mal pagadas– que me permitieron comprar mi pequeña vivienda.

Atravesé otras paredes rememorando los días en que mi santa mujer creaba hermosos objetos para nuestro hogar: paños para el tocador, manteles bordados para la mesa, cojines mullidos para el sillón, zapatitos celestes tejidos...

Caí de bruces recordando el día de su muerte. Recobré el aire y persistí cuando pensé en que volvería a reunirme con los míos. Crucé ladrillos evocando a los compadres, las pequeñas victorias, los paseos, los domingos de picnic...

Perdía el balance cuando pensaba en la sociedad indolente que no se ocupa ni de los muertos ni de los vivos. Retomaba el vuelo, ilusionado con ese ataúd de cedro, esas flores aromáticas y mi camisa blanca. Recto y sereno yacería en mi cajón porque no hay paz más grande que la de saberse un buen hombre que ha vivido con coraje.

¡Ánimo! ¡Unos metros más, unas casas más! Mi agotado éter pedía que la siguiente pared fuese de adobe o de madera y, extenuado, circundaba las casas para pasar por debajo de las puertas o me elevaba con el viento para descubrir cristales abiertos. Mi alma se desgarraba y se amorataba surcando a cabezazos las murallas de ese pueblo ingrato, a la vez que rememoraba los vaivenes de la vida.

Cuando perdí la dirección, exhalé rendido y mi forma se desinfló como un globo ahuecado, junto a la cuna de un niño. Y, convertido en una lucecita pálida, lloré amargamente por la pérdida del mío.

Caí inconsciente o, mejor dicho, se apagó por completo mi llama hasta que la risa de esa criatura me dio nuevo impulso. ¿Será que los niños dicen la verdad cuando ven monstruos debajo de la cama o ángeles en las cabeceras? Estoy seguro de que vio mi luz porque intentó asirme con las manitas y reía cuando yo evadía el contacto revoloteando como una luciérnaga. Me despedí con un susurro diciéndole que sea amable, que no se olvide de quienes hoy lo cuidan y que siempre extienda una mano a quien lo necesita.

Después de traspasar las últimas murallas de hormigón que nos separan, llegué finalmente a mi destino y encontré a aquel joven sumido en el desconsuelo: no era correspondido. Vi la foto de la muchacha, más bien su interminable cuenta de Instagram. Entendí el porqué de la ardiente pasión, pero me antojaba escribirle en el espejo, con gotas de sangre como en una película de terror, que esas fotos estaban retocadas. En fin, la juventud es bella por su lozanía y porque rezuma vitalidad hasta que es consumida por los golpes del destino. Solo la resiliencia mantiene el espíritu joven y las ansias por vivir.

Le susurré al oído que había esperanza, que recogiera el poema que había mandado escribir y que los versos harían florecer el amor. «¡Vuelve al maestro, él te enseñará el camino!». Recité coplas excelsas de poetas renombrados para inspirar su amor por la poesía y evocar mi recuerdo. Elegí las estrofas más románticas para enardecer el idilio y canté epopeyas de héroes enamorados que lucharon por sus musas. Pero nada lo conmo-

vía. ¿Cómo sacarlo de su sopor si estaba enchufado a las redes sociales, no prestaba atención al mundo exterior y solo escuchaba el zumbido incesante de otros avatares?

Cuando perdía la esperanza de un cálido funeral, de flores y llantos corteses, recordé las frases al niño de la cuna. Renunciando a mi deseo de ser enterrado como un caballero, le extendí una mano a aquel muchacho que no entiende nada de la vida.

Con un soplido descomunal apagué la conexión a la red y, moribundo por el esfuerzo, le dije que eso no era vida, que el amor verdadero llegaría cuando él supiera amar, que viviera a plenitud a pesar de las decepciones y que respirara el aire de la realidad, que se extingue en segundos cuando menos lo esperamos. Algo despertó en él, porque exhaló profundo y, no pudiendo conectarse a su mundo virtual, salió a la calle.

Yo caí en algo parecido a un coma porque no desperté hasta el día de mi funeral. Aparecí como un gran señor, dueño y amo de un solemne ataúd: de pino y con flores de manzanilla, camisa blanca, traje azul. Para mi sorpresa, todo el barrio estaba reunido. ¿Juzgué mal a los conciudadanos? ¿Será que su vida diaria es una olla de presión que solo se destapa ante las tragedias y las crisis extremas? ¿Estamos tan estresados que solo reaccionamos con la realidad de la muerte?

Dejé estos pensamientos para la eternidad. En paz al fin, me convertí permanentemente en un aliento azul. No pude regresar al cuerpo, este había cumplido su propósito, y yo vagaba libremente.

Escuché que me encontró aquel joven. Esa tarde dejó las redes no para deleitarse con las aventuras de la vida real o disfrutar de la compañía de amigos en carne y hueso. Fue a buscarme, pero no quería poema alguno, ya se había olvidado de su mezquino amor: solo quería de regreso el anticipo de sus cinco euros.

No me importó. Ingratos siempre habrá. Me alegraba que el resto de mis felices enamorados hubieran asistido en buen número. Disfruté de mi gran partida sabiendo que había hecho el bien y que era respetado.

Convertido en una lucecita azul, vi al niño de la cuna con sus padres. No conocía a la madre, pero sí al marido. Le había escrito unos versos de reconciliación un año atrás, la misma edad del niño. Esa criatura era el fruto de mi pasión. Jugué con él unos segundos, hasta que me posé en su oreja como una mariposa. Le susurré una rima y él sonrió.

Prometí ser el aliento lírico para los corazones que quieran escuchar.”

GEOMETRÍA DE MI TRISTEZA

JOSEBEL ESTEVE CASELLES

Gata de Gorgos (Alicante, España)

“No sé cómo piensan los demás. Yo formo imágenes de todo, igual de un paisaje que de una sensación o sentimiento, cualquier cosa que tenga nombre tiene su forma en mi mente. La tristeza, por ejemplo, es redonda y de la textura de una esponja. Antes me la imaginaba como un sol del que salían flechas en todas direcciones pero ahora más bien imagino que esas flechas entran, atacan desde diferentes flancos y penetran en la esponja, que es muy absorbente; son las “minitristezas”, que suelen durar unos días, o como mucho semanas, pero que no pueden derrotar mi fortaleza. Sin embargo, hay otra de la que no se puede hablar, esa tristeza que penetra de forma devastadora y que se queda para siempre. Uno sabe que pase lo que pase no abandonará su rincón y solo queda tapparla con la risa floja de dos copas de vino y las cuatro chorradas que se sueltan para que nadie sepa que sigue agazapada en el interior de esa esfera permeable. Cuando digo que no se puede hablar de ella es que todavía no estoy lista para nombrarla, tal vez nunca lo esté y la única forma de seguir es hacer como que no existe, no pensar, porque si la dejo salir me temo que se tragará, no solo las “minitristezas” cotidianas, sino todas las sensaciones de bienestar puntuales que me ayudan a

seguir avanzando los días, caminando hacia el seguro final, que deseo esté lejano en el tiempo, la verdad, no es que tenga intención de morirme pronto, no lo deseo. Si sigo cerrando los ojos a la crueldad de esa tristeza innombrable, todo fluirá.

¿Cómo estás? ¿Cómo lo llevas? La almibarada empatía de los conocidos no hace más que darle la vuelta a la esponja y poner arriba del todo la tristeza innombrable, aunque para ser sincera, hay una fórmula que me permite responder sin sentir nada. Siempre hay que contestar lo mismo: “bien”, y si los que se creen con algún tipo de derecho insisten en sacar más jugo, se puede contestar que cada día mejor o que se va llevando. Darse la vuelta después de esto es también una buena forma de que perciban que el lugar de esa tristeza innombrable es el último rincón de la memoria, donde se le puede echar encima alguna que otra capa de olvido. No hace falta que venga nadie a desempolvar el desván, ya solito se limpia de vez en cuando, destapando, aun sin pretenderlo, recuerdos insoportablemente hirientes.

En fin, aunque no soy muy dada a la introspección escrita, de vez en cuando necesito poner en palabras las ideas que tienen forma en mi mente para, de esa forma, poder pasar a otra cosa y olvidarme de ellas. Empezar a hablar de la tristeza innombrable cierra esta semana de pensamientos opresivos y nudo en el pecho. Ahora a reír.

—¡Bravo! Veo que has hecho los deberes. Pensar, piensas mucho, pero afrontar la realidad, eso ya es otra cosa.

Mi psiquiatra no sabe como sacarme la tristeza innombrable del cajón, no comprende que no hace falta, que bajo llave está mejor y es soportable. Pero comprendo qué quiere de mí. Teme que cualquier día se me trague la sombra y no pueda recuperarme. Cree que la forma de sanar es hablar de ello, sacarlo afuera, normalizar lo que no es normal bajo ningún punto de vista objetivo.

—Estoy bien, de veras. Duermo toda la noche, eso sí, con las pastillas, pero no he tenido que aumentar la dosis, que es lo que temíamos. Raúl está mejor. Ya puede sonreír cuando habla con el vecino por encima del seto, y acaricia al perro y le hace rabiarse. Eso es buena señal ¿no? Si él está bien, yo estoy bien. Es cuanto necesito, de veras. La tristeza no hace falta nombrarla, hablar de ella es una tontería, estamos bien.

Vuelvo a decir la cochina frase y ella se da cuenta. Llevo tantas sesiones que sé que si digo muchas veces que estoy bien, ella piensa que solo quiero convencerme de ello y que es lo contrario, que estoy bien jodida.

—Bueno, nos vemos en dos semanas ¿Te parece? Si necesitas hablar antes de la cita, llama, no esperes al día siguiente. Sea la hora que sea, llama.

—No debes preocuparte tanto. Estoy..., eso, que no hará falta acudir a ti antes. Estoy segura.

—Bueno, pues mejor.

Nos despedimos con un beso en la mejilla. Claudia es, además de mi psiquiatra, mi amiga. Estudiamos juntas el bachillerato y fuimos a la Universidad al mismo tiempo. Nos distanciamos después, pero las desgracias unen y ella volvió a mí cuando supo que la necesitaba.

Después de coger la cita con la secretaria, me voy de compras. Tengo ganas de gastar bastante dinero.

Reconozco que mis días grises han sido el impulso terapéutico para cambiar muebles, cortinas o electrodomésticos que llevaban pidiendo socorro un tiempo. Esta vez me compro una nevera que me traerán mañana a casa. La vieja hablaba por las noches en lamentos, cuando todos dormían la oía gemir, quejarse de la carga que la obligaba a llevar. Ya lo tenía bien, la pobre.

Raúl está con su programa de preguntas difíciles cuando llego a casa. Es bueno, la verdad. Sabe mucho de todo y no deja de leer, mejor dicho, lo siento, no dejaba de leer. Ahora solo aprieta el botón de la tele, escucha y mira, que cuesta menos. Dice que no se concentra y que será la edad y las gafas de cerca, que están un poco chungas, como la nevera. Yo sé que es cierto, no se concentra, lo que no me creo ni pregunto es la causa, los dos sabemos que tal vez no vuelva a leer, que no concentrarse es solo una consecuencia de la tristeza inenarrable y que si hay que ver la tele y volverse un poco tontaina, no pasa nada, es un mal menor para dejar pasar el tiempo, soltar dos risas e insultar a los zopencos de turno que van a los programas pensando que saben algo.

Cada mañana saludo al Sol con una taza de café en la mano. Vacío mis pensamientos y me limito a admirar la belleza. Quiero vivir.

La vecina, María, no tarda en llamar a la puerta “¿Necesitas algo?” Se preocupa por mí, lo que me hace sentir peor, pero lo entiendo, entiendo por qué lo hace. No nos ve normales. La ausencia de todas las cotidianas fotografías la sobresaltó la primera vez pero ahora está acostumbrada, e incluso advierte a algún visitante ocasional que intente traspasar nuestro umbral, de que no va a poder ver caras enmarcadas. Aun así, incluso evitando todo pequeño detalle que nos recuerde ese día, no podemos huir. Solo tengo que mirar a Raúl para ver los ojos que tanto añoro. Si pudiera desaparecer, irme lejos donde nadie me reconozca, donde no despierte lástima, pero sé que me quedaré. Necesito a Raúl aunque quiera perderle de vista muy a menudo.

Por la tarde sorprendo a Raúl mirando fijamente el monte. Sé perfectamente que recuerda la tarde en que nuestra vida cambió, pero dura poco porque nos traen la nevera ¡Qué alegría! Parecemos dos niños la Noche de Reyes, y ese aparato se con-

vierte en nuestro tema de conversación y en nuestra distracción. Estamos muy contentos, y más cuando se llevan la vieja para tirarla. “Un bulto menos”. Y otro día más.

Normalmente no sueño, pero esta pasada noche la puñetera nevera me ha hecho recordar el bocadillo de paté de la merienda después del cole, antes de ir a jugar al fútbol con los amigos. Estoy en la puerta viendo como se aleja corriendo. Las piernas cortas, el pelo demasiado largo, y una camiseta de su equipo favorito. Los deberes están hechos y no van mal, aunque me enfado por los problemas de matemáticas. Nunca tuve paciencia para enseñar. En el sueño me duele mucho el enfado y voy corriendo a pedirle perdón pero no puedo alcanzarlo. Se desvanece y lloro, hasta que me despierto.

Es extraño que sueñe. Las pastillas de mi amiga Claudia son milagrosas, me tumban y paso la noche en blanco hasta el día siguiente, cuando despierto descansada. Y me siento bien, de veras. Pero hoy me temo que será un día de esos rojos que no puedo soportar a Raúl. Cada vez que abre la boca me domina una rabia irracional que me hace odiar su intento de animarme. Es cierto que lo que más temo, más que derrumbarme, es ver cómo Raúl sufre, en cambio, mi egoísmo me lleva a mostrar mi malestar, sin pensar que él siente lo mismo, que sufre de verme sufrir. Por suerte solo es menos de un día y entro en razón: vuelvo a guardar en el cajón la pena innombrable y me concentro en contestar más preguntas del programa que Raúl. Me tomo una cerveza y parece que me animo. Durante la cena hablamos de lo bien que enfría la nevera. Es fantástico gastar y estrenar alguna pieza fundamental del hogar, Que dure, que dure, decimos al unísono.

Ha pasado casi un año. La culpa es un sentimiento inútil, lo sé, pero tal vez si hubiera sido más ...No sé, la verdad, cómo poder evitar que los niños se comporten como niños, pero tal vez

no era bastante mayor para ir al monte a jugar con los amigos. Pero no lo sabíamos. Tal vez si hubiera ido con él al campo de fútbol...Pero estaban todos solos y querían aventuras. Cada vez que digo y si..., invento una excusa para eximirme de toda culpa ¿Quién la tuvo, entonces? ¿El dueño del terreno donde estaba el pozo? Los niños levantaron la tapa, mejor dicho, la forzaron, y se asomaron, sus amigos lo contaron, querían ver dentro, oír el eco. Entonces ¿por qué sucedió algo tan antinatural? Preguntarme por qué es lo peor, lo que más daño hace. Al final no llego a ninguna conclusión, eso sí, he conseguido tejer un nudo en el pecho que amenaza con cerrar mi respiración. Tal vez una pastilla, la tila es poco, me parece.

Raúl se despierta y me abraza. Ha visto el ceño fruncido de esos días. No quiere hablar y yo tampoco.

En vez de eso susurra en mi oído que me quiere, yo me siento más molesta que halagada porque sé lo que pretende. Pero ese día nublado vemos juntos cómo sale el Sol de pronto. Estaba escondido tras una nube oscura que amenazaba tormenta, pero la luz al final ha triunfado. Eso no basta para deshacer mi frustrado ánimo, pero me ayuda reflexionar. “Soy capaz de todo”, “Puedo lidiar con el nudo”, “concéntrate y respira”. Va cediendo. “Gracias Sol”.

—Acábate el té antes de que se enfríe. Todo. Luego iremos a la playa, tú y yo, y pasaremos un precioso día de verano.

—Claro que sí, mi amor, pero antes...¿No tenías cita con Claudia?

Nunca antes se me había olvidado algo tan importante, más bien contaba los días deseando que ella me facilitara un poco la vida. Me alegro de comprobar que algo ha cambiado, que lo único que necesito en este día que se presentaba gris y que ha resultado ser amarillo y verde, es salir a divertirme con

Raúl, que puedo hacerlo sin ayuda, o mejor dicho, solo con la ayuda de él, del único ser en el Mundo que comparte conmigo, del único que comprende que la pena innombrable no tiene por qué apoderarse de nosotros, que podemos seguir mientras esté guardada. No hay necesidad que hurgar para acabar borrando el doloroso recuerdo. Eso es imposible, así que intentaremos mantener a raya sus garras y lo transformaremos en algo blando y confortable, como un colchón al que volver después de un largo día, pero no en un lecho de espinas, no, uno que nos envuelva y nos ayude a recordar la dulce nube de azúcar de un día de feria, a poder pronunciar su nombre sin que el manto de la sombra vele nuestros ojos. Ese día, cuando veo el Sol triunfar frente a la nube negra, con un susurro casi imperceptible, pronuncio su nombre: “MI DULCE MARC”.

INFANCIA ROBADA

ELOY CALVO PÉREZ

Guadalajara (Guadalajara, España)

“Todavía desperezándome veo el bulto de ropa que madre ha depositado sobre la silla. No necesito acercarme para saber que se trata de prendas remendadas una y mil veces y que seguiré usando mientras madre tenga vista para enhebrar la aguja.

Salto de la cama pensando en la larga jornada que tengo por delante y con la imagen de los otros chavales en la cabeza intento olvidar el sufrimiento, la soledad y los peligros que, a lo largo de ella, me acompañarán.

Me aseó con el agua de la palangana que, como cada mañana, madre ha llenado y sin tiempo que perder me pongo los zaragüelles, la camisa raída y las alpargatas que me acompañarán hasta la entrada de la mina y de los que, rápidamente, deberé despojarme si no quiero morir abrasado por el calor reinante en las galerías.

Igual que ocurriera ayer y acontecerá mañana, madre me espera en la cocina. Sobre la mesa, en la que limpia unas lentejas, reposa el tazón de sopas de leche que será mi sustento hasta

la hora del almuerzo. Me apremia para que me lo tome deprisa, me entrega la fiambarrera con la comida y antes de salir al zaguán de la puerta deposita un beso sobre mi mejilla.

Aún no ha amanecido, pero la calle que conduce a la boca de la mina es, a esas horas, un hervidero de hombres y muchachos que caminan somnolientos al trabajo. Rápidamente me uno a algunos de mis compañeros y no llevo andados cincuenta metros cuando escucho la voz de madre recordándome que he olvidado la gorra. Corro hacia ella, recojo la boina que protegerá mi cabello del polvo de la mina y, ahora, soy yo quien le da un sonoro beso.

Mis compañeros han seguido andando y me sacan una buena tirada. Aún tardo unos minutos en darles alcance, pero finalmente me pongo a su altura y recorreremos los últimos metros

hablando y recordando la vida que llevábamos antes de bajar por primera vez al pozo.

En el pueblo todo el mundo ha trabajado en la mina desde que hace treinta o cuarenta años comenzaron a explotarla. Padre también lo hizo hasta que fue llamado a filas. Cambió la mina por el infierno del Marne y no superó la primera batalla. Nunca hubiera imaginado que la explosión que acabaría con su vida no vendría del fondo de la mina sino de la artillería alemana.

En lo que a mí concierne, siempre quise seguir los pasos de padre y jamás se me pasó por la cabeza que mi futuro pudiera ser otro. Aunque, qué otro podría ser, en una tierra en la que el negro del carbón tizna todo lo que toca, independientemente de que se trate de personas o cosas.

Madre no quiere que baje a la mina. Estaría dispuesta a no dormir y pasarse todo el día cosiendo y repasando la ropa que le encargan. Ella ha insistido mucho, pero yo he sido más

terco y finalmente ha entendido que eso sería peor pues acabaría por caer enferma y entonces todavía entraría menos dinero en la casa. Mi caso no es el único. En el pueblo son muchas las viudas jóvenes y, guste o no, el aporte económico de los hijos es fundamental para seguir adelante. Además, no hay que olvidar que, al menos en el pueblo, los salarios de los jóvenes son iguales que los de los hombres. La baja estatura y la mayor agilidad y destreza de nuestros diez u once años facilita muchas de las actividades de limpieza y transporte que se realizan en el interior de los angostos túneles y galerías excavados en el subsuelo.

Esa baja estatura, menor todavía que la de mis compañeros, es precisamente la que hoy ha llevado al capataz a asignarme una de las labores más peligrosas. Provisto de un pequeño candil y una piqueta acabo de introducirme en una estrecha galería en la que no cabe un adulto. Me acompañan un par de compañeros.

El lugar es oscuro y estrecho. Camino ligero y erguido, a diferencia de mis dos compañeros que lo hacen casi en cuclillas por miedo a golpearse en la cabeza. Durante el pequeño recorrido solo se escuchan nuestras respiraciones y las toses causadas por la presencia de polvo.

En ese entorno sin ventilación y en el que reinan las tinieblas pasaremos la mayor parte de las doce horas de la jornada picando sus paredes, asegurando los estratos circundantes y transportando los serones con el mineral al otro lado del angosto agujero que nos separa de los otros trabajadores.

En las galerías no hay relojes. No se necesitan. El cansancio de brazos y piernas, y el murmullo del estómago son las manecillas que indican la hora del almuerzo. A veces, por la proximidad a la boca de la mina, se nos permite salir a la superficie y disfrutar la comida respirando aire puro, pero hoy no es el caso. Salimos, eso sí, del agujero en el que llevamos enclaustrados

media jornada y allí durante una hora departiremos con otros compañeros mientras devoramos la comida que las madres han preparado.

Abro el envoltorio que cubre la fiambreira y extraigo los alimentos que me han de ayudar a recuperar las fuerzas. Un trozo de pan, una sardina arenque, unas olivas y un pedazo de tocino. No es gran cosa, pero al igual que pasó ayer y ocurrirá mañana estoy seguro de que el plato de madre estará más vacío que el mío.

Observo la comida de mis compañeros. No difiere gran cosa de la mía. Acaso en que la sardina ha sido sustituida por un trozo de bacalao en salazón y las olivas por un pedazo de cebolla.

Dar cuenta del almuerzo nos lleva poco más de quince minutos y una vez concluida la segunda comida del día, mientras los hombres lían sus cigarros y echan un trago de las petacas, los muchachos apuramos la hora de descanso jugando a la taba con un hueso de cordero.

Mientras mis compañeros lanzan la chuca reparo en sus cuerpos enjutos y su escasa estatura. Después me observo y lo que veo no es distinto. Entonces, viene a mi memoria una de las últimas cartas que escribió padre antes de morir. En ella, hablaba de las trincheras y las ratas, pero lo que llamó mi atención fue la afirmación de que los soldados provenientes de zonas

mineras medían, por lo general, cuatro o cinco centímetros menos que el resto.

No había vuelto a acordarme, pero ahora que lo pienso no me extraña. Dentro de media hora volveremos a sentir hambre, un apetito feroz que no veremos saciado hasta acabar con

el cuenco de gachas de harina de almortas o el plato de migas viudas con las que nuestras madres adornarán la mesa. ¿Cómo se puede crecer así?

Falta poco para terminar la jornada. El capataz está satisfecho y así nos lo indica. Eso nos reconforta. Padre decía que ya que no se podía tener el estómago lleno al menos tener la conciencia tranquila. Él lo llamaba paz de espíritu.

Algo así es lo que sentimos los tres muchachos, paz que desaparece cuando unas piedras se desprenden del techo y antes de que podamos reaccionar parte de la galería se viene abajo. Los candiles se han apagado y la oscuridad lo cubre todo. La voz del capataz me llega en sordina del otro lado del agujero, pero no entiendo lo que dice. Algunas piedras me han golpeado, pero consigo levantarme del suelo. Me palpo brazos y piernas y compruebo que todo está en su sitio. Únicamente echo en falta la gorra que con el derrumbe he extraviado. Llamo a mis compañeros, pero ninguno de los dos responde. A tientas, intento buscarlos, pero mis manos chocan con la montaña de mineral que se ha hundido y en su caída los ha sepultado. Entonces pido auxilio, pero los hombres que están al otro lado de la galería son demasiado grandes para pasar por el orificio. Sal deprisa muchacho, vamos a intentar agrandar el hueco para pasar, me dicen, pero sé que para entonces no se podrá hacer nada por ellos.

Cuando salgo el capataz coloca uno de sus brazos sobre mi hombro y me acompaña a la boca de la mina. Caminamos en un silencio sepulcral que rápidamente será roto por las sirenas que proclamen a los cuatro vientos el accidente que acaba de ocurrir.

Cuando las brigadas de socorro acceden al interior de la mina los gritos de dolor de las mujeres que comienzan a agolpar-

se en el exterior contrastan con los rostros mudos y resignados de los mineros que han abandonado las galerías para facilitar la labor de los componentes del grupo de auxilio.

Nada más salir diviso a madre tras el cordón de seguridad que, rápidamente, ha establecido la dirección de la mina. Creo que también ella me ha visto. Ahora podrá respirar tranquila, pero cómo hacerlo sabiendo que quizás otros muchachos permanezcan sepultados en el interior de las galerías.

Busco con la mirada a las madres de mis dos compañeros. Alcanzo a ver sus rostros demudados mientras sus manos se aferran con fuerza a los delantales y rezan en voz baja, pero no puedo mantener la vista en ellas sin sentir remordimientos por no haber podido hacer nada por evitar el dolor que sienten. Un dolor que se desbordará en gritos de angustia y desesperación cuando tres horas después varios brigadistas depositen a sus pies los cuerpos inertes de sus jóvenes hijos.

El cordón de seguridad se ha retirado. Ahora puedo abrazar a madre. Estoy a punto de echar a correr hacia ella, pero consigo contenerme. Al fin y al cabo, a pesar de mis diez años, soy un minero y tengo que demostrar el valor y arrojo que siempre ha caracterizado a los hombres de la mina y del que padre siempre hablaba.

Finalmente es madre la que corre hacia mí y la que cuando me aprieta contra su cuerpo no puede contener las lágrimas. Lágrimas por mí, por padre, por mis dos compañeros y por todos los que se ha tragado y seguirá tragándose la mina.

El abrazo se me antoja eterno, pero me siento reconfortado por ese calor que nada tiene que ver con ese otro sofocante que experimento todo el tiempo que permanezco en el interior de la mina.

Cuando, por fin, nuestros cuerpos se separan madre se acerca a expresar su pésame a las madres de mis compañeros. Sabe que tiene que hacerlo y por eso lo hace, pero cuando se aproxima a ellas no puede dejar de sentir esa vergüenza que, antes que ella, han sentido muchos, cada vez que algún familiar ha salido ileso de un accidente.

Yo permanezco alejado del grupo de mujeres. Aproximarme al corro en el que se encuentran no haría sino aumentar su dolor y ya tienen suficiente.

No tengo que esperar mucho. Cuando madre llega a mi altura partimos a casa. Lo hacemos abrazados, pero en silencio.

No sé lo que en esos momentos pasa por su cabeza, pero apostarí a que no es muy distinto a lo que decía padre cada vez que la mina se tragaba a alguien. ¡Si al menos hubiera un sistema de pensiones para las viudas e hijos!

Y sí eso piensa es porque no desconoce que al día siguiente me empeñaré en regresar a la mina y ella ni sabrá ni podrá evitarlo, como tampoco puedo yo, a medida que nos acercamos a casa, desterrar de mi cabeza la imagen de mis dos compañeros muertos mezclada con esa otra en la que, a diferencia de ellos y aunque se hayan enfriado, me veo a mí mismo disfrutando del cuenco de gachas que madre habrá preparado.

LA COFRADÍA DE LAS ALMAS

IVÁN HUMANES BESPÍN
Cornellá (Barcelona, España)



Ese hombre extraño le contó todo lo que sabía y luego se marchó del pueblo. Mi hermano tenía la necesidad de construir un barco para llevar todas las almas al otro lado del Aqueronte:

–Será uno pequeño, lo justo para llevar los espíritus del pueblo –me decía.

No le podía reprochar nada. Por mucho que le dijera que era la hora de dormir y él continuase en la playa dando forma a su sueño. Porque mi hermano es mayor y yo soy todavía una niña temerosa de sus ideas. Porque cuando nuestros padres fallecieron él superó esa situación imaginándose este futuro. Se hizo fuerte. Se adaptó. Y me aseguraba que tenía todo calculado, que sabía cómo equilibrar la carga, repartir el peso y evitar que la mercancía se deteriorase. Así se lo explicó el estibador que un día vino a este lugar alejado de todo, perdido del mundo. Él tomó notas. Y hasta que amanecía lijaba tablones y sellaba grietas. No descansaba, así había elegido superar la pérdida. Y yo con él. Su construcción avanzaba a paso firme. Yo me limitaba a que no nos descubriera nuestro abuelo, a dar la voz de alerta si merodeaba cerca. Aunque no sé si sería por mucho tiempo,

porque nuestro abuelo Caronte era un pescador con unos ojos muy pequeñitos que ocultaban tras unos párpados enigmáticos. Y ya se sabe que los que miran así están preparados para ver más allá del horizonte del mar. Y de las personas, por supuesto.

–¿Sabes quién fue el primero en equilibrar las almas? – me preguntaba mi hermano,

dando martillazos a su barco –. Creo que nuestro abuelo me susurraba bajito. Yo ni le respondía, embobada como estaba en cómo recortaba con el serrucho los tablones de madera. Claro, en eso debía tener razón. No soy una experta, pero tiene su lógica: mi abuelo es el más mayor del lugar. Perdió a su hija. No quiero ni pensar la de años que debió emplear calculando equilibrios, los espíritus que debió sumar en sus viajes.

Y así pasábamos los días. Cuando era tarde hacíamos una fogata y descansábamos. Él revisaba sus mapas una y otra vez y no paraba de repetirme todo aquello que le explicó ese hombre que conoció de sombrero negro y gabán roído: que las catedrales no existirían de no ser por el arrojo de los suyos, que tampoco el grano que comemos, ni siquiera los juguetes con los que solemos divertirnos cuando no sabemos qué hacer. Que nosotros habíamos recibido el encargo de llevar los espíritus desde la orilla de los vivos hacia el más allá. Y yo no paraba de preguntarle, claro. Quería saber. Y él seguía con sus historias de la carga del azúcar y del carbón, de su comparación imposible con nuestro propósito mientras yo imaginaba el futuro, nuestro futuro. Cuando fuéramos mayores y debiéramos abandonar este lugar y acudir a la ciudad, ¿qué sería de la arena que pisamos? ¿Cómo podríamos tener barcos tan grandes para tantos pasajeros etéreos?

–Hace mucho tiempo, como miles de años, esperaban en las playas del otro lado del Aqueronte, esta enorme masa agua que ves, a que llegase la mercancía –me decía mi hermano–.

Hasta que hubo puertos, claro. Todo se ha modernizado en el otro lugar. Y ya no pagan con monedas de oro, sino con tiempo en el más acá.

Y así seguía relatándome noche tras noche lo que le había dicho el estibador que llegó a estas tierras, mientras su barquito tomaba forma y ya estaba pensando en cómo distribuir su peso imaginario en él, cómo protegerla y cómo descargarla. Todo un reto para mi hermano, que paseaba nervioso en la orilla de uno a otro lado antes de dar el remate final a su gran obra. En el fondo, esa era la misión que se propuso cuando nuestros padres abandonaron este mundo. Nos tambaleamos entonces. Pero él creció y me arrastró a su sueño. Aviso que para entonces nuestro abuelo ya había adivinado todo con sus ojos de pescador. Y no dejaba de preguntarnos cuando llegábamos a casa, derrotados de tanto trabajo. Nosotros no le decíamos ni mu. Pero era demasiado mayor y sabio como para no sospechar de tanta astilla clavada en nuestros dedos. Hasta que un día nos despertamos muy de mañana, corrimos a la embarcación y lo vimos allí; revisándola de arriba abajo. ¡Cómo se quedó mi hermano! Un témpano de hielo es poco. No se atrevía a ir hasta él. Supuso que su proyecto había terminado. Se cayó de rodillas y plantó allí sus raíces. No quería ni mirar. Pero mi abuelo nos vio y sonrió, nos saludó con la mano. Nos aconsejó gritando:

–Hay que mejorar las costillas. Las que van a proa. Y el codastre –decía moviendo las manos, agitado–, debe ser más grueso. ¿Qué quieres llevar en este barco, hijo?

Claro que yo no entendía ninguna de esas palabras que había dicho. Eran tan extrañas entonces. Luego ya se me hicieron familiares, por las conversaciones entre mi abuelo y mi hermano. Y conseguí ampliar mi vocabulario con términos de otro mundo como “sobrequilla”, “curva coral” y “bauprés”. ¿Qué os parece? El que se inventara esas palabras debía ser

como mínimo un mago. Pero lo fundamental: de la vergüenza inicial que tuvimos al ser descubiertos y no haberle hecho partícipe de la aventura, pasamos a la necesidad de conocer más. Yo ya estaba implicada, tanto como mi hermano. Y tenía la fuerza suficiente para llevar maderos y trozos de tela para remendar la vela. También se me asignó contabilizar la carga, distribuirla en cajas de madera, procurar su supervivencia en el viaje. Y debo confesar que fue la tarea más extraña que jamás he hecho en mi vida. Porque llevar naranjas o cántaros de vino como hacían los romanos, aún tiene un pase. Pero, ¿qué decir de nuestra misión? Sobran las palabras.

–Si los egipcios pudieron llevar obeliscos de toneladas en sus barcazas del Nilo, nosotros también conseguiremos hacerlo con la naturaleza siguiente a la muerte–me animaba mi hermano.

También aseguraba que el hombre que conoció mi hermano nos esperaría en el puerto. Que él y los suyos se ocuparían de la desestiba. Así lo habían convenido. Y que luego ya procurarían que nuestro material llegase a cada uno de los rincones del otro lado. Debo decir que mi abuelo no había estudiado esa carrera en la que mi hermano insiste que quiere cursar, la que procura cálculos precisos a la carga: Marina Civil. La que tanto quiere hacer cuando nos vayamos definitivamente de aquí. No había estudiado nada de eso y, sin embargo, conocía todo sobre la seguridad y la estabilidad de nuestra embarcación:

–Antes de partir hay que cargarlo para que salga sin escora. Debemos comprobar el lastre antes de hacerlo, ¿estamos? –decía el, con su barba gris vibrando al viento, sumándose a la misión.

Sin duda que tantos días y noches de pesca, le procuraron el conocimiento necesario. Por mucho que ahora se lamente de que cada vez son menos. Que prácticamente no hay embarcaciones que hagan este trabajo. Que qué pena la soledad de la

Cofradía de las Almas, que estaba en desaparición, decía arrastrando las palabras. Estar con ellos era como escuchar una radio continua con dos frecuencias. Porque a la queja de mi abuelo, que escondía el deseo de volver a navegar; se le unía que mi hermano no paraba de relatar mientras le daba martillazos a la proa que antes solo tenían la fuerza del hombre para cargar y descargar, y que ahora hay grúas enormes y contenedores descomunales. Aunque claro, detrás de la grúa también está el hombre, contaba, y que en su arte reside el secreto para mover pesos. Y no paraba de hablar del funcionamiento de las terminales de contenedores, graneles y fluidos; de las operaciones de transbordos de los buques madres a los pequeños. ¿Y qué sucedía con nuestra carga, que era mi tarea, diréis? Pues debía seleccionarla con cuidado, así me aconsejaba mi hermano: empaquetarla bien y sellarla en las cajas doradas. Eso sí que fue un trabajo arduo. Porque no se trataba de visitar el cementerio y decir tú sí; sino de saber elegir cuáles debían ir en primer lugar. Porque eso mismo íbamos a transportar: todas las almas. Almas redondas, almas cuadradas. No tenían la misma forma.

—No todas las almas han definido su forma, no te confundas. Algunas están en proceso. Pero todas están preparadas. La ceremonia del entierro provoca su calma eterna—me decía mi abuelo.

Y andaba yo enfrascada en la búsqueda continua del material perfecto, cuando un buen día me dijeron que ya habían terminado su obra y que estábamos a punto de partir. No podía creerlo, pero el barco estaba acabado: imponente, con su vela recogida y espacio suficiente para llevarnos a nosotros y a decenas de cajas. Tuve que apresurarme a completar mis tareas. Y no creáis que seleccionaba cualquier alma, solo aquellas que me decían algo. Llegaron a hablarme. Sé que os puede parecer extraño, pero yo escuchaba cómo cuchicheaban entre ellas cuando aparecían a mi vista. Y sabía entonces cuáles debía

empaquetar. Me llevó bastantes días. Mi abuelo y mi hermano estaban impacientes. Y utilizaron todos sus cálculos para equilibrar el barco y procurarnos un viaje seguro:

–No debes temer nada. El mar está de nuestro lado –me dijo mi abuelo poniendo voz enigmática. Me lo creí, claro.

Y partimos un día antes de que saliera el sol. Mi hermano no paraba de revisar el barco, repleto de felicidad por haber conseguido su objetivo; que era el nuestro. No podía creerse que algo nacido de sus manos pudiera ahora llevarnos al destino. A ese lugar que había deseado con ansia desde que ese hombre le explicó en el pueblo cuál era su trabajo, desde que nuestra vida se convirtió en pérdida. Suerte de los ojos de mi abuelo, que partían las olas por la mitad y veían donde no puede ver un simple humano. Él también estaba satisfecho. Se le notaba por su sonrisa y por el imperturbable rumbo que había tomado nuestra embarcación. Y me ponía la manta cuando llegaba la noche y las estrellas inundaban el cielo. Dormíamos en cubierta, en una especie de camarote exterior que habían construido para protegernos del mal tiempo. En caso de que hiciera malo, claro. Porque nada de eso se dio. Ni tormentas arrebatadoras ni olas gigantes. Nada de pulpos gigantes o de remolinos que llevasen a otras dimensiones. Nos arrastraba la ambición de llegar al destino. Debieron pasar cuatro o cinco días cuando vimos las luces del puerto. Era de madrugada. Llegamos. Y ahí es cuando le di la razón a mi hermano. Una luz blanca y escandalosa nos iluminaba el punto final en el que debíamos desembarcar. Porque allí nos esperaba ese hombre misterioso que un buen día sembró la acción en su mente. Estaba él y otros compañeros del oficio. ¡Qué decir de esos buques inmensos de hierro flotando en el agua que nos rodeaba! ¡De las grúas cargando espíritus enormes! Y nosotros tan pequeños, pero a la vez tan grandes.

–¡Agarraos bien!– gritó mi abuelo.

Atracamos. Descargaron las cajas con cuidado, como si en ellas hubiera un tesoro preciado. Mi hermano se puso a llorar cuando acabaron, tan grande como es. Quizás porque él también había llegado al final de su recorrido. Así lo comprendimos yo y mi abuelo, que nos miramos como diciendo que el viaje también estaba programado para que él consiguiera su sueño. Que no era otro que provocar la felicidad desde ese puerto, cargando y descargando esperanza. Pues eso mismo habíamos hecho nosotros.

–Ahora tú eres Caronte –le dijo mi abuelo a mi hermano, despidiéndose con la mano en alto.

Regresamos a nuestra playa. Mi abuelo me explicaba que no transportábamos solo espíritus, sino la posibilidad de renacer. Que esas almas eran mágicas porque contenían nuestra voluntad. La voluntad de un objetivo conjunto. Y que, hoy en día, es lo que necesita la gente. Que sus almas brillantes lleguen a su nuevo destino y provoquen el movimiento en la rueda de la vida. Que esos espíritus consigan los objetivos que se han marcado en la vida pero que nunca se han atrevido a abordarlos. Avanzar. Así me lo reveló mi abuelo antes de volver a poner nuestros pies en la arena y regresar a nuestros quehaceres. Él a mirar el horizonte desde la playa un día sí y otro también. Yo a pensar en nuevas cajas que transportar, en diferentes destinos. Porque en mi intención está llevar cada una de las almas que encuentre al lugar que lo necesite. Para eso ha nacido esta familia.

LA DESPEDIDA

SANDRA AZÓN SUSO
Zaragoza (Zaragoza, España)



No sabría cómo describirlo, era como mirar a través de una ventana, ver tu vida desde atrás. Mi vida se sentía como una eterna resaca, actuaba de manera automática sin ser realmente dueña de mis movimientos o decisiones. Una vez leí en un libro que si no eres capaz de contar los dedos de tu mano significa que estás en un sueño, si no fuera por ese dato quizás pensaría que estoy atrapada en una pesadilla, aunque realmente sí que lo estoy.

Cuando por fin conseguí volver o despertar del trance, había pasado una semana y dos días y yo todavía estaba con las cartas en el bolsillo de mi abrigo, las dejé ahí cuando ella me las dió. Miré a mi alrededor, no tenía ni la menor idea de cómo había llegado al Parque la Paz, vivía a unos cuarenta y cinco minutos andando y rara vez había venido a este lugar, aunque he de decir que es un sitio precioso.

No debían ser más de las ocho de la tarde, aún había gente por la calle y eso que era casi de noche, me levanté e intenté recordar el camino para volver a casa, cuando por fin logré ubicarme me puse en marcha, realmente no me apetecía volver a casa

pero qué podía hacer. Pensé que si ella siguiese aquí podría ir con ella a casa y quedarme hablando y jugando al uno o al cluedo hasta que caer dormidas, se nos olvidaría poner el despertador y llegaríamos una hora tarde a clase. Era imposible de recordar cuántas veces había ocurrido lo mismo, sin embargo nos daba igual y lo seguíamos haciendo.

Ya nunca más.”

De camino a casa saqué las cartas para comprobar que seguían todas ahí, había seis, una por persona.

Me las dió dos días antes de... irse, ya sabes. Estaban encerradas en una caja de zapatos para que no pudiese averiguar su contenido y me hizo prometer que no la abriría hasta dentro de un par de días. Si tan solo lo hubiese abierto antes quizás podría haberlo evitado, pero tonta de mí confíe en ella.

A los dos días ocurrió, Carmen nos había dejado.

Esa misma tarde recordé el extraño regalo que me había dado y decidí abrirlo, ahí encontré un post-it amarillo en el que se podía leer “entregalos tú porfavor, un beso, Carmen”. Bajo él, seis sobres cerrados con diferentes nombres en el frente de cada uno, “Mamá”, “Luis”, su padre, “Daniela”, su hermana, “Yaya”, “Jose Luis”, el basurero y “África”, yo.

Cogí mi carta pero no me atreví a abrirla, no me atrevo a abrirla ahora y no sé cuándo conseguiré abrirla. Todavía no he tenido el valor de darle ninguna carta a nadie, sé que retrasarlo solo lo hace peor pero no puedo. Si ella estuviese aquí se reiría de mí por estresarme tanto solo por unas cartas.

Casi no pude ir al funeral, no podía siquiera poner un pie fuera de la cama, al final conseguí arreglarme e ir. Ver a su madre así, llorando al lado de su cuerpo pálido e inerte, me derrumbó, su abuela estaba sentada en primera fila, llorando,

su otro hijo trataba de consolarla aunque no servía de mucho ya que la pobre mujer no podía ni articular palabra a causa del llanto. Creo que en ese

momento es en el que entré en trance, ya que no logro recordar qué ocurrió tras ese momento.”

Hasta ahora, que había “despertado” en el Parque La Paz; por fin llegué a casa, escuchaba a mis padres hablar en el salón pero fuí directamente a mi cuarto porque no me apetecía hablar con nadie en ese momento.

Me eché directamente a la cama y conseguí dormir hasta las cuatro y cuarto de la mañana. El tema de las cartas me estresaba demasiado, no sabía cómo o cuándo entregarlas, podría dejarlas en el buzón de cada persona pero me parecía humillante desobedecer al último deseo de Carmen.

Lloré, sin lágrimas, ya no quedaban, se habían agotado. Tan solo podía escuchar mis propios sollozos en la oscuridad, solitarios, impotentes y cargados de una angustia infinita que parecía que nunca iba a cesar.

Solo podía pensar en qué hubiese podido hacer para evitarlo, en cómo no me dí cuenta de que estaba tan mal. Una parte inconsciente de mí le culpaba por haber dejado solo a su gato, a su familia, a todos, a mí. Otra, sabía muy bien que la única inocente era ella.

¿Realmente importaba eso ahora?, buscar un culpable solo era una distracción, un inconsciente intento de la mente para buscar una última esperanza donde, claramente, ya no la había.

Me levanté de la cama y fui a la cocina, todavía eran las seis y cinco, Joselu, el basurero pasaba a las siete, Carmen solía bajarle un café caliente y yo me encargaba de las magdalenas, dos, salvo cuando mi abuela cocinaba bizcocho de limón, entonces

le bajaba dos magdalenas y una gran porción de bizcocho. No lo veía desde el funeral, había ido pero se fué muy pronto y no me dió tiempo a hablar con él.

Las siete menos diez, empecé a calentar el café.”

Miré la carta asignada a Joselu, quizás era el momento perfecto para dársela, sí, lo era.

El café ya estaba preparado, lo eché en un vaso desechable, cogí las dos magdalenas y la carta y abrí la puerta de casa. Faltaban dos minutos para las siete, me dirigí hacia los contenedores y me senté en la acera. Miré a la izquierda y ví el camión de basura. Mi carta estaba en el bolsillo.

Dejé el desayuno y corrí, no podía hacerlo, me escondí detrás de un coche, Jose Luis se bajó del camión y cogió el desayuno, miró alrededor y como no me vió se fué.

Miré su carta y la abrí, quería, necesitaba saber qué había dentro. “Hola África, jaja” firmado “Carmen”

Era una broma, miré en el sobre pero no había nada más. No tenía sentido. Decepcionada subí a casa y busqué las cartas.

Abrí la mía.

“Querida África, te quiero, lo siento mucho” firmado “Carmen” “PD:deja de agobiarte por todo”

¿Qué es esto?

Me reí, era tan absurdo y tan simple.

Abrí todas, en todas había escrito lo mismo. Realmente brillante, sabía que me agobiaba y estresaba por todo y le encantaba gastarme bromas sobre ello. Había decidido gastarme una última broma.

Realmente brillante. Me conocía tan bien que sabía que no podría aguantar la curiosidad de leer las otras cartas. Había conseguido mantenerme estresada durante una semana hasta cuando no estaba aquí. Malvado e ingenioso.

Realmente gracioso.


Yo también te quiero Carmen y te voy a echar mucho de menos.

África.

LA SONRISA

FRANCISCO BAUTISTA GUTIERREZ

San Fernando (Cádiz, España)

A decorative flourish consisting of a horizontal line with ornate, symmetrical scrollwork at both ends, positioned below the author's name.

Puedo afirmar sin lugar a dudas que me encanta la pequeña ciudad, el movimiento de sus calles, el gentío, el viento de levante que aleja la humedad que ha dejado el de poniente, el olor a comida en las puertas de los bares, pollos asados en los sitios grasientos, ciudad que aglutina todos los colores.

Sé que tengo buen cuerpo, al menos para los jubilados que con el diario bajo el brazo se detienen cuando me aproximo a ellos, puedo observar en su mirada la duda si fijar sus ojos en mis pechos, libres de toda atadura, que se bambolean bajo la ceñida camisa o en mis minúsculos pantalones, apenas suficientes para ocultar mis piernas, lo veo en ellos y también en los repartidores de cualquier producto que se apartan cuando me acerco y murmuran lo que solo ellos saben, como sucede con las mujeres que tiran cansinas de los carros llenos de compra.

Cae el sol sobre la playa, vacía, a excepción de alguna figura que vigila al perro, que se detiene para husmear todo aquello que encuentra en ella y no es normal, se pone sobre un mar que no es ni verde ni azul, que es de color de plomo en este amanecer incierto, en el que las manchas del cielo se reflejan en

el agua y las olas, suaves, lentas, lamen la orilla buscando unos pies que no existen, sintiendo envidia del cielo y del mar que en el horizonte se funden con lujuria.

Camino buscando un destino que conozco a la perfección, en esta ciudad que a estas horas pierde su nombre, me cruzo con panaderos que me miran, con hortelanos que acarician la fruta y verduras, con los vendedores de ajos y cupones y no les presto atención, busco la entrada al portal, no de mi casa que dejo cerrada, en silencio porque mi compañero, mis hijos se encuentran donde tienen que estar, buscando su futuro unos y nuestro presente el otro, sin saber que yo camino hacia otro portal, para encontrar a otro protagonista, no el que puedo hallar en el autobús, en el mercado, no el que desconozco, busco al que no se de su vida y si de los momentos que compartimos, sin prisas aunque ahora sienta como mi corazón palpita con más fuerza cuando escucho unos pasos, una penetrante mirada en mi nuca, aunque al mirar hacia atrás, no veo a nadie.

En el solitario apartamento todo es silencio, solo el monótono sonido del frigorífico y el golpear de la lluvia que comienza a caer en cualquier lugar. Me acerco a la ventana y veo que la calle se está quedando solitaria, por lo que tranquila me dejo caer en la cama para esperar los besos, las caricias de quien no tiene que tardar.

Despierto y mantengo los ojos cerrados, no quiero moverme aunque lo necesite, ya ha dejado de llover y a través de la ventana llegan las risas de los niños jugando en la calle, compartiendo momentos, no como me sucede a mi que extendo los brazos para comprobar que estoy sola, que la cama se encuentra vacía y comienzo a preocuparme por lo que me levanto y camino hacia la única habitación que no comprobé, el santuario de la

persona que espero, montones de fotografías arrojadas en el suelo y en una de ellas mi imagen sonriendo y me doy cuenta entonces de lo que soy, de lo que tengo aquí que no es nada.

Y en un momento siento miedo, a la sombra, a la luz, al atardecer que me obliga a huir de aquí, de mi misma por mucho que no quiera hacerlo.

Salgo corriendo, presiento que voy a morir, abandono la casa de un portazo y corro a la calle en la que la noche hace su presencia, como los indeterminados sonidos que de nuevo se aproximan.

Vuelvo sobre mis pasos que buscan el refugio de las paredes solitarias del apartamento y tumbarme en la cama que aún permanecerá cálida. Empujo la puerta que se abre y se cierra cuando entro dándome cuenta entonces que cuando salí estaba cerrada.

Los muertos no pueden decir nada, es mi último pensamiento cuando veo como se acerca mi compañero, sonriendo, moviendo de una mano a otra el largo y afilado cuchillo de cocina ya manchado de sangre.

LA VIDA IMAGINADA

SALVADOR ROBLES MIRAS

Bilbao (Vizcaya, España)

“Provi Miras Flores”

En un intento desesperado por escapar de la tristeza del desamor, ya casi melancolía, Diana Trejo Arribas decidió consagrar las mañanas de los sábados, los domingos y las fiestas de guardar a las personas más necesitadas de Los Almendros, su ciudad adoptiva. Guiada por este propósito, se presentó en el geriátrico *Tú nuevo hogar* a ofrecer desinteresadamente sus servicios. Dentro de sus posibilidades horarias y sus aptitudes, estaba dispuesta a realizar cualquier labor: desde dar clases de canto hasta bailar el tango, pasando por la limpieza de suelos y cuerpos vencidos por la enfermedad o los años.”

La directora del centro, María Engracia Romero, quien solo necesitó unos minutos para percatarse de las formidables cualidades que, como virtual animadora, atesoraba la atractiva joven que tenía delante de ella, le propuso entretener a los residentes durante *La hora de todos*.

-En la residencia llamamos así a una actividad cultural, de una hora más o menos de duración, que se desarrolla en el salón de actos del centro, las mañanas de los sábados, domin-

gos y festivos, y en la cual los internos se dedican a cultivar las bellas artes, al menos se esfuerzan en este menester, a saber: declamación de poemas, lectura de cuentos, representación de obras de teatro, muestra de obras artesanales varias, actuaciones musicales... *La hora de todos* en pocas ocasiones hace honor a su nombre, ya que casi nunca dura sesenta minutos; a veces, sobre todo en los días mustios de invierno, con el ánimo de los presentes varado en la nostalgia, ni siquiera llega a los tres cuartos de hora, y en otras, en primavera, supera con creces las dos horas, y duraría más si no se echase encima la hora del almuerzo. Pronto te darás cuenta de que en *Tú nuevo hogar* la relatividad hace de su capa un sayo, y de qué manera. Hay minutos que, por arte de magia, se extienden hasta casi la eternidad, y horas que apenas duran unos cuantos pestañeos.

-¿Puedo distraerles con lo que se me ocurra?

-Baila, canta o, mejor, cuéntales historias. Les chifla que les narren todo tipo de sucedidos y anécdotas, cuanto más fantásticos y románticos, muchísimo mejor. Intuyo que desempeñarás formidablemente el rol de animadora. Por cierto, me llamo María Engracia Romero.

-Encantada, señora. Mi nombre es Diana Trejo Arribas y, aunque nací en Villaceleste, un pueblo rural de Castilla, vivo en Los Almendros desde que era muy chiquita.

-Bienvenida a *Tú nuevo hogar*. Gracias por regalarnos tu vida.

-¿Mi vida?

-Tu tiempo.

-Mi vida, sí.

Diana, dueña de una voz dulce y cristalina, más hábil en la narrativa oral, la cual practicaba a menudo con sus sobrinos, que en la interpretación musical, en los siguientes fines de semana, en *La hora de todos*, se dedicó a contar historias variopintas al grupo de ancianos que acudía al salón recreativo, cada vez más nutrido. Historias que, ante un auditorio entregado, iba inventándose sobre la marcha. Su imaginación, espoleada por los rostros pasmados que la miraban con embelesamiento, era incluso más portentosa que sus dotes de narradora. Diana lo comprobaba a diario con creciente asombro.

Al mes, los internos más curiosos y lenguaraces, que ya habían adquirido confianza con ella, empezaron a asaetearla con preguntas indiscretas sobre su vida privada. Diana, quien, fuera de los dominios de la residencia, no toleraba que la gente se inmiscuyera en sus asuntos íntimos, en la atmósfera apacible que se respiraba en aquel lugar, accedió de buena gana a satisfacer la curiosidad de sus interlocutores. Para ello, casi sin proponérselo, se convirtió en la Diana que le hubiera gustado ser, no en la que era. En cuanto llegaba a *Tu nuevo hogar*, dejaba en el umbral de la entrada a la Diana real, y cruzaba el vestíbulo metamorfoseada en la mujer de sus ensueños: enamorada, bibliotecaria, dichosa. Y, para su sorpresa, los ancianos la veían como ella decía ser, no como en realidad era.

Entre las muchas cosas que fabuló sobre sí misma, Diana Trejo dijo que estaba casada con un hombre bondadoso e inteligente que pertenecía a Médicos sin Fronteras, quien, además, en los ratos libres, se dedicaba a escribir poesías y cuentos fantásticos. No habían concebido todavía hijos porque él viajaba a menudo por los cinco continentes para poder socorrer a algunas de las víctimas de los innumerables conflictos y desastres que asolaban el mundo, pero confiaba en que pronto los tendrían, aprovechando un oasis de paz. También les contó que ella trabajaba, de lunes a viernes, en la Biblioteca Municipal de Los

Almendros. Sobre este particular, no tuvo que imaginar demasiado, ya que, en efecto, Diana trabajaba limpiando las dependencias del edificio público, a pesar de que dos años atrás daba clases de Filosofía en un colegio privado. El mercado laboral, en una depresión profunda, había renunciado a la sensatez. Gente sin demasiada cualificación, merced a sus contactos, figuraba en puestos de enjundia, algunos de cierta responsabilidad, y profesionales de excelso nivel tenían que limpiar el polvo de las mesas y los estantes donde descansaban muchos de los libros que habían leído, leían y leerían, por devoción, porque les salía del alma. No obstante, ella no perdía la esperanza de conseguir una plaza en la Biblioteca Municipal en las próximas oposiciones. Si no podía ejercer la enseñanza, bueno era trabajar de bibliotecaria.

Mientras recogía a manos llenas la abundante cosecha que le ofrecían su ubérrima imaginación y su vasta cultura, sus pupilas, iluminadas por los sueños que se recortaban contra el horizonte de su utopía particular, despedían un extraño fulgor que se reflejaba en los ojos de los residentes, más mujeres que hombres, que la contemplaban embelesados.

Un sábado luminoso de primavera, al llegar a la hora de costumbre, las diez de la mañana, a *Tú nuevo hogar*, se encontró en el vestíbulo con un hombre de unos cuarenta años, quizá menos, quien, a pesar de su aspecto corriente: ni alto ni bajo, ni feo ni guapo, a Diana le atrajo al primer golpe de vista. En sus ojos le pareció distinguir la nobleza de carácter que imprimen los méritos labrados con paciencia y tenacidad, una tentación irresistible para una mujer como ella.

-¿No será usted la *Cuentista*? -preguntó él.

-¿*La Cuentista*?

-Así llama mi madre a la mujer que les narra unas apasionantes historias los sábados y los domingos en el salón recreativo de la residencia.

-Entonces, ésa soy yo. *La Cuentista*. Qué curioso.

-En el buen sentido de la expresión, o sea, en el literario. Mi madre habla maravillas de usted. La venera.

-No dejan de sorprenderme mis dotes de narradora y también de interpretación. Vine a *Tú nuevo hogar*, hace hoy tres meses, con la intención de ayudar en toda clase de labores domésticas; pero María Engracia, la directora, muy ducha en traducir al lenguaje sencillo los mensajes íntimos que traslucen nuestros ojos, ya sabe, el que aflora del corazón del alma, me sugirió que me centrara en contar a los ancianos historias, leídas, escuchadas o inventadas, daba igual, cualquier historia que les hiciera pasar un rato ameno. El séptimo día, o sea, el cuarto fin de semana, sobre la marcha, ante las preguntas de tipo personal planteadas por algunos de los presentes, se me ocurrió relatarles algunas aventuras de mi vida imaginaria, bastante disparatadas, si bien ellos, con una fe ciega en mí, se las creyeron a pies juntillas. Desde entonces, más que la cuentista, me he convertido en la embustera. Una embustera de tomo y lomo. Ay, si ellos supieran que todas las historias que les cuento constituyen una sarta de trolas.

-La verdad de las mentiras, que diría un Premio Nobel de Literatura. Ese es el cometido de la buena literatura. Contar mentiras que conduzcan a la verdad de cada lector, escuchador en este caso; es así como una misma historia, cuento o novela se multiplica por equis, dependiendo del número de lectores que tenga. Encantado de conocerla. Me llamo Andrés Castaños.

-Mi nombre es Diana Trejo.

Diana y Andrés, tras titubear unos segundos, con el brazo derecho extendido hacia el otro, rozándose con las yemas de los dedos, se besaron en la mejilla mientras juntaban sus manos.

-Diana, mi nombre predilecto de mujer. Su marido trabaja en Médicos sin Fronteras, ¿no?

-El de mis historias, sí.

-Qué casualidad.

-¿Por qué?

-Porque yo, antes de dedicarme a la medicina privada, presté mis servicios durante un par de años en Médicos sin Fronteras. Fue una experiencia durísima y a la vez muy provechosa para mi formación personal y profesional.

La mujer se ruborizó hasta las orejas.

-¿A qué se dedica el otro? –preguntó el hombre.

-¿Quién?

-El marido de carne y hueso.

-Pues...

Diana, con los ojos vidriosos, extrajo un pañuelo del bolso para sofocar un estornudo fantasma.

-Discúlpeme por haberle hecho una pregunta tan indiscreta.

-No tengo marido, ya no. Se fue... con otra, la que creía mi mejor amiga, Marta. No les censuro su enamoramiento, sino que no tuvieran el valor de decírmelo. Me enteré por la hermana de Marta, que me lo dijo en un *lapsus linguae*. Antes de decla-

rar públicamente su amor por la vía de los hechos consumados, estuvieron viéndose a mis espaldas durante varios meses. Vaya amiga; vaya cónyuge...

Si Diana Trejo, azorada, no hubiese mirado al suelo justo en ese instante, habría percibido el resplandor que destelló fugazmente en los ojos marrones de Andrés Castaños.

-A mí también me dejaron, Diana.

-Al desamor casi siempre le precede el amor, casi siempre, porque a veces al desamor lo precede el desamor. Lo siento mucho, Andrés.

-No lo sienta. Las cosas no marchaban bien. Ella tuvo más valor que yo para romper lo que no había manera de arreglar... ¿Puedo asistir como oyente a la sesión recreativa de hoy? Me encantaría escuchar uno de sus cuentos.

-Esta mañana, no creo que le resulte muy interesante lo que voy a contar. Desde que mencioné a mi marido, el personaje que trabaja como voluntario en Médicos sin Fronteras, los internos siempre me piden que les narre alguna peripecia protagonizada por él. Hoy pensaba hablarles del día en que, en Srebrenica, transformado en un héroe legendario, salvó la vida a dos niños huérfanos. He tenido que documentarme mucho por Internet para articular un relato verosímil.

-Si quiere, puede hablarles de mí. Así, su imaginación pisará tierra firme. Estuve en Bosnia hace unos años.

-¿De verdad?

-La verdad de las mentiras.

Una hora y media después, Andrés y Diana, entre sonrisas, salieron juntos de la residencia.

-Resulta curioso.

-¿A qué se refiere? -inquirió Diana.

-A la magia de la literatura en general y de los cuentos en particular. Ni la una ni los otros se conforman con pertenecer al ámbito de la ficción, en ocasiones, como por arte de birlibirloque, se materializan en la vida real -razonó él.

-¿En mí? -preguntó Diana bajando la mirada.

-Y en mí, también... Ojalá.

-¿En usted? ¿Qué quiere decir?

-Se lo explicaré dentro de unos minutos, en el restaurante El manjar, mientras almorzamos. ¿Acepta mi invitación?

-¿Para inspirar otro de mis cuentos?

-Sí, tal vez el mejor de todos.

LAS MADRES TAMBIÉN LLORAN

FELIPE TENENBAUM

Híjar (Téruel, España)



Como todos los niños saben, hasta las madres más aburridas tienen superpoderes increíbles. La mía, por ejemplo, es capaz de encontrar con su mirada de rayos X una mancha diminuta en mi camiseta de Dragon Ball. A falta de disfraz de superheroína, lo hace en camisa y traje mientras conduce el coche de camino al trabajo. Justo antes de dejarme en el cole. Pero eso no es todo. Su principal poder es la capacidad de oír mis llantos. Da igual si estoy muy lejos de ella o si a veces se me caen las lágrimas despacito, despacito. En silencio... Ella siempre aparece de la nada con un pañuelo en la mano y me consuela. Es algo mágico.

Lo que muy pocos adultos sospechan (y es un secreto que no solemos revelar a nadie) es que algunos niños también disponemos de ese poder. Sé que es raro porque las mamás parecen que no lloran nunca pero ¿sabéis qué? Lo hacen. No tanto como nosotros pero sí que lloran. A veces, con tanto sentimiento que también las podemos sentir a ellas. Lo sé porque eso mismo me pasó hace un año. Era de noche ya. Hacía un rato largo que me había acostado. Creo que soñaba con tartas de chocolate gigantes o con helados voladores..., cuando, de pronto, se me

hizo un nudo en el estómago imposible de aguantar y abrí los ojos. Serían las tres o cuatro de la mañana. No sabía bien qué ocurría pero se sentía muy raro. Demasiado. Como si alguien hubiese encendido dentro de mí un radar sónico. Mi habitación se encontraba como todas las noches, oscura y silenciosa. No se veía ni se oía nada y sin embargo, allí estaba yo con los ojos abiertos y esa sensación, justo sobre el ombligo, de que debía ir a ver a mamá. No me preguntéis cómo, pero podía olfatear su tristeza.

Claro que no sabía muy bien qué hacer. Después de todo, era muy de noche. No me animaba a entrar en su habitación y despertarla para decirle que me parecía que estaba triste. Menos aún sin saber bien qué le pasaba. ¿Habría tenido una pesadilla? Cuando yo las tenía ella siempre venía a buscarme a mi cuarto y me llevaba en brazos a su cama para que durmiéramos juntos. ¿Acaso eso debía hacer? ¿Ir a buscar a mamá y traerla hasta mi cama?

¿Qué pesadilla podía haber tenido que la hiciera llorar? Después de todo, las mamás son las personas más valientes del mundo. Cuando fue lo del coronavirus yo vivía asustado pero ella siempre se animaba a ponerse los guantes y la mascarilla y salir a la calle a hacer las compras. Y cuando aquella tormenta tan fuerte perforó los batientes de la ventana y empezó a entrar agua por todos lados, no se escondió debajo de la cama como hice yo. Simplemente fue a buscar un par de herramientas y lo arregló todo ella solita. Luego, empapada y agotada, me buscó bajo el colchón y me susurró al oído: “No temas, Juan. Yo te protegeré siempre”. La verdad es que de pronto me entró un miedo monstruoso. Inquietante. Una pesadilla capaz de asustar a una madre tan valiente como la mía, era un asunto muy serio y de la mayor gravedad. ¿Qué iba a hacer yo si me la contaba? ¿Sería capaz de consolarla sin aterrarme de sus miedos? No me parecía posible. Y sin embargo, se lo debía. Ella siempre me pedía que le relatara

mis sueños feos y al final terminaba convirtiéndolos en cuentos maravillosos. Unos que siempre acababan bien. Si soñaba con un dragón escupe-fuego, por ejemplo, ella se ponía muy seria y me decía: “¿Estás seguro de que soñaste con un dragón? A mí me parece que es una lagartija que expulsa aire caliente por su boca porque tiene hipo”. Y luego me pedía que le diera un buen susto a la lagartija para que se le fuera el hipo. Así que yo gritaba primero despacito: “¡grrrr!” y luego, más fuerte: “¡GRRRRR!”. Y al final mamá decía: “listo, Juan, tu terrible monstruo ya no tiene hipo ni tú le tienes miedo. Ahora es él quien está asustado de ti”. Y funcionaba. Es verdad que la última vez que pasó, yo ya era grande. Con cinco añazos sabía de sobra que me engañaba para que se me fueran los temores del cuerpo. Pero me daba igual. Tener a mamá cerca y jugar un rato con ella era lo único que necesitaba para volver a dormirme.

Decidí levantarme y apoyar el oído contra una de las paredes de mi cuarto, la que daba al suyo. Nada. Los adultos tienen la tonta costumbre de llorar en silencio. Como si se merendaran el llanto con leche y oreos en lugar de sacarlo fuera. Así que no tenía ninguna pista sobre lo que ocurría en la cama de mamá salvo por los “gluglu” de mi estómago que eran cada vez más fuertes. Y por algunos “prrrt” que comenzaban a aparecerme junto a los “gluglu”. ¡Tenía que ir a verla! ¡Y al mismo tiempo me daba mucha vergüenza! Decir que sabes que pasa algo porque tu estómago hace “gluglu” y “prrrt prrrt” no es tan fácil como asegurar que dos y dos hacen cuatro. ¿Qué otra opción tenía? ¿Dormirme? Imposible. Quería cuidar de mamá mil veces más de lo que temía verla triste. ¿Llamarla? ¿Con qué excusa? De pronto, tuve una idea genial. En realidad mi problema tenía una solución muy sencilla: solamente tenía que simular que era yo quien había tenido una de mis tantas pesadillas. Y tema solucionado. Ella tendría que venir a verme y yo podría examinar su estado de ánimo sin que se diera cuenta.

-¡Mamá! –grité-. ¡MAMÁ! ¡Ven pronto que he tenido una pesadilla!

Y luego me puse a contar en silencio. Mamá siempre llegaba a los cinco segundos exactos. Los que tardaba en ponerse las pantuflas, abrir la puerta de su cuarto y entrar al mío. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Estiré todos los dedos de la mano izquierda. Seis, siete..., ocho... nueve. Diez... Once...

-¡Juan! –entró, tropezando con mis juguetes-. ¿Estás bien? ¿Con qué soñaste esta vez, mi vida? ¿Con vampiros ninjas? ¿O con zombies karatekas?

¡Caramba! Me había distraído tanto pensando en por qué mamá tardaba tanto en llegar... que se me olvidó pensar en una excusa. ¿Con qué había soñado? Ya tenía cinco años. No podía ser algo que diera miedo. Tenía que elegir otra cosa. Una que me pusiera triste, por ejemplo. Y a las tres de la mañana solo se me ocurría lo siguiente:

-Soñé con papá.

Silencio. A mamá le tocaba hacer lo del dragón convertido en lagartija. Solo que, con

papá, el cuento no era tan sencillo. Mamá respiró muy hondo como cuando me ayudaba a apagar las velas de la tarta en mi cumpleaños o cuando hacía de lobo feroz en nuestros juegos. Y luego, me contó la misma historia de siempre. Un cuento sin pies ni cabeza que, pese a todo, nunca me había animado a desacreditar.

-Hace mucho que no vemos a tu padre porque está atrapado... en un tren que recorre todo el mundo... y que nunca se detiene...

-¿Por qué no se detiene? -le seguí el juego aunque me sabía de memoria lo que me iba a contestar.

-Porque se le han roto los frenos. Ya han dado nada más y nada menos que tres mil vueltas al mundo y sigue sin detenerse. No te preocupes. Pronto lo arreglarán.

Y en general aquí siempre acababan nuestras conversaciones. Sin embargo, hace un año la tripa me hacia “gluglu” demasiado fuerte y se mezclaba con muchos “prrrt” y hasta con algún “splotch” que todavía me venían en determinadas ocasiones. Así que junté valor, ignoré que mamá tenía los ojos rojos y seguí hablando.

-¿Lo extrañas?

-Mucho, mi amor.

Yo también lo extrañaba. Y eso que mamá se esforzaba en no mencionarlo nunca. Como si no hubiese existido nunca. Recuerdo que en una ocasión llegó a decirme que me había encontrado en un zapallo. Cualquier cosa con tal de hacer de cuenta frente a mí que papá no había existido.

-¿Y si lo extrañas tanto por qué nunca hablamos de él?

Mamá dejó escapar unas lágrimas y se quedó parada allí, estupefacta. Con la boca a medio abrir y sin pronunciar palabra.

-Mami -insistí-, a lo mejor sería más fácil para los dos si me dijeras la verdad. ¿Se ha muerto, no? Eso dicen mis compañeros cuando creen que no los oigo. Y esa tiene que ser la razón de que estuvieses llorando ahora.

-Y-yo... lo siento. ¿Me has oído llorar?”

-No, mamá. Pero no necesito oírte. Cuando sufres puedo sentirlo aquí –me señalé arriba del ombligo– y en seguida el estómago comienza a hacerme ruidos raros.

Mamá decidió sentarse sobre mi colchón. Cada tanto me examinaba con curiosidad. Ya no parecía tan alterada.

-¿Quieres que te cuente anécdotas sobre él? –me preguntó con cierto brillo en los ojos.

-Claro. Hay veces que me cuesta acordarme de cómo era. Ya han pasado dos años desde que se subió al tren...

...desde que se murió, Juan –me interrumpió con el mismo ímpetu con que yo escupía los chicles cuando estaba a punto de tragármelos por accidente.

-Sí, mamá. Desde que se murió.

Era extraño. A medida que mamá me contaba más y más historias de papá. Los “gluglus” de mi estómago empezaron a hacerse más pequeños hasta casi desaparecer. Y eso que mamá no paraba. A saber cuántos recuerdos tenía atorados en la cabeza. Pobrecita. Por alguna razón, se había obligado a olvidarlos. Y ahora que los soltaba poco a poco, se le

adivinaba una pequeña sonrisa en la cara. Sobre todo cuando me contaba lo despistado que era.

-Y una vez me hizo el mismo regalo de cumpleaños tres años seguidos. ¿Te lo puedes creer, Juan? ¡TRES años seguidos regalándome el mismo libro!

-Ah. ¿Por eso tenemos *El Principito* tres veces?

-Sí, mi vida. Tu padre era tan divertidamente tonto... una vez se quedó dormido en la cocina. Teníamos visita y él se escondía de la tía Gertrudis porque es un poco cascarrabias. Y de

tanto esconderse, se quedó dormido. No te imaginas la cara que puso tu tía cuando lo encontró roncando sobre el microondas... fue tan gracioso. Y siempre que se iba a hacer las compras se olvidaba la billetera en casa y me llamaba muy acalorado porque estaba frente a la cajera del supermercado y no tenía con qué pagar. Yo... lo siento, Juan –me dijo al fin-. No quería mentirte. Sólo quería que vivieras una vida normal.

–La muerte es normal, mami. Lo leí en un libro del cole. Todos nacemos, todos vivimos y todos morimos también. Además, ahora que has compartido tus recuerdos conmigo, siento a papá más vivo que nunca. Ya no tengo miedo de olvidarme de él. Y creo que ya no tendré más pesadillas.

Lo dije con tanta seguridad que mamá me dio un beso en la frente, me arropó, me hizo cosquillas y al final, apagó la luz. Yo cerré los ojos con tranquilidad. Era totalmente imposible que volviera a tener una pesadilla. No ahora que por fin había hablado con mamá. Y sin embargo, esa misma noche volví a tener una. Y de las gordas. Desde que podía acordarme, nunca habían pasado más de dos o tres noches sin tener algún mal sueño. Mamá decía que las cosas no fueron siempre así y que todo comenzó precisamente hace dos años pero yo no me acordaba bien. En todo caso, soñaba con lo mismo de siempre: con unos monstruos especialistas en artes marciales. A veces me atacaban vampiros ninjas y otras, lo hacían zombies karatekas. Yo siempre huía. Solo. Aterrado. Vagando por las calles vacías de la ciudad y escondiéndome en casa del Apocalipsis monstruoso. Temiendo a sus patadas y nunchakus. Y también, a que quisieran chuparme la sangre o comerme el cerebro. Mi escondite final era bajo la cama, esperando a mamá (que por alguna razón nunca aparecía). Por suerte aquella noche tocaron los zombies karatekas. Y digo “por suerte” porque los zombies siempre caminaban muy lento. Eso me daba tiempo de sobra para escabullirme y buscar un buen refugio. A decir verdad, estaba harto de esconderme

debajo de la cama. Lo mejor sería hacerlo en el baño y atrancar la puerta. O mejor aún, en la cocina. Seguro que no se les ocurría buscarme allí. Sí, sí. Eso debía hacer. Meterme en la cocina y...

-¿Papá!? –grité, sorprendido-. ¿Qué haces aquí?

Efectivamente, frente a mí se encontraba un hombre igualito a papá que llevaba puesto el mismo traje que en una de las fotos que me había mostrado ayer mamá. Y a lo mejor me lo imaginaba pero me parece que me lo encontré dormitando junto al microondas.

-Nada –me repuso-. Esto es un sueño. ¿Qué tiene de raro que sueñes con tu padre?

-Que es la primera vez que lo hago.

-Pues ahora que lo mencionas sí que es un misterio extraño –se rascó una oreja-. ¿Algo ha cambiado en casa? ¿Os habéis mudado, por ejemplo? ¿O a lo mejor habéis ganado la lotería? El número premiado del sorteo de mañana será el...

-No, no –le interrumpí-. No pasó nada raro. Lo único diferente es que ayer por fin mamá se animó a hablarme de ti.

Papá chasqueó los dedos y exclamó:

-Pues claro. Eso es, hijo. Los sueños los creas tú y antes no sabías cómo ponerme en ellos porque no te acordabas bien de mí. Seguro que a partir de ahora vendré a visitarte más seguido. Pídele a mamá que te cuente más y más cosas de mí. Cuanto más me conozcas, mejores sueños tendrás.

-¿Y los zombies? ¿Y los vampiros?

-No seas tonto, Juan. ¿Quién tiene tiempo para soñar con vampiros cuando puede soñar conmigo? Aunque no te acuerdes, tienes que creerle a tu madre. Soy la persona más divertida del mundo.

Y me desperté con una sonrisa enorme en la cara. Desde entonces no siempre sueño con papá pero ¿sabéis qué? Llevo ya un año entero sin sufrir pesadillas. Y por supuesto, me he leído los tres ejemplares de *El principito* muchas veces. Mi parte favorita es la del final. Cuando el aviador y *el Principito* se despiden y seis años después, el aviador todavía se acuerda de su amigo y dice: “me gusta por la noche escuchar a las estrellas, que suenan como quinientos millones de cascabeles...”. No sé por qué pero cuando yo miro las

estrellas también me acuerdo de él. Y aunque a veces me pongo triste, en general, sonrío.

LIMAS Y MELODÍAS

MARÍA NOVELLA RODRIGUEZ

Zaragoza (Zaragoza, España)



Hacía años que no se atrevía a ir allí, pero eso no significaba que no recordara a la perfección ese enrevesado camino, en el que debías caminar con una trayectoria serpenteante para no chocar con nada.

Apretaba las flores que llevaba en la mano con demasiada fuerza, y algunos tallos ya se habían doblado. De alguna manera tenía que dejar salir aquella furia de su cuerpo, y estrujar un puñado de plantas inocentes le parecía la menos destructiva de todas.

No iba a visitarle todo lo que le gustaría, porque le costaba mucho reunir la fuerza necesaria para hacerlo. Siempre esperaba encontrárselo por la calle, o en el supermercado, o en el parque en el que quedaban cuando eran críos, luciendo su sonrisa pícara en su máximo esplendor, enseñando todos sus dientes y achinando los ojos. Sabía que eso era imposible, pero algo en el fondo de su cabeza, o su corazón, se negaba a dejar ir aquella estúpida esperanza.

Llegó a su destino con una mezcla amarga de sentimientos en su garganta, porque, al contrario que las últimas veces que se había atrevido a llegar hasta ese punto, esta vez la alegría de volverle a ver pesaba más que la tristeza y el dolor habituales.

Se sentó en la hierba casi sin hacer ruido, como si éste pudiera perturbar el descanso de alguien, y cruzó las piernas, tratando de encontrar una posición cómoda. Incrustada en el suelo, justo delante de las punteras de sus zapatillas blancas destrozadas, había una simple lápida de granito, cuyo escaso grosor apenas hacía que sobrepase unos pocos centímetros por encima del suelo, quedando sus bordes casi engullidos por los brotes verdes salpicados de florecillas blancas.

– Hola – saludó, y no pudo evitar que un par de lágrimas se deslizaran por sus mejillas–, soy Álvaro. Ha pasado un tiempo, colega.

Apoyó los dedos índice y corazón junto a la foto que había centrada en la parte superior de la superficie plana, justo encima de su nombre – Gabriel, aunque todo el mundo le llamaba Gabi – y uno de los versos de su canción favorita, aquella que le había escuchado cantar a pleno pulmón cientos de veces. En la imagen aparecía justo como le gustaba recordarle, feliz y sonriente, con el pelo apuntando en veinte direcciones diferentes, y un aro de madera en el agujero de pendiente que se había hecho en la oreja a escondidas de sus padres a los dieciséis, tras ser retado por el chico que ahora se sentaba delante de su tumba.

– Tengo que contarte tantas cosas...todo ha cambiado mucho desde la última vez que vine. Te he traído flores. Tu dirías que es una cursilada, pero me ha parecido apropiado. Son naranjas, tu color favorito. Siento no haber venido antes, pero no podía. Vivir en esta ciudad sin ti estaba acabando conmigo, así que me fui. Necesitaba tiempo para recuperarme, pero aun así he pensado en ti todos los días.

Y era cierto. Después de huir de la ciudad que le había visto nacer, y morir un poco cuando él lo había hecho, había comenzado a hacer las cosas que siempre habían dicho que harían juntos, una vez tuvieran el suficiente dinero.

No había ido a su funeral, era demasiado doloroso. Había llorado durante todo el rato que le costó enfundarse el traje negro y anudar su corbata, y al final no había encontrado el valor para salir por la puerta. En lugar de eso, dejó su trabajo – en el que apenas llevaba un par de meses –, metió la mayoría de sus pertenencias en un par de maletas, que apiló en el maletero de su destartalado coche, y se largó.

Apenas había vuelto a casa en los cinco años siguientes. Cuando regresaba, siempre se preguntaba a sí mismo si estaba preparado para quedarse, y la respuesta siempre había sido no, hasta aquella vez.

Había necesitado todo ese tiempo para curar su alma. Había viajado a todos los lugares hacia los que se había sentido atraído, nunca quedándose demasiado tiempo en el mismo sitio, y tomando cualquier trabajo que se le ofreciera para poder financiar su siguiente aventura.

Cuando apenas eran unos adolescentes, Gabi y él habían escrito una lista de todos los países a los que irían cuando fueran mayores, las cosas que harían una vez salieran del barrio. En definitiva, los sueños de dos chavales cansados de estar siempre en las mismas calles.

Álvaro aún guardaba aquella hoja de libreta doblada en el bolsillo de sus vaqueros desgastados. Había cumplido las promesas que habían sido plasmadas en ella.

Había visto las auroras boreales en Noruega. Había nadado con tiburones en el Caribe.

Se había perdido en las tradiciones de un pueblo remoto en el medio de la selva de Guatemala.

Había conocido gente, había experimentado diferentes culturas, había crecido como persona. Y, sobre todo, había redescubierto quién era. Cómo salir adelante después de la tragedia.

Por el camino se había topado con aquella palabra: resiliencia. La capacidad de recomponerse después de una desgracia. Aquella era la nueva cualidad que él había adquirido. Su significado resonó tanto con él que decidió tatuársela, creando una marca eterna en su piel que no le permitiría olvidarse de lo fuerte que podía llegar a ser.

Pasó horas contándole a Gabi todas las cosas que habían pasado desde que había dejado de estar allí.

– Rescaté un cachorro en Perú – le contaba en aquel momento –, y la llamé Lima, como la ciudad en la que la encontré. Pero no pude evitar acordarme de que tú solías comer limas como si fueran naranjas, sin inmutarte por la acidez y sin hacer caras raras. Y de alguna manera, sentí que aquello era una señal. Una llamada del destino de que ya era hora de volver a casa y enfrentarme a tu recuerdo. Y la verdad es que me daba miedo reconocerlo, pero me hace muy feliz estar de vuelta. He tachado todas las cosas de la lista, Gabi. Las he hecho por los dos. Y pensaba que estaba listo para quedarme aquí de nuevo, volver a echar raíces en la ciudad, y lo estoy, pero ¿sabes de lo que me acabo de dar cuenta aquí y ahora, hablando contigo? De que no es lo que realmente quiero, Gabi – una pequeña carcajada se escapó de su garganta mientras recogía con el dorso de su mano unas cuantas lágrimas escurridizas –. Mientras viajaba por todos esos sitios, haciendo todas aquellas cosas que nunca pensé que haría realmente, me sentí más unido a ti que nunca. Sentir la adrenalina al saltar al vacío desde un avión, encontrarme a tan

solo unos metros de un tiburón veinte veces más grande que yo, eso es lo que me hacía sentir que estaba honrando tu memoria. Me sentía como si estuvieses viviendo todas aquellas cosas a través de mí. ¿Sabes todo lo que he hablado de ti? En todos los sitios a los que iba, conocía a gente, y todas aquellas personas que pasaron fugazmente por mi vida se llevaron de vuelta a sus casas un pedacito de ti, porque nunca me puedo resistir a contar una anécdota tuya. Y creo que...sé que no quiero quedarme sin esa sensación reconfortante. No sé si es egoísta o valiente, pero quiero seguir viendo el mundo. Quiero volver a bailar con los niños de una tribu perdida en el sur de África, y quiero volver a tejer escudos de flores con mujeres centenarias en Colombia. Me gustaría poder hacer todas esas cosas contigo, pero tendré que conformarme con llevarte en mi corazón – exhaló otra carcajada –. Buah, eso ha sonado mucho más ñoño de lo que me esperaba. Igual me estoy ablandando, pero eso no quita que lo que he dicho sea verdad. En todos estos años viajando por mi cuenta, nunca me he sentido realmente solo – volvió a colocar los dedos junto a la foto de su amigo –. Al final va a resultar que se te da bien escuchar y todo. Puede que lo que necesitara no fuera volver a casa, sino hablar contigo. Quitarme este peso de encima. Supongo que me sentía culpable por haberme ido. Lo cuál es irónico, porque ahora no veo el momento de volver a irme. Eso sí, esta vez prometo venir a verte siempre que pueda. Se está haciendo tarde, Gabi – dijo observando el precioso atardecer de tonos rosas y naranjas que comenzaba a pintar el horizonte –. Creo que me voy a tener que marchar ya. Hasta pronto, colega. Te echo mucho de menos.

Al ponerse en pie se dio cuenta de que estaba sonriendo de oreja a oreja. Una melodía le vino a la mente, y Álvaro no pudo evitar sacudir la cabeza. Otra vez aquella canción. Como si no hubiera tenido suficiente con escucharla diez veces al día por

obligación de Gabi. No tenía manera de demostrarlo, pero estaba totalmente seguro de que su amigo había tenido algo que ver en eso.

Volvió al pequeño piso que había alquilado por unas semanas, donde fue recibido por los alegres lametones de Lima. Sus orejas negras y blancas botaban al ritmo que ella daba saltos alrededor de las piernas de su amo. Álvaro se agachó para coger a la perra en brazos.

– Tú sabías perfectamente lo que hacías cuando viniste hasta mi puerta, ¿verdad?

Como si lo hubiera entendido, Lima soltó un ladrido agudo.

– Pequeña gamberra. Gabi y tú os hubieras llevado genial. O puede que ya os conocáis de antes y él te haya enviado a mí.

Esta vez, la cachorra respondió con un lametazo a la nariz de Álvaro, y éste le rascó la cabeza.

Mientras se comía un trozo de pizza sentado en el sofá, bajo la estricta vigilancia de Lima, reservó su siguiente vuelo sin preocuparse mucho por el destino. Con que fuera un sitio diferente le servía.

Antes de acostarse sacó de su maleta la única cosa que siempre viajaba con él. Colocó el álbum de fotos abierto sobre sus piernas y observó todos los recuerdos que contenía: playas paradisíacas, volcanes en erupción, kilómetros y kilómetros de nieve y hielo, selvas repletas de árboles majestuosos, las áridas dunas del desierto. Pero sin duda, su favorita era la primera, la que le había llevado a tomar todas las demás. En ella aparecían Gabi y él, mirando a la cámara sonrientes. Gabi tenía un brazo sobre los hombros de Álvaro, que levantaba una mano hacia el aire.

Era una de las últimas fotos que tenían juntos, y Álvaro no era capaz de recordar con claridad el contexto en el que se había realizado, pero le encantaba la felicidad que ambos transmitían, congelada para siempre en aquel recuerdo.

Le hizo una promesa silenciosa a su amigo de que nunca dejaría de esparcir su memoria por todos los lugares que alcanzaran sus pies. Por toda respuesta, aquella melodía pegadiza volvió a su mente.

LOS ÉXODOS CONVERGENTES

DANIEL ROGERO GONZÁLEZ

Madrid (Madrid, España)



I

Tetiana pidió que le acercaran al cementerio judío. Necesitaba estar sola un par de horas, hasta que los chicos salieran del colegio. Hoy tenía el día libre, pero hubiera preferido acudir al trabajo para no pensar. La ansiedad la estaba consumiendo porque las noticias de aquella mañana no eran buenas: Serhii tenía que regresar al frente. Ya llevaban sin verse casi un año, desde que ella consiguió escapar de las bombas con los niños tras un viaje para olvidar; él, sin embargo, se quedó en Ucrania.

En esa colina verdeante, rodeada de pinos e hipogeos inmemoriales de piedra, podría llorar las ausencias. «¡Putita guerral!», musitó mientras se tumbaba sobre una raíz gruesa y musgosa, dejando que los rayos del sol, tamizados tras su paso entre el ramaje, juguetearan entre sus lágrimas. Plegó los párpados para mirar el paisaje con los ojos de la memoria y pintarlo en su cabeza, como hacía desde pequeña, aprovechando una habilidad que se manifestó temprana y que le resultó muy útil cuando estudiaba en la Escuela de Bellas Artes de Kyiv: solo con observar

un breve instante lo que tuviera que plasmar en el lienzo, ese momento resultaba más que suficiente para ella. Sonríe al recordarlo...

Durante aquellos ejercicios pictóricos, meramente académicos y algo fríos, dedicaba la mayor parte del tiempo a completar con colores vivos el cuadro, que era lo que realmente le gustaba. Sí, era la más rápida de su clase... Sus compañeros la miraban siempre con envidia. En realidad, no habían pasado muchos años desde entonces y, sin embargo, parecía todo tan distante ya... Ahora, todos sus bocetos, todas sus obras —algunas sin terminar— quedaban lejos, muy lejos, tras un muro de metralla y muerte.

—¡¡Putas guerras!! —gritó. Por suerte, estaba sola. No le apetecía que nadie se acercara para preguntar qué le ocurría.

Movió la cabeza para alejar ese pensamiento recurrente. Respiró hondo. «Vamos, Tania, pinta», se animó tal y como hacía su madre cuando las dos se sentaban juntas en la cocina.

Un vistazo rápido y certero; luego, entorna los párpados suavemente... Era mediodía, aunque evocaría un atardecer platónico, atemporal... Mejor así. En su mente, se le representó una panorámica trabajada con trazos rápidos e imprecisos, pero plenos de matices. Sus manos se movían a toda velocidad sobre una tela que era simple conjetura.

La composición solo podría disfrutarse a distancia; los defectos quedarían difuminados, soslayando cualquier fealdad... Lejano, a su izquierda, el Alcázar —palacio inabarcable de cuento de hadas—: torres estilizadas, de tinte ambarino, terminadas en esos tejadillos cónicos de pizarra negra —tan espigados—... Unos contrastes que le llamaron la atención el primer día que lo visitó, una semana después de llegar a ese lugar que sentía como propio sin haber viajado nunca antes allí. Ahora, mientras sus dedos se

deslizaban bailando en el aire, Tetiana creaba siluetas cilíndricas y cúbicas que conformaban un todo armonioso. Sí, parecía la imagen de un barco surcando un río... Pensó en su Dniro, con sus puentes, sus islas, sus parques...

—No, ¡¡ahora no!!

Cerró los ojos con fuerza para no distraerse y volvió a bosquejar su ensoñación...

Sí, dejaría que la luz entrara por ese mismo lado, opacando los reflejos en las zonas de sombra. El cielo sobre las almenas, interrumpido con nubes rojizas y malvas; en cambio, las lacerías de las paredes y ventanas, meras manchas de pincel. Esa parte había quedado elegante y armoniosa.

Se giró muy despacio y repasó mentalmente el encaje de los elementos que vendrían ahora. Sin pausa, comenzó con retoques extensos a base de espátula repleta de masilla acrílica sin diluir, para proporcionar volumen, como le gustaba hacer a ella. Era la técnica más adecuada para representar la Catedral —«Seguro que sí», se convenció—, el edificio que cerraría el otro extremo. Por supuesto, remarcaría el contraste de alturas entre el campanario y la cúpula; destacaría las texturas escultóricas de los pináculos y los arbotantes; mostraría su forma arquitectónica respetando la perfección de sus proporciones... El color, a base de tonalidades acuosas de ocre —de más claro a más oscuro— para resaltar el ocaso. Rodearía el templo de casas idealizadas, ficticias, con entramados de madera azabache, figuras geométricas perfectas, patios con columnas dóricas y fuentes caprichosas... Entre ambos monumentos, la puerta de San Andrés y la muralla, su rincón preferido de esa ciudad que amaba desde siempre, rodeado de verdor y árboles en esa primavera de soledad.

Sí, había belleza.

«Es muy hermoso, Tania, mi vida», parecía escuchar a su madre. Con los ojos entreabriéndose, miró su obra. Pasó la mano para sentir la textura imaginada; luego añadió un rosal junto al caserío para equilibrar los colores. Le gustó el resultado.

Sonrió.

Se preguntó cómo había acabado allí. Los refugiados no eligen su destino; sin embargo, ella, desde un principio, quiso ir a Segovia. Desconoce la razón, aunque sabe que acertó. Está segura.

Miró al cielo y lanzó un beso.

II

Sería el último día que Betsabé pudiera visitar el campo-santo, aunque no era consciente de lo que eso pudiera significar. Todavía quedaban algunas semanas para que finalizara la primavera, mas su padre le había dicho que partirían de la villa el próximo amanecer. Le resultó extraño porque los viajes largos los hacían a comienzos del verano.

—¿Cuándo retornaremos? —preguntó risueña.

—Nunca. —A su padre se le humedecieron los ojos. «Se le habrá metido alguna mota de polvo... Él es muy fuerte. Incluso cuando mamá murió de fiebres, tres lunas atrás, no lloró», meditó. Solo recuerda que, durante el funeral, la protegía con sus abrazos—. Ve a despedirte de madre. Ya sabes dónde descansa. Que te acompañen Lía y sus sobrinos.

Mientras esperaba junto al hogar prendido, se sentó en su banqueta preferida —una que tenía el respaldo de color rojo— y comenzó a garabatear con un carboncillo sobre una tabla de madera pulida. Ahora no tenía a su madre junto a ella, animándola a continuar:

—Pinta lo que más te guste, hija. Seguro que será precioso
—afirmaba siempre.

Antes de comenzar el crepúsculo, Betsabé corretea entre las tumbas y saluda sin parar a muchos vecinos. Casi todos tienen rostros muy tristes y se mueven deprisa; ni siquiera sus amigas disponen de tiempo para sentarse a charlar en la fuentecilla, como hacían siempre que se encontraban en la colina. Sospecha que también a ellas les molesta que no pare de reír mientras juega sin descanso persiguiendo a las ardillas y silbando a los pájaros... Acaba de dejar unas piedrecillas recogidas por el camino en la lápida del sepulcro familiar y se dirige a un claro umbroso donde en ese momento no se halla nadie. Aunque no había prestado mucha atención al Kadish, está segura de que a mamá y a los abuelos no les importará; después, en casa, les honrará de corazón. Ellos querrían verla feliz. Al menos, eso es lo que le dice siempre papá... «Pero, ¿por qué ha contestado antes que nunca...? Le preguntaré más tarde. No lo entiendo», medita, preocupada.

Al rato, se apoyó en una raíz musgosa y retorcida de un pino esbelto, cuya copa dejaba pasar una luz suave. Aspiró el aroma de la resina recién extraída y miró hacia la parte preferida de su pequeño mundo. Frente a ella se alzaba la aljama, donde se encontraba la morada que levantaron sus antepasados cuando llegaron a Segovia huyendo de una matanza remota de la que nadie quería acordarse ya... Conocía de memoria la ciudadela judía: a un lado, la muralla con la puerta de San Andrés, frente a la ventana de su habitación; en el otro, la antigua sinagoga mayor —tan bella desde allí arriba— a la cual sus abuelos ya no pudieron asistir porque, cuando ellos nacieron, ya era cristiana... Alrededor de ese viejo templo, las viviendas de sus allegados —entretrejidas de adobe y madera de sabina—, los patios de los rabinos, la mansión del almojarife Senneor —el hebreo más importante de Castilla—,

los asnos con alforjas llenas de hogazas de pan recién horneado... Se fijaba en cada mínimo detalle para dibujarlo después. En esos momentos, era feliz.

—Lía, ¿por qué lloras? —preguntó a su aya, que llevaba tiempo sentada a su lado.

—Nos expulsan, mi vida. Mañana partimos.

—¿Adónde? —El estómago le dio un vuelco.

—Adonai nos guiará hacia oriente. Cruzaremos el mar, lejos de Sefarad...

—¿Qué pasará con nuestro hogar? ¿Quién cuidará a mi mamá...? —Le tembló la voz. Se levantó bruscamente y retrepó al árbol, ciñendo su tronco hendido de símbolos, sin dejar de contemplar la ciudad. No quería apartar sus ojos de aquel paisaje que se iba difuminando en la distancia, intuyendo —ahora sí— que quizá lo hiciera por última vez. Sentada sobre un nudo de ese pino protector, posaba su mirada con ansiedad sobre el puente que cruzaba el barranco, perennemente verde como si fuera la ribera de un río encantado; observaba con detenimiento las calles abigarradas —donde vivían todos aquellos a quien amaba—, el mercado, las plazuelas... En lo alto, el cielo azul, protector.

Siempre disfrutaba dejando pasar las horas, al atardecer, escrutándolo todo hasta que las primeras estrellas aparecían por el horizonte... Hoy, sin embargo, sentía la necesidad de no abandonar aquel lugar. «¿Acaso será verdad que no regresaremos?», musitó para sí.

De su faltriquera sacó la navajilla que usaba para cortar fruta. Ignoró las protestas de Lía y se entretuvo saizando la arrugada corteza y alisando el cuadrado que había elaborado. En ese

pequeño hueco, talló la figura de la menorah familiar. Cuando terminó, besó al árbol y recubrió con pinaza las lágrimas de resina que brotaban del candelabro.

—Perdóname, pero así te reconoceré cuando vuelva a encontrarme contigo —dijo, con una leve sonrisa en la boca, mientras acariciaba con suavidad los contornos de la figura que acababa de labrar.

Los últimos estertores del sol inundaban el palacio real —a poniente— e iluminaban tenuemente la seo, que reflejaba esa luz —en torno suyo— por toda la judería. Distantes, apenas vislumbrados entre la bruma caliginosa que precedía a la noche, los arcos de los romanos, altos, esbeltos...

No, no podía ser cierto que nunca más volviera a ver su Segovia.

III

Tetiana se levantó. Tenía que recoger a sus hijos y se había demorado más de la cuenta. Antes de marchar, se abrazó al pino que le había cobijado tanto tiempo allí. Desprendía una fragancia resinosa mágica... Al separarse, distinguió una pequeña menorah grabada en su tronco rugoso. Sintió un escalofrío.

Lloró de alegría.

Cuando pudiera enviarle un wasap a Serhii le contaría que era como si conociera de siempre ese lugar. Sí, había regresado a casa. «Aquí te esperaré, cariño», musitó. Besó al viejo árbol. Había decidido que empezaría a pintar de nuevo. Esa misma tarde compraría pinceles, espátulas, papel, lienzos y una buena cantidad de acrílico —«¡Ah!, y una silla roja», se le ocurrió de repente al llegar a los escalones que le conducían a la carretera—. Esta vez, plasmaría el cuadro que acababa de imaginar en su cabeza. Y luego, cuando finalizara ese trabajo, añadiría

—a modo de díptico— una segunda tela para completar la vista, hasta el acueducto. «Siento como que le faltase algo si no lo hago así», reflexionó. Por supuesto, antes tendría que subir de nuevo al cementerio para impregnarse de esa parte de la ciudad. Entonces, sí: la obra que rondaba por su cabeza quedaría definitivamente terminada.

Mientras saludaba —agitando los brazos— a las amigas que habían venido a recogerla y que esperaban inquietas junto al coche, sonreía como cuando su madre la abrazaba y besaba al mostrarle ella cualquiera de sus cuadros.

No. A pesar de todo, no se había rendido.

IV

—No llores, mi vida. —Betsabé miraba a su hija—. Al fin podré descansar. —Tosió—. Y veré mi casa, pasearé por mi aljama, rezaré en mi sinagoga... Ana, déjame partir —suplicó.

El aire soplaba frío aquel invierno en Estambul y las nieves caían inmisericordes en las casas del barrio sefardí. Ana acariciaba con ternura el rostro de su madre. Cuando Betsabé dejó de respirar, Ana le cerró los ojos y asió con suavidad sus manos inertes.

—Madre, nuestro linaje retornará al hogar del que te des-
terraron y sus hijos volverán a

hollar los caminos que te vieron partir. Las lágrimas de todos ellos te honrarán. ¡¡Lo juro!!

LOS GUIJARROS EN LA ORILLA

EMILIO VIEITES AGUIAR

Murcia (Murcia, España)



Los guijarros en la orilla no necesitan partitura, día y noche se dejan mecer con un sonsonete crujiente que acaba puliendo sus aristas redondeadas. Los encontré de todas las formas y colores, algunos tan exóticos que no sabría ponerles nombre. Me desollaba la mano recobrando la piedra más bonita o la más extraña. Todo aquello tenía el valor que uno quisiera darle, ni más, ni menos. En los gélidos meses de invierno me gustaba recorrer el largo de la playa donde no hay dueño ni sombra que te ampare, más que una soledad brumosa que lo aleja todo hasta la cordura. Allí escribí mis mejores poemas, aquellos que mostraron con asombro el camino de los soñadores que no tienen por qué retratarse del todo.

Después de tantos años decidí regresar a Bloody Foreland, al norte del condado de Donegal, en Irlanda. Una imagen de mí mismo difuminada en un espejo del aeropuerto regional de Derry me pareció demasiado cruel. Regresar a mi tierra era también una manera de aferrarse a algo o a alguien cuando los médicos insistían una y otra vez en mostrarme una escueta radiografía de mi cabeza con tres manchas. —¿Las ve usted, Mr. Harry? —Sí, las veo—. Nunca confié del todo en su criterio, algo

que me enseñó un buen hombre, obstinado en permitir que la naturaleza siguiese su curso. Aquel anciano se llamaba Brendan Farrell, era mi abuelo, y lo recuerdo como la persona más sabia del mundo. Tenía esa impronta majestuosa que un nieto adep- to y devoto asumía con amor en el sentido más universal del término. No hay nada como saberse querido y amparado en la misma medida; él fue también todo lo demás, a falta de entender lo que es tener padre y madre.

Destacaba por su extrema delgadez y una enorme estatura a los ojos de un niño. Su barba larga y gris repleta de nudos y oquedades se rozaba sobre mi cabeza y una voz quebrada de tanto whisky Jameson resonaba en todo mi cuerpo como un tambor bodhrán. Maestro de la escuela Enmeriland, me dejaba perplejo cuando describía con todo detalle cada una de aquellas piedras que a mi tanto me gustaban. Otras muchas eran simples cristales de vidrio que el mar con los años había pulido. Aún conservo en mi casa de Mitcham un libro de Richard LaMotte, autor de “Pure Sea Glassy”, cuya colección de más de tres mil piezas me tenía fascinado por su belleza. Sin ser diamantes ni rubíes mantenían la definición literal de piedras preciosas.

Nadie sabe por qué somos adictos, ni siquiera nuestras obsesiones más profundas tienen porque ser coleccionables, a veces nos dejamos llevar sin necesidad de cargar con nada, o atesorar en un rincón como cuervos el botín de toda una vida. ¡Eso no nos hace mejores, ni peores! Me recordaba a mí mismo, mientras las últimas horas de sol me sorprendían hablando solo como hacen los orates, contemplando en silencio el horizonte de un océano que no tiene piedad más que con sus náufragos.

Una buena amiga me enseñó lo importante que es tener un altar para venerar a los tuyos, un pequeño rincón de tu casa donde uno decide quién forma parte de tu vida o de tu muerte.

La verdad es que nadie vuelve, ni siquiera para decirnos adiós. Las ausencias forman parte de la existencia, la nuestra será también la de los otros, y no es extraño que mecidos con ese vaivén de los acontecimientos nos transformemos como las estaciones en una sinfonía asonante que aflore nuestros monstruos. A veces, sin saber por qué, somos también fuente de una luz primera que nos hace renacer como niños, sin importar quién vive o quién muere.

En el letargo con el que envejecemos hay una belleza cruel que dicta la ley de los renacidos, de todos aquellos que trazan nuevas huellas sin saber si con ellos el mundo que conocemos será mejor, o dejarán sin remedio un páramo de horror y sufrimiento. Klara Polzl meció con todo el amor del mundo a un bebé que desató la barbarie del Holocausto, arrastrando a la humanidad al borde del abismo. Los pecados de nuestros hijos se viven en un tiempo que no nos pertenece, también los de los padres que no dejan de ser los otros, por mucho que sepamos sus nombres.

Mi abuelo asumía su soledad esquivando el umbral de la locura que abandonan las preguntas sin respuestas. Anna, su mujer -mi abuela- se fue sola y en silencio, intubada en la quinta planta del hospital Causeway con el soniquete agónico de un respirador. Él no pudo despedirse, ni siquiera cuando recordaba las veces que lo hicieron sin necesidad de hablar, con esa mirada firme que deja la vida repleta a borbotones. La despedida está atestada de todo, hay una melancolía amarga que muestra el tiempo sin medida, sin una palabra cierta que te deje satisfecho. Nos olvidamos, nos perdonamos, otorgamos una última concesión a la dignidad con la esperanza de ser más leales con nosotros mismos. La vida me había dado cierto desahogo como para sentirme de nuevo incómodo en un lugar que había distanciado de mi mente. Aferrarme a un pasado que ya no me pertenecía, me dejaba balanceándome vertiginosamente entre

el cielo y la tierra de los desterrados, donde nada es como lo recordamos. Los pasos que una da te retratan, también aquello que eres capaz de asir con firmeza. A veces iluminamos con los gestos, con una generosidad piadosa y desmedida. Aquella mujer me dejó amando sus defectos transformando mi juicio en una dulce caricia repleta de amor. ¡Aún la echo de menos!

La casa estaba vacía, no me atreví a dejar la maleta de piel Windsor en el suelo, lleno de polvo y con un intenso olor a humedad. Necesitaba respirar profundamente para atravesar con dos pasos la vieja puerta de nogal que ya no recordaba de la misma forma y color. Conté los segundos mientras giraba la llave oxidada con un soniquete rasgado de metal. El ruido del mar azotaba la orilla en la distancia y me dejé mecer con una última ola, abalanzando el peso del cuerpo sobre la entrada para abrirla por completo. Los caminos desaparecen cuando uno se olvida de caminar y aquel umbral lo tenía todo para perderse. La vieja pipa de madera de brezo fue lo primero que vi al entrar, el tabaco Peterson que tanto fumaba mi abuelo esparcido sobre la mesa formaba una hilera de hebras en zigzag.

Retorcía la mirada afrontando un naufragio que trazaba sutilmente cada rincón desnudo y polvoriento. Ni siquiera escuché el portazo de la puerta, el levante de invierno se apaciguaba con el atardecer y aquellos últimos destellos de luz me dejaron en silencio en medio de todo como un recién nacido que no sabe a dónde mirar.

La casa ya no parecía un hogar, avancé por el vestíbulo y me vi reflejado en el espejo roto del fondo de la sala que mi abuela Anna dejara a medio colgar. Se obstinaba en restaurar el marco victoriano de 1890 que su abuela Margaret le había dejado en herencia, demasiado carcomido como para tener esperanza. Pero aquello a quién le importa cuando otorgamos el valor a las piedras, a las reliquias y a los abrazos olvidando todo lo demás.

Después de tantas horas me desvanecí sobre el viejo sillón beige arrumbado en una esquina del salón. Mi viaje desde Londres no fue tan sencillo. Llegar a una tierra perdida como Horn Head en la costa más abrupta de Irlanda, rodeado de acantilados, colinas y remansos de caminos imposibles me dejó baldado, con la espalda retorcida y el aliento disminuido; demasiado para un hombre que arrastraba como una sombra gris un traje Mr. Porter de pana más propio del barrio londinense de Kensington. Los latidos de mi corazón tenían la verdad auspiciada por una intuición que recorría con esperanza un recuerdo, apenas perceptible, mientras los pocos habitantes que allí quedaban me miraban atónitos mientras ascendía lentamente la colina por el camino de Maryland para llegar a la casa de mi abuelo. Apenas se veían unos pocos senderistas domingueros y unas ruinas que coronaban el promontorio de Honest Brake.

Hay que ser muy despiadado y abandonarlo todo sin decir adiós o quizás sentir que las palabras no son suficientes, ni siquiera para consolarnos en la despedida. Los encuentros son siempre fugaces, por muy intensos y maravillosos que uno crea. Mis amigos me obsequiaron con una mueca de desaprobación la decisión que uno toma para no volverse loco. No había tiempo que perder y el estudio de pintura de la calle Bristol tenía un cartel de venta, como si eso ya importase mucho. Parecía imposible encontrar ahora un recodo en el papel donde escribir versos que no se hayan dicho, que aticen al hambre con asombro, con la insensatez necesaria para crear un nuevo horizonte de libertad recuperando la rebeldía de antaño.

Ya no echo de menos a nadie, aunque no sea cierto, aunque sea por estar contigo una vez más. Los niños abren sus manos sin preguntar, y yo abrí las mías mecido por un viento de levante mientras la cólera se desvanecía en mi interior, sin esperar nada que fuese familiar, ni siquiera la vieja casa construida al final de la primera guerra mundial.

La piedra que siempre llevaba conmigo, un ónix verde azulado, fue un regalo por mi octavo cumpleaños. La trajo mi abuelo de la isla japonesa de Okinawa. Ahora me aferraba a ella con los puños apretados, desvelando un camino repleto de silencios, como fotos antiguas que nadie recuerda. Aquella imagen de mis abuelos sobre la repisa de la chimenea tenía también un sabor amargo que solo entienden los que lo han perdido todo.

Me dejé llevar por una carta un poco amarillenta que descubrí sobre la mesilla del escritorio, donde mi abuelo repasaba los exámenes de sus alumnos. Fueron los hijos que tanto echó de menos, los que partieron sin avisar, unos por accidente y otros por enfermedad, con lo alienante que es ser sepulturero de tu propia descendencia. Y no deja de ser perturbador seguir viendo esa imagen reflejada en mi rostro, recordando

miradas y gestos que él reconocía. Mi abuela Anna se sentaba sobre la cama y me susurraba dulcemente al oído cada mañana abrazándome de un modo distinto, como si ese abrazo no fuese solo para mí.

En aquella habitación mis dibujos seguían pegados a la pared y los zapatos negros de cordones que tanto usaba de camino a la escuela, tenían los pasos de un niño que apenas puedo recordar. Me recosté en mi cama de entonces y cerré los ojos con la complacencia de sentirse aliviado sin saber por qué. En la mañana, la luz emergía atravesando la cortina con un haz de polvo que seducía sin necesidad de adornos. Me desperté a medias, y un sonsonete de mar cercano se desvelaba con un tañido de campanas en el infinito. La naturaleza desplegaba sin tapujos su poder y no había nada en mis frágiles huesos que no vibrase al son de una orquesta primigenia capaz de devorarlo todo. Aterrado con el frío polar de aquellas primeras horas, el mar azotaba

con fuerza sobre los acantilados y un viento gélido no cesaba de hostigarme por el filo de la puerta mientras apretaba mis manos huesudas para incorporarme.

Los páramos verdes se deslizan suavemente embriagados por la bruma del amanecer, la casa de mi abuelo estaba descolorida en todo su perímetro y la valla de madera que circundaba la vivienda dejaba en el suelo un resto de esquiras y mugre que me recordaba de muchas maneras al arte brut del artista francés Jean Fautrier. En realidad uno ve lo que desea, lo que echa de menos, por cosas tan imposibles como evocar la juventud cuando se ha perdido sin remedio. Aquella niña de cinco años me observó atentamente mientras jugaba con sus minúsculas manos, despidiéndose de mí con una sonrisa refulgente que no esperaba. Se desvanece en la distancia, sin saber, que ya no volveré a verla de la misma forma, desprovista de todo el peso de una existencia que nos empeñamos en enarbolar con el ceño fruncido. Me senté por unos instantes en la vieja mecedora de mi abuelo, sin dejarme llevar por la nostalgia, asumiendo el final o el principio de una vida, mientras el universo se expandía lentamente desde los acantilados de Moher hasta el infinito horizonte que el océano dibujaba como una línea verde azulada. Y ahora que atisbo a comprender la belleza postrada en el escondrijo, surgen las primeras luces de una realidad que observa mi insistencia por inundarlo todo, como un perro famélico que abusa de su ingesta.

El pequeño brote había crecido fuera de su tiempo, no era la flor edelweiss, ni siquiera podía darle nombre cuando el frío y la intemperie dejaba la vida en un impasse, lejos de la primavera, donde todo se desborda. En un viejo macetero junto a la entrada había resuelto la simiente revelar una imagen austera-mente bella, un último aliento de vida más allá de los confines del universo. La claridad con la que se dejaba mostrar, exigua y desamparada la hacía ser inmensamente grande a mis ojos.

Con el ruido mordaz que da la necesidad inagotable de llenarlo todo, los instantes se congelan con las manecillas de un reloj que marca el tic tac de una manera distinta, sin apenas abalorios estrepitosos que lo contaminen.

Y en esta hora en la que todo parece desvanecerse, siento mis pies desnudos sobre el suelo yermo de una tierra que me vio nacer. Con la certeza de estar allí y ahora, con la memoria renacida, pronunciando una palabra amable que deje mi sombra en la distancia como un último canto para los que han perdido la cordura por amor, sin saber siquiera su nombre, ni el nombre de todos aquellos seres que nunca conoceré del todo y que respeto con toda mi alma.

LOS RESISTENTES

MARÍA GÓMEZ-GÓMEZ
Mazaricos (La Coruña, España)



Thoreau decía que para poder pensar necesitas caminar. Y yo, que ni soy Thoreau ni sé nada de filosofía, lo suscribo. ¿Acaso lo hago? Poco. Por eso cuando camino, pienso mucho. Y cuando tomo el camino del río, pienso más. ¿Por qué el del río? No sé, puede ser porque veo que corre libre, que desafía a los peligros y sigue su vida.

Esta vez he venido por el camino largo, el que tiene varias cuestras que cuestan lo suyo subir. Eso es ahora, que ya soy una boomer de ésas, o una señora, vaya. Hace dos días conseguí que me respetaran en la cola de la carnicería y ahora ya soy una señora. Ayer era una chica y hoy soy mayor. Y tengo un pasado y a veces quisiera no haberlo tenido. Por eso vengo al río. A ver si me da la imagen que merezco. Por el camino me detengo en todos los detalles nimios que sólo yo encuentro fascinantes. Una flor malva, o lila, no sé diferenciar los colores. Una mariposa azul, no, es una libélula. Qué hermosura. Estará volando conmigo para hacerme compañía. Paso por la casa que tiene un perro. Es un retriever precioso, ya es un poco mayor, como yo, pero mantiene esa belleza tranquila y ese pelazo retrieveriano. Pobrecito, está sólo y me trae una pelota de tenis, ya vieja también. Nadie le

hace caso a este retriever, ya no es un precioso cachorrito ni un chico juguetón. Creo que están esperando ver su cuerpo un día y deshacerse de él, no sin rezongar ante el precio de enterrarlo. Pero él sigue ahí, bien hecho.

Recuérdale a tus dueños que una vez ellos se aprovecharon de tu alegría para ser más felices, recuérdales que gracias a ti tuvieron momentos de felicidad completa. Sigo mi camino.

Veo gente, pero poca. Ahora aquí casi no hay personas, hay muchas más vacas que seres humanos. Y las vacas están encerradas, controladas, aunque ahora se dice monitorizadas. Todas llevan un podómetro para saber por qué no producen. Menos mal que nunca conocieron la libertad, seguramente por eso lo soportan.

Llego a la gasolinera. Cruzo y entro en el camposanto. Me gusta este lugar. Mucha piedra y un enorme roble, aquí lo llamamos carballo. Es impresionante. Cubre parte del tejado de la capilla. Antes de entrar me paro a leer

los nombres en las tumbas de mis antepasados. Siempre me ha molestado que dos hermanos tengan escritos los apellidos de forma diferente. Uno con b y otro con v. De todos modos, como el mármol es blanco y tiene tanta tierra por encima, ya casi no se distinguen los apellidos. Me sirve para entrenar la paciencia ante detalles nimios, que a nadie le importan. Me repito.

Atravieso el camposanto hasta el cementerio moderno. Aquí ya no hay mármol blanco en el suelo, sino filas de panteones con sus correspondientes nichos. Veo el nuestro. Mi bisabuelo, mi abuela, mi tío abuelo, mi padre. Y el que me está esperando. Espero.

Enfrente se encuentra el nicho de la vergüenza. El nicho que no es católico, porque él no quiso. Él consiguió que el nicho de su primo fuese civil, en un cementerio católico. Y lo consiguió porque el cura no quiso discutir, porque no quiso líos, porque le tuvo

miedo. Él es peligroso, malo y la gente tiene miedo de enfrentarse a él. Yo lo hice, porque no me quedó más remedio. Sólo cuando ya me había amenazado tres veces y sólo cuando en esa amenaza incluyó a mi madre. Entonces ya no pude quedarme paralizada como antes, entonces cogí el coche y fui a denunciarlo a la guardia civil. Y lo haría siempre, porque nadie amenaza a mi madre y bueno, porque tampoco yo merezco ser amenazada. Lo que siguió fue una pesadilla de la que ya he despertado, una pesadilla que me llevó a entender que hay mujeres que no ayudan a otras mujeres, que según quién sea el agresor, se justifica o no, y que nunca debemos aceptar que alguien nos amenace.

Recuerdo aquel momento como si fuera hoy. Recuerdo el pasillo de mi casa, oscuro, recuerdo abrirse la luz, un silencio abrumador cuando me di la vuelta y vi su sonrisa. Hoy intuyo que había planeado meterme en un problema, imagino que había planeado convencerme para que yo aceptara su traición. Como él mismo solía decir, se fue a la cama pensando en un problema y cuando se levantó, ya tenía la solución.

La solución era acosarme para que por miedo, otra vez por miedo, yo aceptara por escrito. Pero esta vez conseguí negarme. Por primera vez desde que nos conocimos, conseguí decir que no.

Cuando se dio cuenta de que yo no iba a ceder, cambió el tono de voz, y se convirtió en el mismo de siempre.

Bajaba la voz para disfrazar su desprecio, su odio. Rechinaba los dientes para obligarme, acostumbrado como estaba a que yo cediera.

Reaccioné saliendo de la casa. Fuera me sentía más segura, si algo me pasaba quizás alguien podría oírlo, y al menos podría correr. Le repetí que no tenía nada que decirle, y él, desde el pasillo, me hacía señas para que entrara. Yo no quería por nada del mundo encontrarme tan cerca que me pudiera agarrar. Me

mantuve lejos y calculaba cuánto me llevaría llegar a la verja de la finca. Cuando dejamos de gritar, él se fue, pero antes me explicó que yo iba a sufrir y mi madre también. Le pregunté qué significaba eso, y por un segundo le ví disfrutar. Me había dado donde me dolía, él sabía que era mi punto débil. Pero también era consciente de que había cometido un error, no tenía que haberme amenazado tan claramente. Ví que dudaba entre seguir disfrutando de la amenaza o marcharse. Y si esta vez yo actuaba.

De algún lugar me salieron las ganas de hablar, la necesidad de pedir ayuda, y sobre todo, el impulso de proteger a mi madre.

Le pregunté al guardia civil si estaba haciendo bien. Quién sabe, igual había sido una equivocación. Igual yo me tenía que tranquilizar, pensar que él no creía lo que estaba diciendo. No, me dijo, que luego pasan cosas y las lamentamos. Tiene razón. Y si esta vez va en serio. Y esta vez tiene un plan para hacer daño a mi madre. No lo puedo consentir. A mí, lo que quiera, pero a ella no.

A los dos días me llamaron para ir a declarar. Me encontré subiendo las escaleras de un juzgado de pueblo, con gente amontonada en las escaleras. Entre ellos, estaba él. Me increpó. Yo ni lo miré. Le tenía tanto miedo. Fue todo una pesadilla. Recuerdo contestar a las preguntas de la jueza, que me pareció seca e incluso desagradable. Pero yo sólo contaba lo que había vivido, no había suposiciones, no había imaginaciones. Conté lo que pasó.

La abogada de oficio me contó la versión de él. Que si yo era una mentirosa, que me lo había inventado, que yo le había abierto la puerta. No contó que me había espiado para saber cuando dejaba la verja abierta, no contó que aprovechó entonces para subir por la finca, abrir la puerta del jardín y entrar. Nadie sabía, claro, que esa casa tiene dos puertas. Me decían que yo era una loca por dejar la puerta abierta, pero no estaba abierta, la puerta de la calle no estaba abierta. Él entró por la otra, por la que sólo unos pocos conocen,

por la que se pasa desapercibido. Así fue siempre nuestra relación. Me hacía pensar en una realidad, pero la verdadera era otra. Sólo era sincero cuando me pedía tener un hijo.

Y luego dijo muchas más cosas. Que si yo no era más que una compañera de viajes, que apenas nos veíamos de vez en cuando. Y cuando me quisieron persuadir para que yo confirmara eso de las relaciones casuales dije que no. Que soy una mujer independiente, idiota, crédula, ingenua, pero independiente y que entiendo muy bien la diferencia entre tener relaciones con alguien y tener una relación con alguien.

Hubo un segundo juicio. Su abogado quiso comprarme. Que ponga él su precio, respondí. A esas alturas ya no tenía mucho más que decir. La noche anterior deseé desaparecer y dejar de sufrir. Pero recordé a mi madre. No merece que la deje sola. Y seguí.

Y ahora aquí estoy. Viendo esa losa blanca que cubre la tumba de su primo. Leyendo esas palabras de cariño en el mármol. Y sé que lo he superado. Más o menos. La herida siempre va a estar ahí. Curada, pero con una marca en la piel. A veces, escuece.


Sigo caminando. Noto el corazón acelerado, un poco. Sé que si camino un rato más, irá parando. Así es. Mi éxito ha sido ése. Saber que puedo. Tener confianza en el caminar. Todavía tengo que llegar al río. Atravieso una finca grande, llego al cruce de caminos, a lo lejos se oye la corriente. Ha llovido mucho, el río va lleno. El río que me acalma. Me apoyo en un árbol y recuerdo las llamadas de mi padre: nena, estoy en el río y hay un pato salvaje.

No se lo digas a nadie, no vaya a ser que lo maten. No te preocupes, papá, que siga siendo libre.

MALA MUERTE

RAÚL GUERRERO PAYO

Valverde del Fresno (Cáceres, España)



Tres golpes fuertes como campanas intempestivas hicieron que Pedro Bayo alzase la vista del periódico. Su esposa dejó de pelar patatas y lo miró fijamente. Él negó con la cabeza y regresó al periódico. Ella chistó; Pedro volvió a negar, esta vez sin levantar la cabeza. La madera dobló de nuevo.

—Estarán en el campo —oyeron ambos tras la puerta—.
Vámonos.

Antes de que su esposa pudiera abrir, Pedro había huido de la cocina.

—¡Pedro! ¿Dónde andas? ¡Pedro! —gritaba su esposa.
—¡Coge los bártulos!

Encontró a su marido sentado en el corral acariciando al gato negro.

—No voy a ir —dijo Pedro muy serio.

—Con lo bien que te van a pagar, hombre —replicó ella.

—Prefiero cargar alpacas con mi hermano.

—¡Anda!

—¡Que ese hombre no es como el porquero, mujer! ¿Tú no sabes que él y su hermano...?

—Lo sabe todo el pueblo —interrumpió ella—. Vas, haces lo tuyo y vuelves. No tienes que hacerte amigo de nadie. Vas, haces lo tuyo, te pagan y vuelves.

Pedro agachó la mirada. La mancha oscura en su regazo parecía invisible.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Pedro.

—Que ibas en un rato —respondió su esposa.

Pedro chistó. Puso al gato en el suelo y se levantó:

—¡Qué vida esta, Señor!

—La que nos ha tocado —sentenció ella.

Pedro guardó con parsimonia los útiles en un morral gastado que su esposa había confeccionado a base de retales. El gato negro frotaba su lomo contra la pierna de Pedro.

De vez en cuando lanzaba un maullido para recordarles que seguía allí. Antes de cruzar la puerta, Pedro remoloneó.

—Échale algo al pobre —dijo, como podía haber dicho cualquier cosa sin sentido.

—Lo que hacía falta, pasar hambre por el gato. ¡Que cace ratones! —dijo ella.

—¿Tú no comiste ratones? —bromeó él.

—Y pájaros, y culebras, y lagartos, y perros... Mi madre, una vez... —pero descubrió la estrategia—. Pedro: coge las llaves y vete. ¡Arrea!

Y siguiendo el dedo que señalaba la puerta, Pedro salió.

Las calles parecían más largas y pesadas de lo habitual, como si una fuerza poderosa hincase a Pedro al suelo. En su empeño por demorar el final, Pedro se detuvo a contemplar diferentes lugares del trayecto. Observó los impactos en la fachada del ayuntamiento y un águila, como la que nos robó el conejo hace años, pensó Pedro. La anécdota era divertida, sin duda, pero aquel día pasaron hambre. ¿Su gato podría matar a un águila? Imaginó una batalla encarnizada entre felino y ave. Cuando quiso resolver el final estaba frente al portón. La aldaba, conformada por una mano suspendida sobre el escudo familiar, permanecía fría y compacta. Golpeó tres veces. Una criada severa y mayor con los ojos enrojecidos arrastró la madera oscura. La vivienda guardaba un silencio inmóvil que dolía imaginar roto. Esto preocupó a Pedro, que ajustó el morral a su hombro. Solo unos lamentos plañideros lejanos, como esteriores de piedra, rompían con esfuerzo la quietud impuesta. Un dedo estricto señaló la puerta más lejana. Pedro avanzó solo. Ella, sombreada y rígida, vigiló sus pasos.

Pedro golpeó la puerta suavemente tres o cuatro veces. Una voz masculina permitió la entrada. A Pedro no le espantó en absoluto la escena: había normalizado tanto la muerte que a veces lo terrorífico era tomar conciencia de la propia vida. A Pedro lo que le preocupaba era su cometido en esta Muerte: una muerte verdadera y oficial.

Sin deshacerse del morral rodeó la cama ofreciendo su luto. Ellas estaban sentadas, vestían de negro y lloraban como si quisieran ahogarse. Él portaba un brazaletes negro y leía la prensa.

Pedro colocó meticulosamente las herramientas en una mesita improvisada. Una mirada del hermano impidió que Pedro dejase el morral sobre la cama. De nuevo, colocó cada herramienta escrupulosamente, intentando postergar la muerte. El hermano acechaba tras el periódico; a veces resoplaba como insistiendo

oxígeno. Un golpe de lágrimas de la hermana menor espabiló a Pedro, que por fin examinó al difunto. El rostro era grueso, pero la tez estaba fría y rígida, como lo estaría cualquier tez en tales condiciones. El vello había tomado su rostro rápidamente, como hubiera sucedido en otro varón en circunstancias similares. Su mortaja, sin embargo, no cualquiera podía permitírsela. Así como la mueca, torcida y rota, idéntica a la del cadáver acribillado que Pedro encontró años atrás en el campo. Debe de tener mi edad, pensó, aunque parece más joven.

—Hay que sentarlo —pidió Pedro sin saber a quién dirigirse—. Será lo mejor.

Una hermana salió del cuarto. Al cabo, regresó con dos criados que elevaron el cuerpo, utilizando almohadas para mantenerlo erguido frente al cabecero exagerado. El hermano continuó tras la prensa.

—Necesito un tazón —dijo Pedro—. Para la espuma —añadió—.

El hermano se asomó tras el periódico. Pedro agachó la mirada. Otra hermana salió. Regresó junto a una criada que proporcionó a Pedro un tazón descascarillado. Sirviéndose del agua de la jofaina, batió en el tazón una espuma seca para evitar goteos en la mortaja, ya que Pedro no se atrevió a pedir una toalla.

Aplicó la espuma sobre el rostro con cuidado, con más cuidado del que hubiese dedicado al porquero, por supuesto. Otra caída lastimera recordó a Pedro que las hermanas estaban allí. El hermano, como tratando de ocultar tanta angustia, asomó tras el periódico:

—Tu padre afeitaba a nuestro abuelo. ¿Dónde está?

—Falleció el 14 de agosto. Pronto se cumple un año —dijo Pedro.

—¿Cómo fue?

—Mi hermano lo encontró tirado sobre la guadaña. Estaba segando forraje para las bestias.

—Mala muerte. Dios lo guarde —y sin mayor ademán, ocultó su rostro.

—Solía ser él quien hacía estas cosas —justificó Pedro.

—Mala muerte. Dios lo guarde —repitió el hermano tras la prensa.

Pedro concedió un tímido gesto de agradecimiento; las hermanas asistieron su pesar con un llanto contenido y continuo.

Pedro se detuvo a considerar qué navaja sería la adecuada. No podía demorarse mucho: le observaban. Y no eran las miradas agónicas las que le intimidaban, sino una mirada tajante, oculta como algo súbito. Pedro eligió la navaja antigua, convenciéndose a sí mismo de que su padre la adquirió en un tiempo en que las cosas tenían más valor. Por el hambre que no has pasado, pensó mirando al muerto, y deslizó el filo catorce veces por el asentador. Fueron catorce deslizamientos dignos y oficiales entre cerámicas y mármol.

La navaja tronchaba el vello como si fuese pasto seco. Este hombre debe de estar en el infierno, pensó Pedro, su piel no se humedece. En condiciones normales, cualquier cliente estaría agonizando. Es un cliente especial, se dijo, esta gente no sabe sangrar.

Pedro ejecutó un segundo afeitado sin espuma. Cuando hubo terminado, pidió una toalla, que trajo la criada acompañada por la tercera hermana. Pedro secó el rostro del difunto con cuidado. Cuando hubo terminado, esperó, en silencio.

—Quédate el tazón y la toalla —dijo el hermano—. Y toma —entregó a Pedro tres pesetas. Vaciló un segundo, pero no, no sacó más billetes de la cartera.

Las hermanas se agolparon en torno a la cama.

—Qué guapo está —dijo una.

—¿Le corto el pelo? —preguntó Pedro.

—Se lo arregló anteayer para la misa de San Pablo —y la hermana regresó al llanto exigido.

Las tres lloraron un poco más y un poco más como símbolo de agradecimiento. Por su parte, el hermano concedió una mano fría y rígida. Pedro guardó toscamente sus herramientas, el tazón y la toalla en el morral, y otra criada le acompañó al portón.

En su camino, las casas proyectaron una sombra larga y torcida, como si alguien o algo arañase las puertas hasta agujerearlas para después embutir su brazo y arrancar la energía, o eso sintió Pedro, que desfiguraba su conciencia en puro hambre. Al llegar a casa, Pedro regresó al portón, como un alma en pena, esta vez a paso aún más lento. La navaja había agrandado un agujero en el morral por donde cayeron las llaves. Tras darse por vencido, Pedro esperó a su esposa en la puerta, profundamente cansado y acompañado del gato. Había enviado al cielo —o al infierno, quién sabe— a un hombre, pero él no podía ingresar en su casa. Mañana vamos al ayuntamiento a poner un bando, dijo su esposa, a ver si las encuentran. ¡Tienes la cabeza tonta!

A la mañana siguiente, tras volver del campo y afeitarse al veterinario, Pedro solicitó un bando y compró el periódico. Ojeó inmediatamente la primera plana y fue descendiendo:

*¡Ha muerto el teniente D. Pedro Dorado a los 33 años!
El fatal desenlace se produjo en su cortijo cuando un ave rapaz
espantó a su yegua y el animal arrojó al teniente del lomo...*

Toda España lamenta la pérdida...

El jefe del Estado expresa su más sentido pésame...

Su destacado papel en la Guerra...

Las puertas del panteón familiar se abrirán a las...

OMISIONES

LENNYS AURELINA PÉREZ DE PRADA

Trujillo (Trujillo, Venezuela)

-No voy a hablar de usted porque no vale la pena. Llévelo al calabozo.

Esas fueron las últimas palabras que escuché de mi madre antes de recibir aquella llamada que la hizo salir. Después de eso nunca más la vi.

Es raro, pero no recuerdo algo cariñoso que venga de ella. Acompañarla al trabajo era una rutina. Yo aún no empezaba la escuela. Era muy niña. Cuando se fue yo quedé sola, resguardada en la oficina, mientras mi tía terminaba de trabajar e iba por mí. Pero ella tampoco fue, recuerdo a un señor que dijo ser mi padre y me reclamó... era un coronel lo se porque en su hombro tenía muchas medallitas y los demás le hacían reverencias con cierta exageración que ahora que lo recuerdo bien resultaba empalagosa.

-Son todos unos gatos, dime papá. Me dijo al oído cuando salí. Me tomó en sus brazos y yo le dije incluso, hasta con un poco de ternura... papá... luego me refugié en él mientras salía de aquel lugar.

Por el camino no hablamos nada. ¿De qué podrían hablar dos perfectos extraños? Detuvo el auto en una zona desierta y allí... comenzó todo...

Lo miré con ojos tristes, pues no sabía que pasaba, pareció intuirlo... pues me dijo:

-Esta es la guerra, no oficial, claro, pero guerra al fin.

-Mi mamá...¿donde está mi mamá?

-Tu madre ha muerto. La mataron.

Es extraño pero no lloré. Me era imposible, ella era dura, fría, conmigo, parecía incapaz de dar amor...sin embargo y contraponiendo todas aquellas veces que yo hubiese preferido oír un cuento y no un “vete a la cama estoy cansada” antes de acostarme, siempre, me llevaba leche tibia y galletas. Quizás esa era su manera de dar amor.

Una vez en su oficina yo la pinté a ella grande encerrando a los malos y diciéndoles ¡Al calabozo! Sin piedad. Pues eso era lo que siempre escuchaba en su oficina. Es raro pero los pobres que allí llegaban parecían previamente condenados... como si hubiesen hecho algo muy malo...

Mi mamá, generalmente me dejaba sola en la oficina, de vez en cuando venían dos señoras... una vestida de enfermera la cual me amenazaba con inyectarme si me portaba mal... y la otra muy dulce quien me traía escondido en su uniforme hojas, lápices de colores y chocolates.

Una noche en mi casa... mi mamá se puso a curiosear entre la carpeta en donde yo tenía los dibujos y a cada uno los miraba sorprendida... pensé que diría “¡oh que lindos hija! toma un beso”... pero en cambio decía con mala gana: “Definitivamente uno no puede hacer nada delante de los niños... nos joden.”

Mamá siempre encontraba la manera de dejarme con alguien antes de ir a sus reuniones clandestinas. Lo se porque un día estaba en la sala pintando cuando repicó el teléfono del cuarto y ella corrió a contestarlo:

-Aló. ¿...Estas bien...?

-Si...si...si... yo la dejo y me pinto de colores... claro...claro... como siempre.

Al señor que dijo ser mi padre... tiempo después lo mataron. Recuerdo cuando me dijo:

-Ahora te bajarás y cursarás... te sentarás detrás de aquel árbol de allá, linda vendrán por ti.

Yo simplemente asentí. En verdad no comprendía lo que pasaba y por qué debía hacer esto o lo otro. Estaba sola mi única esperanza era mi abuela. Pero antes de llegar a ella pasé como por 20 casas cada una distinta a la otra fueron meses de drama... ni siquiera un amigo a quien decirle nada, no podía hablar con ellos, extraños todos además no me inspiraban la más mínima confianza y aún a pesar de que mi madre no estaba siempre la obedecía: "No hables con extraños"... "desconfía de los extraños"

Llegaron a pensar que era sorda. Pues ya delante de mi hablaban y conspiraban... yo solo dibujaba... y escuchaba... no tenía otra cosa más importante que hacer. A cada uno de ellos los pinté. En las casas donde estuve. Y siempre mi carpeta iba conmigo cerca abrazada para que nadie me la quitara.

Antes de dormir los dibujos los escondía debajo del colchón... y en otros sitios... claro, siempre, dejaba algunos en la carpeta para que ellos los miraran en la noche.

Un día estaba pintando en la sala. Cuando escucho que uno de ellos decía con preocupación:

-Ella ha pintado mucho, la carpeta tiene muy pocos, habrá que registrar donde los tiene.

Ellos seguían hablando, cuando yo me fui con la carpeta al patio, saqué los dibujos de ellos y los quemé. Luego regresé a la sala. No quería que a ellos les pasara lo mismo que a mi mamá por culpa de los dibujos escondidos.

Cuando estaba en la casa me volví una maga en el arte de desaparecer mis dibujos, tanto que hubo uno que mi mamá no encontró nunca... fue ese el dibujo escondido detrás del falso fondo del cuadro de flores, el que hizo que a mi mamá la mataran.

PALABRA

RAÚL GARCÉS REDONDO

Zaragoza (Zaragoza, España)



Un respetuoso silencio se extendía por toda la casa, roto tan solo por los lamentos de las mujeres que velaban al moribundo desde el pasillo. El joven se descubrió al entrar, mareando nervioso la gorra entre las manos. La más anciana de aquellas plañideras, con un leve gesto, le indicó que podía pasar a la habitación. Al cruzar el umbral de la puerta, su mirada voló de la vela a punto de consumirse al rostro apagado de su padre. Sobre el cabecero de la cama, un Cristo crucificado dedicaba su tercera palabra al apóstol Juan. El padre al verle le hizo una señal para que se acercara. Cuando lo tuvo a su lado, se incorporó a duras penas y pidió el vaso de agua que descansaba en la mesilla. Tras dar un breve sorbo y toser, por fin habló:

—Te he mandado llamar, hijo, porque no me queda mucho tiempo. Sí, sé que eso es lo que siempre digo, pero ahora parece que va en serio. Y no deseo irme sin compartir algo contigo.

El apesadumbrado rostro del joven se iluminó de pronto.

—No me diga, padre, que por mis venas corre sangre real y que madre y usted me cuidaron como si fuera su propio hijo para protegerme de mis enemigos y que ya es hora de reclamar mi derecho al trono.

El padre negó con la cabeza antes de continuar:

—Lees demasiados folletines. Calla y escucha. Como bien sabes, tu padre apenas tiene estudios. Tuve que dejar la escuela de crío para ayudar en las tareas del campo. Tu abuelo, que en gloria esté, siempre me decía que era más bruto que un arado, pero quizá si no hubiera tenido que andar detrás del dichoso arado, hubiera sido algo menos bruto. En fin. El caso es que pronto me reuniré con el Señor, que más nos vale que exista porque me he dejado toda tu herencia en misas. Ya sabes lo persuasivo que puede llegar a ser el mosén. Y da gracias a que me hace precio. De cada tres misas que oficie por mi alma, una nos sale gratis. Supongo que será la más breve, sin homilía ni nada.

—¿Cómo que toda mi herencia? – inquirió serio el muchacho.

—Eso ahora no tiene importancia, hijo. ¿No ves que me estoy muriendo? ¿Por dónde iba? Ah sí. Se la escuché por primera vez a un peregrino que pasó por el pueblo. Yo pensaba que se trataba de una de esas palabras de origen extranjero. Como venía del otro lado de las montañas, deduje que era un galicismo de esos. Ves, hijo, como algo instruido sí que soy.

El padre buscó con la mirada la reacción de su vástago, pero lo descubrió bebiendo tembloroso del vaso, tratando en vano de aplacar los sudores fríos que le habían sobrevenido al escuchar aquello de la herencia.

—Me pareció una palabra preciosa. Tanto que me enamoré por completo de ella.

En ese momento, el hijo percibió un brillo inusual en los ojos de su padre. Fue tan solo un instante, apenas un segundo, como una fugaz lágrima de San Lorenzo en el firmamento de Agosto.

—Hasta el punto de que, en todas las conversaciones, incluso las más triviales, trataba de introducir esta palabra recién aprendida.

De pronto, hizo acto de presencia en la alcoba la ama.

—Ya disculparán, pero se nos ha acabado el chorizo. También el queso. Convendría sacar el jamón.

—Haga lo que considere oportuno – ordenó el padre.

—¿El jamón de bellota? – preguntó lamentándose el joven.

— Eso ahora no tiene importancia, hijo. ¿No ves que me estoy muriendo? ¿Por dónde iba? Ah sí. La palabra.

—Perdón de nuevo – volvió a interrumpir la mujer – pero podríamos acompañar el jamón con el vino que reservamos para las grandes ocasiones. Y que mejor ocasión que ésta, la despedida de su vida. ¿No cree?

—Vaya, vaya.

—¿El vino reserva? – se quejó el muchacho con amargura.

—Eso ahora no tiene importancia, hijo. ¿No ves que me estoy muriendo? ¿por dónde iba? Ah, sí. Decía que esa nueva palabra me hizo pensar, vaya que sí. Y reparé en la importancia de adaptarse a las nuevas situaciones que se nos presentan por difíciles que sean. Así ha hecho el hombre y la mujer desde que se vieron expulsados del Paraíso y obligados a trabajar la tierra con el sudor de su frente.

Presintiendo que el hijo le iba a corregir, el padre se apresuró en retomar su discurso.

—Sí lo prefieres, diré desde nuestros ancestros los monos que se vieron obligados a caminar erguidos sobre dos patas.

—Ahora sí que no molesto más. – intervino de nuevo la ama – Había pensado en sacar también el lomo en adobo No vean el saque que tienen aquí al lado.

—Ah, no. Eso sí que no. El lomo en adobo, no. Hasta ahí podíamos llegar – se opuso el joven levantándose de la silla para acentuar su indignación.

—Eso ahora no tiene importancia, hijo.

—Sí, sí, ya veo que te estás muriendo. Pero a este paso yo voy detrás – apuntó el muchacho posando su mano en el pecho tratando de calmar su corazón.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Hablaba de esa palabra que cambió por completo mi forma de enfrentarme a la vida. Y esa palabra, querido hijo, es la resiliencia.

El hijo lo miró perplejo sin saber que decir.

—Eso es lo que deseaba compartir contigo – concluyó el padre.

—¿Una palabra? – preguntó el hijo presa del desconcierto.

—Quería conocer tu reacción al pensar que perdías a tu padre.

—¿Entonces no te vas a morir? – preguntó el hijo tratando de entender.

— Esto ha sido un teatrillo que he organizado.

—¿Todo era mentira, pues? También lo de mi herencia ¿no? Y supongo que en realidad no han saqueado la despensa ¿verdad? ¿Me está escuchando, padre? ¿Padre? ¡Responda!

¡Responda!”

REHACER LA VIDA

MARÍA PILAR ABIA DE TIERRA

Cerceda (Madrid, España)



Una mañana de comienzos de primavera, apoyado contra la puerta del todoterreno y con un refresco en la mano, Álvaro esperaba pacientemente a que los botánicos granadinos llegasen. Él no tenía prisa. La tendrían luego ellos si querían recorrer todo el paraje del Tranco del Lobo y estudiar el hábitat de una especie vegetal recientemente descubierta, bautizada con el nombre de *Rivasmartinezia cazorlana*¹, que se encontraba exclusivamente en esa zona del Parque Natural de Cazorla, según ellos mismos le habían explicado.

Mientras esperaba, se recreaba contemplando las cuidadas instalaciones del complejo de turismo rural que Elvira y él habían conseguido sacar adelante con tanto esfuerzo. Tras años de duro trabajo, con épocas en las que habían estado a punto de tirar la toalla y remontando después con más fuerza y entusiasmo, el merecido éxito había llegado y ahora el negocio prosperaba, crecía en prestigio y era un referente en toda la región. Allí habían nacido y

1 https://www.eldiario.es/andalucia/enclave_rural/medio_ambiente/descubren-natural-cazorla-villas-guadalentin_1_3838447.html

estaban creciendo sus tres hijos, que también contribuían al negocio familiar haciendo de guías y animadores para la gente menuda que acudía con sus padres, en fines de semana y vacaciones, a aquel paraíso de tranquilidad y naturaleza.

—¡Papá!, voy al cobertizo de las bicis a por mi bici de montaña. Me voy con Gonzalo y Beatriz, los dos hermanos que llegaron ayer, vamos a hacer el recorrido circular.

—Estupendo, hijo, calcula bien el tiempo para que estéis de vuelta a la hora de la comida.

Estaba muy orgulloso de Rodrigo, su hijo mayor, un chaval de doce años simpático, responsable y cariñoso como ninguno.

—Bueno, ya tenemos organizado todo el material que necesitamos —dijo el primero de los botánicos que llegó al coche—. Vamos a meter las mochilas mientras vienen mis compañeros.

Álvaro apuró su refresco y empezó a acoplar mochilas y demás bultos en la trasera del vehículo. Desde luego, aquellos botánicos iban bien pertrechados. A los pocos minutos llegaron todos y comenzó el reparto de asientos.

—Yo me quiero sentar en el centro, si Mateo se pone al lado del conductor y yo voy detrás de él, con ese cacho espalda que tiene no me deja ver nada.

—Ya, ya, guapita, tú lo que quieres es contemplar el perfil griego de Mateo, que ya nos conocemos.

—A ver, chicas, a qué vamos ¿a setas o a Rolex?

—¡A flores, vamos a flores!

“Vaya con los botánicos de la universidad —pensó Álvaro— son más revoltosos que los chavales de la ESO”. Se sentó al volante y arrancó el motor, dio marcha atrás y empezó a maniobrar.

El barullo iba en aumento dentro del vehículo. Que si quítate la visera, que me vas a sacar un ojo; que si llevas tanta crema protectora que parece que te has dado yeso en la cara...

Al tiempo que el vehículo daba marcha atrás, Rodrigo salió del cobertizo montado en su bici, pedaleando con fuerza, la cabeza vuelta al lado contrario donde estaba el todoterreno, buscando con la mirada a sus nuevos amigos.”

Mientras maniobraba, Álvaro estaba pendiente de otro coche que entraba en aquel momento en el recinto.

—¡Frena, el niño! —gritó Mateo, que en ese instante miró por su ventanilla y vio a Rodrigo abalanzarse con la bici contra el vehículo.

Álvaro frenó en seco. No vio nada. Solo oyó un golpe y gritos angustiados a continuación. Después, sequedad en la boca, sudor frío recorriéndole todo el cuerpo, zumbido en los oídos y latidos en las sienas. El tiempo se detuvo.

Una semana después Álvaro, Elvira y las niñas regresaron a casa. Rodrigo no volvería con ellos.

Álvaro pasaba el día limpiando una y otra vez herramientas, columpios, bicicletas, vehículos, mesas, sillas, cualquier cosa.

Elvira pasaba el día en la habitación de Rodrigo ordenando una y otra vez su ropa, libros, construcciones de Lego, colecciones de plantas, cualquier cosa.

Las niñas pasaban el día en su habitación, hablando bajito, jugando sin hacer a penas ruido, a cualquier cosa.

Cuando se cruzaban, Álvaro sentía sobre sí la fría mirada de Elvira, un mudo y elocuente reproche que cada vez lo hería más profundamente. Una tarde Elvira le comunicó que se marchaba con las niñas a casa de sus padres.

—Necesito perder de vista esta casa. Necesito tiempo para reflexionar y tratar de asimilar lo que nos ha sucedido. Necesito dejar de verte, no soporto más tu presencia.

Dos semanas después Álvaro también se marchó. Cerró el hotel y dejó encargada de su venta a una agencia inmobiliaria. Necesitaba cambiar de paisaje, de clima, de gente... de todo.

Encontró trabajo como guarda y jardinero en una pequeña urbanización de un paradisíaco pueblo de la costa asturiana. Allí pasaba el día arreglando las hortensias, las begonias, cortando el césped, haciendo recados y pequeñas chapuzas domésticas para los residentes. Todo el día ocupado, sin un momento para pensar.

Los chiquillos de la urbanización repartían su tiempo entre los jardines y la playa, no paraban de ir y venir en todo el día, bromeando y alborotando. Bueno, no todos. Había uno que habitualmente iba solo, deambulaba de acá para allá y siempre acababa por aparecer donde Álvaro estuviese, se sentaba cerca y observaba atentamente lo que hacía, en silencio.

Aquel día Álvaro estaba trasplantando begonias rojas. Las favoritas de Elvira, especialmente las rojas: el contraste con las hojas verdes, carnosas y brillantes. «¿Qué estará haciendo ahora?» pensó. Al sacar el cepellón de la maceta se cortó un dedo con el borde roto. El niño, que le estaba observando, sacó una tirita de su mochila y se la ofreció.

—Vaya, muchas gracias, qué chico tan previsor. Menos mal que llevas tiritas en tu mochila, de no ser por ti no habría podido seguir trabajando.

—De nada —respondió el chiquillo sonrojándose.

—¿Te gustaría ayudarme? Me vendría muy bien, ahora tengo el dedo un poco averiado.

—Vale.

—¿Por qué no vas con los demás chicos a la playa? ¿No te dejan tus padres salir de la urbanización?

—Yo no tengo padres, han muerto, un camión se tragó su coche.

De nuevo sequedad en la boca, sudor frío recorriéndole todo el cuerpo, zumbido en los oídos y latidos en las sienes. Pero esta vez el tiempo no se detuvo. Tenía delante un niño que buscaba su mirada, su compañía silenciosa. Un niño golpeado por una desgracia semejante a la suya que necesitaba, como él, una presencia serena que ni pidiese ni diese explicaciones, tan solo que estuviese allí.

A partir de aquel día, Ramiro, que así se llamaba el niño, acompañaba a Álvaro a todas partes, desde la mañana a la tarde, y poco a poco dejaron de ser una mutua compañía silenciosa. Comentaban sobre las tareas de jardinería y las pequeñas reparaciones de mantenimiento, en las que Ramiro hacía de ayudante; sobre cómo los días empezaban a acortar y las tardes a refrescar. Y de vez en cuando se reían, se reían juntos.

Una tarde, mientras Álvaro sacaba los cubos de la basura de la caseta de mantenimiento, se le acercó una señora mayor, delgada, muy ágil para su edad y de porte elegante.

—Buenas tardes, usted es Álvaro, ¿verdad? Soy la abuela de Ramiro. Mi nieto me habla mucho de usted, bueno, es de lo único que habla, antes no hablaba nada. Le estoy muy agradecida, le ha devuelto usted la alegría.

—No tiene que agradecerme nada, señora, su nieto es un chico estupendo y su compañía también es para mí muy... —Álvaro dudó, buscando la palabra adecuada— reconfortante— dijo al fin con la mirada perdida en el mar.

Álvaro y Ramiro ya no hablaban solo de jardinería y tareas de mantenimiento. Poco a poco habían ido abriendo sus corazones, compartiendo pesares y esperanzas.

—Te acuerdas mucho de ellas, ¿verdad? —preguntó un día el chiquillo—. A veces te oigo decir bajito «estas flores le gustarían a Elvira» o «esas conchas las recogían las niñas cuando íbamos a la playa».

—Sí... pienso en ellas constantemente. Y en Rodrigo, siempre tan animoso.

Llegó septiembre, los veraneantes se marcharon de la urbanización, comenzó el curso escolar y solo quedaron los residentes fijos, como Ramiro y su abuela. El niño iba a la escuela hasta primera hora de la tarde, luego regresaba, hacía sus deberes y pasaba las últimas horas del día con Álvaro, ayudándole en alguna tarea, paseando, charlando, riendo. Pasaron los meses y ellos continuaron con su sanadora rutina.

Muchas veces, cuando paseaban, Álvaro llevaba el móvil en la mano, lo miraba, lo encendía, buscaba un número en la agenda y luego lo apagaba. Ramiro se había dado cuenta.

—Deberías marcar ese número que estás pensando. A lo mejor ellas también te echan de menos y tampoco se atreven. Tú me has enseñado a atreverme a hacer muchas cosas que antes no hacía.

Álvaro volvió la vista hacia la montaña, le avergonzaba que Ramiro se diera también cuenta de que tenía los ojos anegados en lágrimas. «Rodrigo, hijo mío» pensó con dolor.

Una mañana de comienzos de primavera se decidió a seguir el consejo de Ramiro y marcó ese número que le quemaba en las yemas de los dedos.

Una voz suave y cálida, muy querida, respondió al otro lado de la línea y él se apresuró a saludar.

—Hola, Elvira.

—Álvaro —dijo la voz despacio, saboreando las sílabas de un nombre que hacía casi un año que no pronunciaba— cuánto deseaba oírte decir mi nombre.”

—¡Claro que sí, papá! Hasta luego.

UN DÍA MÁS

PABLO MILLARES MARTÍN

Poole, (Dorset, Inglaterra, Reino Unido)



Geo miró a su alrededor. La muerte y la desolación habían llamado a la puerta. La guerra no conocía limitaciones. El hospital donde trabajaba era la última víctima. Mirara donde mirara parecía no haber más supervivientes que él, no vio siquiera heridos a los que intentar socorrer. Tuvo mucha suerte que cuando las bombas explotaron él estaba en el mortuario. Ahora, el edificio entero era un cementerio, un monumento a la muerte, tan solo una antesala de la que algunos lograban salir. Llevaba meses trabajando a destajo, viendo que los pocos que sobrevivían volvían con nuevas heridas.

Se preguntó por qué tal odio en la mente humana, que ni siquiera perdonaba a los que estaban con un pie en la tumba, que no precisaban ningún empuje para cesar de vivir. El hospital era una maraña de escombros, dando sus últimos coletazos, ruidos de estructuras cayendo, buscando su reposo final. Sorprendido vio una mano que se movía en una cama. Un superviviente, no estaba solo. Con cuidado empezó a eliminar los paneles del techo que yacían sobre él. Había tenido mucha suerte. Esta esquina del bloque fue la menos castigada. Tras media hora consiguió finalmente liberar al paciente.

Hugo le agradeció el esfuerzo. Geo lo conocía bien. Lo había tratado ya tres veces con anterioridad. El muchacho parecía invencible. En todas las ocasiones precedentes, tuvo heridas que estuvieron a milímetros de órganos vitales, pero lo suficientemente lejos como para que con los cuidados oportunos sobreviviera. Su suerte le acompañó también en esta ocasión. Aparte del mortuario, en el sótano, justo bajo ellos, y de esta sección del edificio, todo se estaba cayendo a cachos. El hospital no era más que una sombra de lo que fue. Tenían que marcharse del lugar, tropas vendrían a terminar el trabajo inacabado.

Antes de salir de la cama, sentado en ella, estiró su mano para coger de la mesilla, aún intacta, una foto que guardaba en su interior. Parecía ser que la imagen era su amuleto de la suerte, capaz de esquivar todo lo que le echaran encima. Geo la observó de reojo. Parecía ser una antigua foto, con dos personas hombro con hombro junto a un barco velero. Hugo notó como su compañero intentaba disimular su interés por la fotografía, pero no podía alejar la mirada de ella. Estuvo unos breves segundos saboreando de la imagen, de los recuerdos que conllevaba.

Caminaron lentamente unos doscientos metros, en donde Geo tenía su vehículo, y empezó la conducción hacia lo que debía ser lo opuesto al frente. Tras unas horas llegaron a la costa. No sabían cuánto tiempo tendrían antes de que los últimos recovecos del país aún no invadidos por el enemigo fueran tomados. Además, conocían su política de eliminación, de no dejar heridos, de no hacer prisioneros. Este territorio iba a ser de ellos, y no lo iban a compartir con quien vivió aquí, aunque sus familias llevaran generaciones cultivándolo, cuidándolo, dejando sus huellas en cada esquina. Ahora solo quedaban vestigios.

Tenían que salir del país. La guerra estaba perdida. Era solo cuestión de tiempo. Las naciones vecinas, que albergaron inicialmente a los que escapaban de estas atrocidades, dejaron de hacerlo,

cerraron sus puertas, temiendo que fueran salpicados tanto de sangre y dolor, que el conflicto se extendiera a ellos. Suficientes acuerdos se firmaron como para garantizar una precaria paz, una en la que no cabía ayudar a las víctimas de la contienda, pues implicaba una aceptación de estar envuelto en ella. Estaban solos, cada uno buscaba la forma de sobrevivir, aunque ello fuera a costa de sus vecinos, ahora enemigos.

Hugo sacó la foto de su bolsillo, y se la pasó a Geo mientras le contaba la historia detrás de ella. Ciertamente una foto vieja. “Debe ser de 1960 o fecha similar. En ella están dos familiares míos, dos hermanos que tuvieron muy distinta fortuna cuando optaron por emigrar de Canarias a Sudamérica tras la guerra civil española. El primero, Juan, lo hizo de forma ilegal, pagando todo el dinero que tenía. El segundo lo hizo con los papeles en regla, pues la dictadura de Franco llegó a un acuerdo con Venezuela para que la emigración prosiguiera de forma controlada”.

“Juan tuvo un pasaje en el velero La Elvira, y logró llegar a su destino a pesar de los infortunios del viaje. Fueron casi parados al principio de la travesía, antes de llegar a aguas internacionales, luego descubrieron en el océano que el capitán no lo era, un huracán también les destrozó el timón. Luchando y buscando la forma de subsistir en el viaje, malcomiendo y con limitaciones de agua incluso, llegaron. Fue un mes horroroso, pero otro le siguió, en una isla prisión, hasta que finalmente se le permitió trabajar y ser mal pagado. Pero aun así acabó prosperando”.

“Su hermano menor, Francisco, cuando la familia empezó a recibir dinero, le siguió en la aventura. Este tuvo la suerte de viajar sin complicaciones, en un camarote, con un trabajo esperándole a su llegada. Sin embargo, no la contó. Se puso enfermo y pereció a los pocos días de esta foto. Una paradoja, el hermano que tuvo mil y una vicisitudes con la muerte sobrevivió, mientras que el que

parecía tener todo en bandeja, no. La foto me recuerda que nunca hay que esperar a que la fortuna le venga a uno, hay siempre que luchar, que batallar, para sobrevivir”.

Gao asintió en acuerdo. “Parece mentira que tanto que ha evolucionado la civilización, tanto que protege a los más débiles, y los únicos que triunfan no son los mejores, sino los que no se rinden. Pero ¿cómo es que tienes una foto tan vieja contigo? ¡Debe tener al menos doscientos años!”. Hugo sonrió. “Cierto. De alguna forma, este talismán ha sido pasado de abuelos a nietos, para recordarles que en tiempos difíciles hay que luchar, nunca darse por vencidos. Aquí estamos, huyendo de un país en guerra, forzados a emigrar, y como decías, nada en la historia humana ha cambiado”.

Mirando al mar, su única posibilidad de supervivencia, de encontrar un futuro, ambos tenían un objetivo común, sobrevivir un día más. No sabían todavía cómo, pero pronto lo averiguarían. La vida les podría echar todo tipo de obstáculos, pero ellos no se iban a rendir. De alguna manera siempre existe un país en guerra, siempre hay emigración, siempre los que luchan y también los que perecen en su intento de tener algo que les falta, un poco de paz, de armonía, de amor. Tesoros difíciles de encontrar, de cuidar incluso. Nunca sabe uno que sucederá mañana, todo empieza con despertar.

UXÍA

ADELA ORELLANA DURÁN

Córdoba (Córdoba, España)

A decorative flourish consisting of a horizontal line with ornate, symmetrical scrollwork at both ends, positioned below the author's name.

La llegada de Uxía a la residencia causó gran revuelo. Irradiaba simpatía y jovialidad por donde pasaba. Con ese halo de diosa, todos los usuarios se giraron al verla pasar en su silla de ruedas. Protegía en su regazo una caja de madera de roble que depositó con delicadeza en el armario de la habitación, comentando que ya podían colocar el resto de sus objetos personales en los muebles mientras ella se iba de gira por la residencia. Deslizó sus manos con ímpetu por las ruedas de la silla y se dirigió al salón, quería conocer cuanto antes a su nueva familia y compartir espacios de ternura con ellas, llenar de vida la soledad que tantos pesares le causó. Se puso en medio de la sala y levantando la voz dijo que se llamaba Uxía, gallega de nacimiento, venezolana y aragonesa de adopción. Se ofrecía como nueva compañera para quienes la aceptasen como amiga.

Trabajar como fisioterapeuta en el centro me acercó a Uxía, a su historia personal. Sentí curiosidad por aquella gran comunicadora que removía las fibras emocionales de aquellos que la rodeaban. Así que, apagando sus dolores físicos a través de los masajes que le daba, Uxía fue abriéndome su corazón.

Supe que la precariedad vistió el ambiente en el que se desenvolvió de pequeña. Uxía era la mayor de tres hermanos, dedicada plenamente a tareas domésticas combinadas con duras jornadas en el campo. Frecuentaba por las noches la casa de la maestra, que la instruía a cambio de ayuda doméstica. El cansancio no hacía mella, el saber y la cultura eran lo primero. Fue en la radio de su maestra donde escuchó ofertas de trabajo para Venezuela. Desde ese momento comenzó a gestar la idea de emigrar, escapar del trabajo del campo, buscar un futuro alejado de miserias.

Con veinte años, soltera, necesitó autorización paterna. Convencer a la familia, que hipotecara parte del terruño para el pasaje, implicó tener que quemar muchas energías en discusiones que calentaban las bocas y cerraban corazones. La maestra medió en el conflicto. Una amiga de A Estrada, que se encontraba emigrada en Venezuela, le prepararía la carta de reclamación para el viaje. Eso, unido a la promesa de enviar cuanto antes el dinero de la deuda contraída con los padres, plegó las alas, aplacó iras y allanó el terreno de los acuerdos.

La mayor parte de los usuarios de la residencia solían tener encuentros familiares. Pero a Uxía jamás la visitaban. Ella, sonriendo, me decía que era la huérfana de la residencia. Tenía un don natural para relacionarse y hacerse querer por todas las personas que pasaban por allí, tratándola como a un familiar más. Incluso se dejaban asesorar en cuestiones personales. La veían como una mujer experimentada, con mucho mundo, capaz de dar sabios consejos. Yo también me sentía atraída por su sexto sentido. A cambio de aplacar sus dolores físicos y emocionales, me brindaba la oportunidad de indagar en su vida. Al fin y al cabo, que ella reviviera su pasado también curaba.

En la comida de Navidad, ofrecida también a los familiares de los residentes, Uxía, cantó la conocida canción de “*El emigrante*”. La pasión y el sentimiento que le puso removieron añoranzas

juveniles, acercándola a la morriña profunda que sintió cuando salió de la casa paterna, sola, acompañada de un pequeño baúl con ropa del ajuar de su madre. El cordón umbilical que la ató siempre al terruño familiar. En la lejanía entendió al abuelo cuando decía que le invadía la morriña gallega. La estaba sintiendo en sus carnes, se metía en el fondo de su alma. Y eso mismo descubrió en las caras llenas de lágrimas de los usuarios, familiares y trabajadores de la residencia cuando cantó. La música acercaba, sobran las palabras.

Uxía viajó a Venezuela en un descomunal barco, nada que ver con el reducido espacio que le asignaron en las profundidades del casco. Un infierno impregnado de olores corporales sudorosos y de miedos prendidos a lo desconocido. Cuando podía, huía a cubierta aspirando húmedas y saladas bocanadas de aire, bebiéndose el viento. Durmió poco, y las pesadillas fueron su fiel compañera en los largos días, mezcladas con mareos y estómagos revueltos.

Instalada en la pensión de Caracas que le recomendaran desde España, los ricos olores a caldos y cocidos gallegos que salían de la cocina despertaron sus emociones, se le fueron todos los males de golpe. Lo que necesitaba ella era tener cerca un trozo de su tierra y, a falta de ella, ahí estaba un buen plato de comida gallega. Al día siguiente entró a trabajar de cocinera con un matrimonio mixto, una rica venezolana casada con un médico gallego que echaba de menos las comidas de su tierra.

El jardín de la residencia, ahora su paraíso terrenal como Uxía lo llamaba, le daba la vida levantando los ánimos. Dejándose acariciar por la fresca brisa, en compañía de mis dotes rehabilitadoras, se dejaba llevar por los recuerdos viajando la mente al inmenso jardín de la casa venezolana en la que trabajó. Era lo más parecido a su tierra en la lejanía. Allí, entre árboles, fuentes y estatuas disfrutaba del silencio, la belleza y los olores. Y si lo acompañaba de novelas de la biblioteca de la señora, mejor aún. Las historias

cobraban vida entre los perfumados rosales. Ese mismo jardín fue escenario de sus primeros devaneos amorosos con el jardinero, un joven aragonés, que se le acercaba por detrás diciéndole que no leñera tanto, que se iba a quedar ciega. Poco a poco prendía en sus corazones la pasión y el deseo tomaba cuerpo. Lejos de la querencia del terruño y de la familia, apuntalaban los cimientos de una estrecha relación, consolidándose en proyectos comunes.

Uxía montó una tertulia literaria en la residencia. Una vez por semana leían en voz alta algunos capítulos de la novela elegida y la comentaban. Entre el olor del cafetito y el bizcocho tierno de la cocinera, la tarde se vestía de bonitas historias que acudían a las maltrechas memorias, hilvanando los recuerdos. En esos momentos, la vida se colaba por los resquicios de sus mentes, el tiempo se acortaba plácidamente. Los usuarios disfrutaban compartiendo experiencias.”

Los aromas a guisos, hechos con amor y mimo, que salían de la cocina en la que trabajaba Uxía, se escapaban al jardín fomentando sensaciones únicas en el jardinero aragonés. Quien soñaba despierto arreglando el futuro venidero junto a la joven gallega Y fue en ese bonito espacio, que la pareja comenzó a proyectar la idea de abrir un pequeño restaurante de comidas caseras. Todo se movía en torno a los aromáticos asados, cocidos, caldos, salsas especiadas, dulces aromáticos, crujientes empanadas...Los sentidos se abrían a través de la cocina. No necesitaban degustarlos, eran emociones más profundas, otra dimensión imposible de explicar.

En sus días libres de trabajo paseaban por la ciudad buscando locales que se alquilaran o vendieran. Uxía quería atraer comensales no solo gallegos, sino venezolanos, acercarlos a la esencia de sus guisos a través de los olores. Que conocieran un trocito de su tierra. Había observado que cuando su señora tenía invitados en casa, siempre le decía que hiciera comida típica gallega con muchos olores, ¡qué bien la conocía!

Hacer realidad sus sueños les llevó tiempo pero sabían que las buenas ideas necesitan cocerse lentamente, como los cocidos gallegos que ella preparaba. Al restaurante le pusieron el nombre de “El alma de Uxía”. Y así era, sus aromáticas comidas llegaban antes al alma que al estómago. Emocionarse a través de la comida era su arte.

Los dolores de espalda, tras una caída en el baño, la dejaron de nuevo en mis manos rehabilitadoras. El golpe la acercó a la muerte, pero la muerte no la quería a ella. Su fuerza para salir a flote, esa resiliencia ante los reveses de la vida era el mejor antídoto para mantener alejada la llegada de la dama blanca. Esa que fue robándole poco a poco las querencias.

Voló sola a Galicia, tras la muerte de sus padres en un brutal accidente de tráfico. Los hermanos, emigrados a países diferentes, no acudieron al funeral. En la mayor soledad, mezcló las cenizas de ambos con puñados del terruño y se los llevó de vuelta con ella. Allí ya no quedaba nada. Una manera de acallar su *saudade*.”

Cuando se embarcaba en sus recuerdos la escuchaba ensimismada y le regalaba mis horas, minutos y segundos de la vida. Todo el tiempo. ¡Cuánto dolor difícil de aplacar con mis manos! Pero ahí estaban mis oídos, para que Uxía sacara todo lo que llevaba dentro y fortaleciera su espíritu. Con la música clásica que le ponía cuando le daba los masajes, Uxía retornaba a los tiempos en que la hija vivía y todo iba bien. Tocaba el violín y se transformaba en un ángel, sus facciones se suavizaban. En esos momentos era su hija amada, su niña. En cambio, cuando la visitaban los demonios, las llamadas de atención que llegaba a idear, la desbordaban. En esos momentos su hija la odiaba, así se lo hacía saber. Acudiendo la culpa a su ser. ¿Era una mala madre? ¿Qué hacía mal?

En el gimnasio de la residencia, la tortura inquisitorial como yo lo llamaba cariñosamente, esperaba a Uxía que se dejaba curar sin quejarse. El resultado merecía la pena, salía después renovada.

Allí me relató su segundo encuentro con la muerte. El suicidio de su hija, nacida en Venezuela, y que no se sintió arraigada al amor de la familia. Su difícil relación con ella, las idas y venidas de Venezuela a Zaragoza, donde se fue el padre tras su separación, acabaron desestabilizándola, empujándola al mundo de la drogadicción. Uxía luchó hasta la extenuación por sacarla y traerla a la vida. Hipotecó el restaurante ofreciéndole un centro rehabilitador. Cuando las aguas parecían que volvían a su cauce, como premio, organizó un bonito viaje por Brasil con ella. Fue un viaje de reencuentros lleno de ternura. Su hija se acercaba a ella, la besaba y abrazaba con fuerza. No llegó a decirle que la quería, ya habría tiempo. Se sentía feliz sólo con verla a su lado. Pensaba que la había recuperado en todos los sentidos y el viaje era una despedida. Llegaba tarde, la muerte le ganaba la partida. ¿Qué quería la muerte ahora? ¿Por qué? No tocaba, no tocaba y la retaba quitándole lo único que le quedaba. La hija dejó escrita una escueta nota diciendo que sus cenizas se mezclaran con tierra aragonesa y venezolana. Nada de despedidas, la palabra “te quiero” nunca salió de su boca ni de su mano. Un nada por respuesta.”

Uxía tocó fondo, la ayuda profesional de una psicóloga la rescató. Vendió la casa de Caracas y el restaurante hipotecado. Su segunda patria había dejado de tener sentido para ella. Volvía a España y lo hacía camino de Zaragoza, una ciudad que amó su hija en sus viajes con el padre. Cuando viajaron juntas a Brasil, con frecuencia, le describía cada uno de los rincones del Zaragoza histórico. Se notaba que se había enamorado del lugar. Uxía compró un apartamento en el mismo centro de esa ciudad para recorrerla una y otra vez. Tirando de los recuerdos de la hija sea mantenían en vida para seguir adelante.

La abracé con fuerza. Tenía ante mí a una mujer fuerte, una luchadora, con mucha energía por transmitir aún, por algo era

uno de los pilares de esta residencia. Ahora que la conocía mejor, ya intuía el contenido de la caja que encerraba en el armario de la habitación.

El tiempo maduraba la reposada estancia de Uxía. Una tarde otoñal, de cálidos colores, sentada junto a mí en el jardín que la mecía, decidió contarme lo que llevaba en la caja de madera. Ese receptáculo encerraba su morriña y la saudade que le produjo la vida misma. Eran las cenizas de sus padres y de su hija mezcladas con las tierras gallega, zaragozana y venezolana. Como ella misma me dijo: “Aquí tienes la esencia de Uxía, las raíces por las que he batallado y me mantienen en pie. La caja que un día contendrán también mis cenizas y que tú enterrarás en el cementerio bajo la sombra de un esbelto ciprés”.

VIDAS CRUZADAS

M^a PILAR LAULLA ALASTUEY

Zaragoza (Zaragoza, España)

Zaragoza, mayo de 2020.

Tras dos largos meses de confinamiento por la pandemia de COVID-19, el Gobierno ha relajado las medidas y por fin podemos salir a dar un paseo, ahora bien, sin alejarnos más de un kilómetro del domicilio so pena de multa. ¡Así que, animada, madrugó y me calzo las zapatillas dispuesta a respirar aire fresco! Sin embargo, mis ilusiones pronto ruedan por los suelos cuando una vez en la calle compruebo que todo el mundo había tenido la misma idea y una vez desempolvadas las deportivas y el chándal, se agolpaban en las aceras como hordas de bárbaros. Echo a andar muy contrariada, tratando de esquivar a la multitud de caminantes, corredores y ciclistas, pero al cabo de un tiempo se me antoja misión imposible de manera que regreso a mi casa derrotada.

Zaragoza, noviembre de 1883.

— *Angelita por favor, ajústame un poco más el corpiño. Lo encuentro poco ceñido.*

— *No se preocupe señorita Ana, ¡usted siempre está radiante!*

¡Estaba tan emocionada que no acertaba a nada! Había convencido a mi madre para encargarme a la modista un traje de baile nuevo, color rubí tal y como recomendaba la “Moda Elegante” ya que, según la conocida revista, ese color no palidecía con las luces del salón.

Íbamos a uno de los bailes que acostumbraban a celebrarse en la temporada de invierno del moderno Teatro Pignatelli y estaba ansiosa por ver la recién estrenada iluminación eléctrica que había llegado a Zaragoza ese mismo año. A mis veinte años recién cumplidos, ambas cosas eran todo un acontecimiento. Sin embargo, no era eso lo que me tenía tan nerviosa sino la perspectiva de volver a verlo.....

Unos días antes, me había enviado un ramo de rosas amarillas con una nota en la que anunciaba su intención de asistir al baile de esa noche. Apenas había podido dormir desde entonces... ¡Mi adorado Alberto! Aquellos versos de Carolina Coronado que acostumbraba a leer a la sombra de los árboles del jardín, en ese momento parecían escritos por mí: *“Aunque serena y callada a tus suspiros me veas, no indiferente me creas; es que el alma enamorada diciendo está embelesada: Alberto, bendito seas”*.

Con energías renovadas, encaro mi segunda salida matutina. En esta ocasión, en mi afán de rehuir cualquier contacto humano, descubro la entrada antigua al cementerio municipal y decido desviar mi camino.

Me adentro entre las tumbas decimonónicas, algunas monumentales, otras más modestas y comienzo a leer los nombres grabados en la piedra con creciente curiosidad (¡a fin de cuentas, no tengo nada mejor que hacer!). De este modo, camino sin rumbo fijo hasta llegar a una sepultura rodeada por una desvencijada y

oxidada reja, que reposa a la sombra de un enorme pino. Está cubierta de hierba, pero entre ella, asoma una multitud de amapolas nacidas al calor primaveral dando un toque de color al bucólico aspecto del conjunto. Así acuden a mi memoria aquellos versos becquerianos que decían: *“Ante aquel contraste de vida y misterios, de luz y tinieblas, yo pensé un momento: ¡Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!”*.

Había acudido con mis padres al Teatro Principal para asistir a la representación de “Amor a la patria” de Rosario de Acuña, que residía en Zaragoza desde el traslado de su marido, militar de profesión. De hecho, vivía en el camino de Torrero, muy cerca de la torre de mi familia y habíamos trabado buena amistad dada nuestra común afición literaria. Acostumbrábamos a pasear bajo los plátanos de sombra mientras me narraba sus estancias en París o Roma. ¡Era una mujer tan cosmopolita, cuando yo ni siquiera había salido de la ciudad que me vio nacer! Nuestras conversaciones nos llevaban hasta la playa de Torrero o incluso el cerro del Cabezo de Buena Vista, no en vano Rosario era gran aficionada al senderismo, cosa poco común entre las mujeres de la época.

Fue a la salida de la función cuando nos vimos por primera vez. Alberto era hijo de un conocido platero de la ciudad que había comenzado con un pequeño taller en la calle Platerías. El negocio había prosperado y tras haber adquirido numerosas fincas gracias a la desamortización de Mendizábal, se habían convertido en una de las familias más pudientes de la ciudad. Su amistad era muy cotizada en los círculos de sociedad por lo que mi madre no perdió ripio y enseguida se acercó a saludarlos.

He de confesar que no escuché una palabra de la conversación ya que no pude apartar mis ojos de aquel joven moreno y

esbelto, a pesar de que las normas del decoro lo desaconsejaran. Cuando nuestras miradas se cruzaron me invadió una calidez que no había sentido nunca.

¿Sería eso amor o me estaba dejando llevar por los ensueños románticos de aquellas novelas de Jane Austen que devoraba con fruición?

Aparto como puedo las zarzas que cubren la lápida y descubro una sencilla inscripción que reza así: “*A mi inolvidable Ana. 23 de febrero de 1886*” y una firma: “*Alberto*”.

Dejo volar mi imaginación... ¿por qué una frase tan escueta? Ni apellidos, ni fecha de nacimiento... ¿Qué edad tendría? ¿De qué falleció? ¿Cuál era su relación con Alberto? Tal fuera ilícita y de ahí el secretismo... Sea como fuere, debieron haberse amado mucho ya que nunca una frase tan corta pudo decir tanto...

Llegada al baile, mis ojos recorrieron el salón buscándolo y ahí estaba, tan apuesto que destacaba entre la multitud. Se aproximó galante para solicitarme un baile que yo anoté en mi carné fingiendo desinterés, aunque en realidad pareciera que mi corazón iba a salirse del pecho. Cuando empezaron a sonar los compases de “*El bello Danubio azul*”, Alberto me tomó de la mano y empezamos a girar al son de la música. En ese momento, el mundo desapareció bajo nuestros pies y ahí decidimos no separarnos jamás....

Nos casamos al año siguiente en la Iglesia de Santa Engracia y marchamos de viaje de novios por tierras vascongadas, por recomendación del hermano de Alberto que desarrollaba allí su carrera de arquitecto. Visitamos el floreciente e industrial Bilbao e

incluso pudimos disfrutar de los famosos baños de ola en la playa de la Concha de San Sebastián, cerca de la caseta real de la reina María Cristina.

A la vuelta del viaje nos instalamos en nuestro nuevo hogar en el Paseo de la Independencia. Era una zona muy bulliciosa, llena de casas de moda y cafés, como el “Ambos Mundos” al que acudíamos de vez en cuando para escuchar algún concierto, aunque echaba de menos mis tardes de lectura en el jardín y los paseos por el camino de Torrero con mi amiga Rosario.

Alberto estaba ilusionado con el proyecto de una nueva joyería que estaba diseñando junto a su hermano en la recién abierta calle de D. Alfonso I. Quería iniciar su propio negocio y el lugar elegido no podía ser mejor ya que era una de las calles más elegantes de la ciudad. A mí me gustaba dar un paseo hasta allí todos los días con la excusa de ver la evolución de las obras y acabar contagiada por el entusiasmo de los dos hermanos.

A los pocos meses se confirma mi embarazo, sin embargo, nuestra dicha se ve empañada por la epidemia de cólera que azota la ciudad. Las condiciones sanitarias no eran las mejores a pesar de la reciente construcción de los depósitos de agua de Torrero por el arquitecto municipal Ricardo Magdalena, que permitían canalizar el agua del Canal Imperial hasta las fuentes de la ciudad.

Fueron meses muy duros en los que se perdieron numerosas vidas y el trájín de coches hacia el reciente cementerio de Torrero era incesante. Se celebraron sesiones en la Real Academia de Medicina por médicos venidos de Valencia como D. Santiago Ramón y Cajal, que recomendaba hervir el agua y cocer los alimentos o el Dr. Ferrán que había elaborado una vacuna. Estas medidas generaron mucha polémica y finalmente se decidió no emplear la vacuna. Sin embargo, dado mi delicado estado, Alberto hizo seguir a rajatabla en nuestra casa las indicaciones de los nuevos médicos.

Apenas salía de casa, por miedo al contagio, aunque ayudaba en la recaudación de fondos para la Casa de socorro para sentirme útil en tan trágicos momentos. Sólo mi querido Alberto y el hijo que esperaba me levantaban el ánimo. Pasaba las horas muertas tejiendo la ropita para el bebé y el imaginar su carita me inundaba de alegría. En otras ocasiones los miedos me invadían: al momento del parto, al dolor, a que el niño viniera bien... dudas que mi madre siempre zanjaba con un: “Tranquila hija, que todas hemos pasado por eso”.

Al cabo de unos meses se da por finalizada la pandemia. Atrás quedan muchas vidas perdidas, mucho sufrimiento y por delante, una lenta recuperación económica. Sin embargo, la noticia de mi embarazo renueva mis ilusiones.

El 23 de febrero comienzan los dolores y se apresuran a llamar a la partera. Las horas y el dolor parecen no acabar nunca... hasta que al final oigo su llanto. ¡Es una niña! Por fin se ha acabado y puedo tenerla entre mis brazos. La acaricio, pero lentamente mis ojos se van cerrando. Me encuentro tan cansada que lo único que quiero es dormir...

Tras nueve largos meses de visitas médicas, controles y análisis, acudo al hospital para dar a luz. El dolor, a pesar de la anestesia, parece interminable y el tiempo se me hace eterno. Finalmente, nace mi niña, pero... ¿por qué se la llevan? ¿Por qué sigo sintiendo este dolor que no acaba? Por más que me esfuerzo, no acierto a entender nada de lo que dicen los médicos... las voces resuenan cada vez más lejanas y mi vista se va nublando...

Abro los ojos y me encuentro en la habitación con una cunita a mi lado y mi niña dormida plácidamente. En ese momento, la

doctora entra y me dice sin ningún preámbulo: *“Puedes dar gracias a estar en un hospital con muchos medios porque en otro tiempo o lugar, hubieras muerto”*.

Un escalofrío me recorre la espalda al escuchar esas palabras. ¿Morir? En ningún momento se me había pasado siquiera por la mente esa idea...

Alberto, a pesar de la insistencia de su madre, no quiso llevarla al panteón familiar que encargara su padre a un reconocido escultor. Prefería que descansara en un lugar recogido y sencillo, como ella era. Por eso eligió una simple tumba a la sombra de un frondoso pino con el único adorno de una coronita de flores en piedra, recuerdo de aquel primer ramito de rosas, y una inscripción que decía: *“A mi inolvidable Ana”*.

A partir de ese momento la hija de ambos, a la que llamó Concepción, se erigió en el motor de su vida, procurando que recibiera una esmerada educación. Tanto fue así, que llegó a licenciarse en Medicina e inspirada en el recuerdo de su madre, dedicó todos sus esfuerzos a la mejora de la atención sanitaria de las mujeres encintas.

Cuando por fin estoy recuperada, salgo a dar un paseo con mi hija. Mis pies se encaminan hacia el cementerio casi sin darme cuenta y así, llegamos hasta la tumba de Ana. En silencio, recojo unas pequeñas flores y las coloco con cuidado junto a la lápida. Cuando nos disponemos a marcharnos, se levanta una ligera brisa que me acaricia el pelo e incluso se me antoja oír un susurro entre las hojas de los árboles. Seguramente sean imaginaciones mías, pero me reconforta pensar que Ana, allí donde esté, agradece nuestra visita.



